

# Carlos Rangel, una vida de exploraciones.

Antología hecha por Oliver López Corona con base a las publicaciones en el sitio de [www.montanismo.org](http://www.montanismo.org)

**Carlos Rangel** (21 de Enero de 1956, CDMX - 29 de Mayo de 2014, CDMX ), fue un biólogo, explorador y escritor mexicano, quien en 1971 fue miembro fundador de la Asociación de Montañismo de la [UNAM](#), siendo entrenador en jefe de 1989 a 1995 y su presidente de 1995 hasta 2006. En el 2007, fundó junto con otros instructores de la UNAM, la organización [Montañismo y Exploración](#). Recorrió a pie los aproximadamente 2,500Km de la Península de baja California; exploró durante 23 años la sierra de San Pedro Mártir, especialmente La Encantada cumbre de la península subiendo 1999 su pared Noreste de más de mil metros; fue un explorador muy reconocido de la sierra Madre Occidental descubriendo en Durango las máscaras de madera más antiguas del mundo; navegó el mar de Cortés en un velero primitivo y comenzó en el año 2000 el Proyecto *Mares de México*, que quedaría inconcluso. En este proyecto terminó la navegación de la costa oriental (Mar Caribe y Golfo de México) en mayo del 2006 con un recorrido en solitario de 500 kilómetros desde Tampico (Tamaulipas) hasta el puerto de Veracruz. Fue escritor proclive con más de 300 artículos, 4 libros y participio en un documental del Discovery Channel sobre el primer descenso del sótano del Barro en Querétaro. En sus 35 años como universitario formó a varias generaciones de montañistas y exploradores.

## **INDICE**

### Biografía

Logros como montañista y explorador

### Aportaciones a la Ciencia

### Asociación de Montañismo y exploración

Primeras expediciones al extranjero

El reconocimiento oficial

Mitos destruidos

La gran cordillera

Investigación y deporte

Los orígenes

El deporte organizado

La consolidación

### Legado como explorador a través de sus crónicas

Caminata de las Californias

Escalada en El Capitán

Escalando en el Popocatepetl y la Iztaccihuatl

Escalada a las Inescalables

Escalada de El Abanico

El Gran Trono Blanco

Explorando los desiertos mexicanos

23 años de exploraciones en La Encantada, San Pedro Martir

La expedición de 1999

Mares de México, un legado inconcluso

Expedición con Carlos Aragón

El Atlántico Completado

## Biografía



Su montaña favorita: La Encantada, también conocida como Picacho del Diablo, cumbre de Baja California.



Primera montaña ascendida: Popocatepetl (5.458 metros), en 1971.

Carlos Rangel fué una persona reservada por lo cual poco se sabe sobre su vida privada. En una entrevista para *The Leader*, el periódico oficial de NOLS (National Outdoor Leadership School) en 2004 dijo que empezó a explorar tan pronto aprendió a caminar. Sin embargo, se sabe que formalmente empezó su carrera como explorador a la edad de 15 años mientras estudiaba en la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM. Formó parte del grupo de excursionismo de las preparatorias que dirigía el Prof. Grimaldo y junto con otros compañeros fundó la [Asociación de Montañismo y Exploración de la UNAM](#), institución a la que le dedicó 35 años como expedicionario, instructor y directivo.

Desde el principio (1971), su actividad en montaña estuvo dirigida a la escalada en roca y a partir de 1974 comenzó a ser notorio con la apertura de rutas en la pared La Coconetla, en la Ciudad de México, algunas de ellas en solitario. Muchas de estas rutas son consideradas ahora clásicas y abordadas por quienes quieren aprender a escalar. También en ese año intentó en

repetidas ocasiones y en solitario la pared El Abanico, en la vertiente norte del Popocatepetl, realizando escaladas pequeñas pero muy difíciles en terreno mixto. En 1975 escala en solitario la pared de Las Inescalables, en la vertiente norte de la cabeza del Iztaccíhuatl, ascenso por el que recibió semanas después la medalla "Al Mérito Deportivo" de ese año por parte de la Liga Excursionista del Seguro Social. En 1978 participó en la primera expedición de la UNAM al Trono Blanco, en Baja California y en 1979 realizó el primer intento de escalada a una gran pared en México: El Escudo, en la Sierra de San Pedro Mártir, donde inició una ruta de escalada que no se ha vuelto a intentar desde entonces. Ese mismo año logra, junto con Eduardo Mosqueda y Mauricio López, el primer ascenso mexicano a la ruta *Salathé Wall*, en el Capitán (segundo ascenso mexicano), y una semana después, junto con Eduardo Mosqueda, hace el primer ascenso mexicano a la pared El Trono Blanco, Baja California, por la ruta Volkswagen. A principios de 1980, tras varios años de intentos en solitario, logra escalar El Abanico, en el Popocatepetl, por una ruta nueva, también con Eduardo Mosqueda. En 1981 funda el Grupo de Exploración y se dedica a esta especialidad, que dirige todavía. Aunque es mejor conocido como explorador, su actividad no se ha limitado a una sola especialidad del montañismo, y ha descendido cavernas verticales en México y conducido expediciones a montañas nevadas fuera de México (Artesonraju, en la Cordillera Blanca del Perú: 6,025 metros). En 1986 realizó un descubrimiento arqueológico de piezas de madera de mil años de antigüedad, aproximadamente (lo que las haría las más antiguas del mundo en este material), en la cueva de Santa Ana Teloxtoc, Puebla. Posteriormente, sus descubrimientos en el campo de la arqueología se realizaron en la Sierra de Durango, donde delimitó una amplia zona con vestigios arqueológicos del siglo XVII aproximadamente. Los resultados de esta expedición se citan por arqueólogos en diferentes trabajos para situar el límite norte de Mesoamérica y han servido de base para el proyecto *Explorando un mundo olvidado*, dirigido por Carlos Lazcano. Su inquietud en el ámbito de la exploración lo ha llevado a realizar descensos en ríos navegables, recorridos en los desiertos del noroeste de México, en la Sierra Madre Occidental o en las selvas de Chiapas, Tabasco y Guatemala. En 1994 navegó, junto con el capitán Carlos Aragón, el Mar de Cortés en una canoa de huanacastle, desde Cabo San Lucas hasta Puerto Vallarta sin instrumentos, con lo que dio inicio al proyecto que más adelante se llamaría *Mares de México*.

En 2003 dirige una travesía por la Reserva de la Biósfera El Pinacate y Gran Desierto de Altar y en 2004, es graduado como entrenador en NOLS México (National Outdoor Leadership School, sede México) en el Curso para Educadores Mexicanos al Aire Libre en Baja California Sur. En abril de 2003 realizó una exploración en la Reserva de la Biósfera Los Tuxtlas, en el estado de Veracruz, en un proyecto con la RECT (Red Ecoturística Comunitaria de los Tuxtlas). En Diciembre de 2003 realiza una travesía en la Reserva de la Biósfera El Pinacate y Gran Desierto de Altar. Pocos días después, en enero de 2004, toma un curso de kayak de mar con NOLS en el Mar de Cortés. Actualmente —y desde el año 2000— desarrolla el Proyecto *Mares de México*. En este proyecto terminó la navegación de la costa oriental (Mar Caribe y Golfo de México) en mayo del 2006 con un recorrido en solitario de 500 kilómetros desde Tampico (Tamaulipas) hasta el puerto de Veracruz. Biólogo, escritor y fotógrafo, sus inquietudes particulares las ha dirigido e integrado a la actividad del montañismo y la exploración. En 1990 es nombrado asesor de expediciones en la revista *México Desconocido* y en 2001 es reconocido como experto en el tema de exploración por el Web Site Aventurarse.com. En el campo editorial, publica su primer *Informe de Montaña* en 1972. Sin embargo, su verdadera actividad literaria se centra en la creación de bitácoras de sus expediciones hasta que en 1981, funda, con varios montañistas universitarios la revista *Montañismo y Exploración* de la cual es designado Director General. Entre otras publicaciones donde ha colaborado están *Revista de Geografía Universal*, *México Desconocido*, donde fue nombrado asesor de expediciones, y *Vuelo*. También fue fundador del Club Expedicionarios de México, A. C., y es con el patrocinio de este Club que realiza la *Expedición de Reconocimiento Arqueológico a la Sierra Madre de Durango*, en el invierno de 1989 a 1990. Tiene publicados varios libros, todos con el tema del montañismo y la exploración, (entre ellos *Sierra Madre Occidental*, *Herencia y Promesa*) además de miles de artículos de sus diferentes exploraciones, reseñas de libros y opiniones. Ha participado en programas de televisión sobre montañismo y exploración, incluyendo la grabación de un programa especial con el *Discovery Channel* en el Sótano del Barro. Junto con Antonio Quirarte, crea en 1995 la página *Xtreme: the Outdoors in México Home Page*, la primera página de deportes de montaña en México. También ha colaborado en *The Climbing Dictionary*, aparecido en Alemania. En 1998 crea el Sitio Web *Montañismo y Exploración*, donde escribió continuamente. Sus trabajos publicados en Internet han sido citados en diferentes páginas de México y otros países. En el 2008 participa en la

Primera Cumbre Internacional de Editores de Montaña, organizada por el American Alpine Club en Golden Colorado, y en Utah. Con esta invitación se le hace un reconocimiento por la enorme aportación que hace al montañismo internacional a través de [Montañismo y Exploración](#). Falleció el 29 de Mayo de 2014.

El presente documento ha sido creado usando básicamente la información del sitio oficial de Carlos Rangel para conservar un legado histórico y filosófico importante para el montañismo de México<sup>1</sup>.

Ávido estudioso de su especialidad, de la ciencia y filosofía en general, Carlos Rangel mantenía una abierta influencia de diversos pensadores como [Thoreau](#), [Muir](#), [B. Traven](#), [Messner](#) o [Castaneda](#). Como ejemplo de su filosofía de la exploración presentamos un escrito suyo sobre el tema.

*“Hasta hace pocos años hablar de montañismo implicaba un dejo de temeridad: aquellos que no lo practicaban parecían ver en los montañistas una especie de héroes que iban arriesgando la vida en busca de luciérnagas y que a veces no regresaban. Al parecer esta perspectiva no ha cambiado mucho desde entonces y quizá nunca cambie definitivamente. Sin embargo, la montaña, las paredes rocosas, las cavernas, los ríos, los mares y todo aquello que era el mundo exclusivo de los montañistas y de los aventureros, ha sido invadido —literalmente— por una población cada vez más numerosa que en general se ha denominado "turismo de aventura", producto de nuestra época. Esta población acude a la montaña llevada por guías y su inmersión en el mundo de la "aventura" se reduce a unos cuantos días o incluso pocas horas. Sin embargo, están ahí, presentes en todo momento.*

*¿Qué es realmente la aventura? Es difícil dar cualquier definición de un término usado indistintamente por grupos que persiguen diferentes objetivos pero aunque en esencia represente lo mismo tanto para un montañista que escala una montaña virgen que para alguien que hace su primer ascenso a una montaña nevada de dificultad moderada, es innegable que hay una diferencia sustancial. Ya en el Ideario del número dos de este boletín (octubre 10, 1998) dimos a conocer un comentario de Steve Blount:*

*Algunos viajeros poseen la idea de una aventura mezclada con descubrimiento y exploración. En búsqueda de la aventura, pasan por lugares que, aunque conocidos, aún suplen la experiencia personal que define la verdadera aventura... El Amazonas, y lugares como éste, son capaces de ser*

*descubiertos por cada viajero a través de su propias percepciones... La aventura no es más que un encuentro con lo no familiar, el reto al cuerpo o la mente, la experiencia profundamente vivida.*

*Visto desde este punto de vista, los turistas de aventura, tienen lo que quieren. Sin embargo, es imposible pensar en ellos como personas de la talla de Livingstone, Tenzing, Hillary, Messner, Herzog, Terray, Amundsen, Nansen, los navegantes fenicios que llegaron a las cercanías del círculo polar ártico o tantos otros para quienes la aventura no era un pasatiempo de fin de semana, sino el motor principal de sus vidas. Tener como motivación a la propia aventura es algo que la mayoría no puede entender, pues es creencia general que es un "síntoma" pasajero. Pero si bien no se comprende, se respeta. Después de todo, ¿quién no admira a quien ha hecho algo que jamás nos atreveremos a emprender?*

*"Aventureros" es un calificativo que la gente ha aplicado a quienes van más allá que la generalidad, a los pioneros, a los exploradores de todas las especialidades, a quienes dejan huella de su paso por la tierra de una manera poco común, es decir: arriesgada (según el concepto generalizado). No es que ellos mismos se consideren aventureros, sino que la palabra les queda a la medida una vez que han realizado lo que pretendían. Y el término "arriesgado" es un calificativo dado por las personas que no lo realizan.*

*Chirs Bonington, en su libro Las Grandes Aventuras Contemporáneas, en el volumen I: "Por mar y aire", escribe:*

*Existen diferentes niveles de aventura que cabe separar, tal como el atleta distingue entre una carrera de cien metros o un maratón. Las pruebas de cien metros en la aventura son muy intensas pero de corta duración. [...] Un escalador solitario que traza una nueva ruta [...] sin duda vive una gran aventura, ya que su vida se encuentra literalmente en sus manos [...] Se enfrenta al reto de lo desconocido y con los límites extremos del control muscular. Se necesita un nivel intenso de compromiso, pero el periodo en sí es relativamente corto... Los maratones de la aventura se dan en los picos del Himalaya, en los polos y a través de los océanos. La diferencia radica, obviamente, en la proporción, donde el elemento tiempo es tal vez tan importante como el tamaño. El riesgo inmediato y el nivel de capacidad pueden no ser tan concentrados, pero la expedición requiere un dinamismo a la vez físico y meditado, la capacidad de vivir con otros durante un largo*

*periodo de tiempo o, lo que tal vez resulte más difícil, la de estar solo y depender únicamente de los propios medios.*

*Son tres parámetros para definir la aventura: el tiempo, la intensidad de lo vivido, un nivel alto de compromiso y, aunque no está explícito en el texto, la autosuficiencia es importante. No importa si la aventura es de corta o larga duración, el compromiso ha de ser profundo y el aventurero debe tener los ojos bien abiertos para descubrir un mundo que no conoce y que apenas intuye pero al cual se quiere pertenecer. El artículo sobre un viaje por la boca del Mar de Cortés ha sido ya publicado en una prestigiosa revista de México en su oportunidad. El hecho de que lo reproduzcamos de nuevo es precisamente porque en él se advierten los elementos que la aventura tiene, pero no es un acto de presunción, sino de invitación porque si algo se aprende en el camino de la aventura es que si alguien lo ha hecho antes que nosotros, nosotros también podremos hacerlo....” La aventura vista por los aventureros, Carlos Rangel*

## Logros como montañista y explorador

---

- Escalada en solitario de Las Inescalables, [Iztaccíhuatl](#) (1975).
- Escalada en [El Escudo](#), [Sierra de San Pedro Mártir](#), [Baja California](#). (1979).
- Primera escalada mexicana a la ruta Salathé, [El Capitán](#) ([Yosemite](#), 1979).
- Primera escalada mexicana al Gran Trono Blanco, [Baja California](#) (1979).
- Apertura de nueva ruta en El Abanico, [Popocatepetl](#). Escalada mixta (1980).
- Expedición 200 Leguas por las barrancas de [Durango](#), en solitario (1987).
- Expedición Caminata de las Californias (1989), a lo largo de la península de [Baja California](#) hasta [San Diego](#), con un recorrido aproximado de 2,300 kilómetros en desierto y sierras.
- Expedición Barranca Bacís, [Durango](#) (1989-1990), con el objetivo de localizar lugares arqueológicos en una de las barrancas más importantes de la [Sierra Madre Occidental](#). Sierra Madre Occidental, en diferentes exploraciones (1981 a 1997).

- [Mar de Cortés](#), travesía en un velero primitivo sin instrumentos de navegación (1994).
- Primera Escalada de la pared del [Sótano del Barro](#), [Querétaro](#), 1996.
- Ruta de Hernán Cortés, desde la Villa Rica de la Vera Cruz (Veracruz) hasta la Ciudad de México (1997).
- [El Petén](#) y la [Alta Verapaz](#), [Guatemala](#) (1992, 1999)
- Primera escalada mundial absoluta en El Escudo, [Sierra de San Pedro Mártir](#), [Baja California](#), México. Mil cien metros de desnivel. (1999).
- Expedición Mares de México, primera etapa: [Chetumal](#) a [Cancún](#) (2000).
- [Desierto del Pinacate](#), [Sonora](#), México

## Aportaciones a la Ciencia

---

Descubrimiento arqueológico de máscaras de madera de mil años de antigüedad en el Valle de Tehuacán, Puebla. Programa de TV y libro editado por la UNAM, además de numerosos artículos (1986). Descubrimiento de diferentes sitios arqueológicos en la Barranca Bacís, Durango, Sierra Madre Occidental (1989). Formación del Museo Histórico de Ensenada, con el material recolectado durante la Caminata de las Californias de 1989. Expedición Científica Internacional al Popocatepetl, para observar el eclipse total de sol del 11 de julio de 1991. Edición de tres libros y un cortometraje, además de reportajes (1991). Escalada en el Sótano El Barro, Sierra Gorda de Querétaro. Programa televisado en Discovery Channel (1996).

## Asociación de Montañismo y exploración

---

Debido a que gran parte de su labor fue desempeñada en esta institución, resulta interesante reseñar brevemente la historia de la misma, según el mismo la escribió.

### PRIMERAS EXPEDICIONES AL EXTRANJERO

En mayo de 1975, María Dolores Noria, Felipe Muñoz y Manuel Casanova viajaron en auto, transporte local y avión a Ecuador para ascender el

Chimborazo y el Cotopaxi. Aunque nunca se le dio la suficiente promoción a esta expedición por ser prácticamente personal y porque entonces no se pensaba mucho en la publicidad de las expediciones, esta primera salida al extranjero marca el inicio de una trayectoria que se haría más sólida en el futuro.

Después de la valiosa experiencia de la Zona del Silencio, en mayo de 1977 se realizó una exploración importante en la Sierra de San Pedro Mártir, en Baja California. Veintisiete universitarios (entre ellos Manuel Casanova, jefe, Carlos Rangel, subjefe, Carlos Lazcano y Enrique Miranda) recorrieron el Cañón del Diablo, ascendieron a la parte norte de la montaña sin llegar a la cima y cruzaron la cordillera bajando por el Cañón La Providencia, hasta el desierto.

El año anterior (1976) , mientras se formaba la Escuela de Montañismo, seis miembros del GEU (entre ellos Manuel Casanova y Carlos Rangel) habían entrado por este cañón mientras trataban de llegar a la cumbre, pero después de superar la primera serie de cascadas, decidieron ascender al Cerro La Providencia para reconocer la sierra. Desde ahí vieron por primera vez la imponente pared noroeste de más de mil metros de altura que terminaba en la cima de la cordillera. Luego de escalar el cerro, decidieron regresar, pues las dificultades se presentaban mayores más adelante y no tenían tiempo suficiente.

El ascenso de 1977 tomó sólo dos días, pero el descenso les tomó cuatro debido a las múltiples dificultades que presenta la montaña y en gran parte fueron resueltas gracias a la experiencia obtenida en el Cañón la Providencia en 1976. Este evento sentó las bases de lo que la Asociación de Montañismo sería en el futuro, pues se creó tal ambiente de camaradería y cooperación que el último día en la sierra ninguno de los integrantes, por muy cansados que estuviera, podían dormir de pensar que ya no estarían ahí.

En julio se realizó la primera expedición internacional. El objetivo fue la Cordillera de las Rocallosas, en Canadá. Las tres montañas ascendidas (Montes Victoria, Scheaffer y Lefroy) fueron un claro ejemplo de lo que el montañismo universitario podía hacer con estudiantes que tenían una preparación. Esto rompió finalmente las reticencias de parte de las autoridades deportivas de la Universidad, quienes comenzaron a confiar plenamente en el montañismo que se practicaba por los universitarios.

Ese mismo año (1977), las asperezas entre la Asociación y el GEU se limaron por completo, puesto que quienes estaban participando activamente en la

Asociación habían sido (y seguían siendo) miembros de aquel. Pese a ello, el GEU prefirió permanecer como un grupo independiente, pues si bien el sistema de cursos de montaña operaba a mayor escala con buenos resultados, quienes ya tenían experiencia y querían hacer sus propias expediciones no querían perder tiempo tomando o impartiendo cursos.

A principios de 1977, Alejandrina Pérez Caesar y Lorenzo García imparten el primer curso de espeleología en la UNAM con un objetivo claro y muy preciso: descender al Sótano de las Golondrinas, para entonces es considerado uno de los retos más importantes en esta especialidad, y formar un grupo de espeleología dentro del montañismo universitario.

Hacia fines de ese año, Eduardo Mosqueda presenta a Manuel Casanova un proyecto para organizar y dirigir un grupo de escalada en roca y es aprobado como instructor de esa especialidad en la Escuela. Eduardo sería el principal promotor de la escalada con una nueva mentalidad: la escalada natural y con nuevos y ambiciosos objetivos.

En 1978, se realizan tres diferentes expediciones. La primera es la más notable, pues en poco tiempo Eduardo Mosqueda logró aglutinar a los escaladores de la Escuela y formar un buen grupo que se dirigió a Baja California con el entonces novedoso equipo de nueces, stoppers y la mentalidad de la escalada natural, para realizar el primer ascenso al Gran Trono Blanco. Eduardo y Mauricio López realizan el ascenso durante tres tramos de la pared y vivaquean, pero por la noche cae una tormenta que los hace desistir de la escalada y bajan. Sin embargo el plantearse ascensos a paredes de grandes dimensiones es una novedad en la mentalidad de los escaladores universitarios, que se plantean el aprendizaje de la técnica específica de Gran Pared.

La segunda expedición es al Sótano de las Golondrinas, en San Luis Potosí. Asisten más de treinta universitarios y con ello se da inicio a la época de la espeleología moderna en la Universidad. Entre ellos asiste una muchacha de aspecto frágil pero con una energía impresionante: Isabel Vivián, quien se convertiría en la primera mujer mexicana en descender al Sótano en una época en que la espeleología en México estaba naciendo. Eusebio Hernández escaló la zona llamada Las Peinetas, dentro del mismo sótano. Quien dirige la expedición es Alejandrina Pérez. Esta experiencia sería definitiva para muchos de los participantes, quienes se constituyeron en los participantes y promotores de la espeleología.

La tercera expedición fue al Nevado Salcantay, en Perú, una montaña compleja y hermosa que lograría cambiar la mentalidad de los montañistas universitarios para emprender nuevos retos en el futuro. El Salcantay representaba un cambio completo del panorama mental: ya nos e trataba de ascender montañas en un estilo convencional, pues su complejidad exigían una buena y metódica organización. Además del Salcantay, también se ascendió al Choyunco.

Es con estas tres expediciones que el montañismo universitario estaba preparado para dar el gran salto.

## EL RECONOCIMIENTO OFICIAL

En 1973, Iseo Noyola, entonces nombrado presidente del Club, decidió dirigir una carta al Presidente de la República para solicitar equipo básico para realizar excursiones de mayor nivel técnico. La respuesta llegó semanas después diciendo que debía dirigirse a las autoridades deportivas de la propia Universidad. Entonces era Director General de Actividades Deportivas y Recreativas el Ingeniero Alejandro Cadaval, quien, a pesar del interés que manifestaba hacia la idea de integrar el montañismo como un deporte más en la UNAM, tenía todavía serias dudas respecto a la seguridad en quienes planteaban el proyecto.

A principios de 1974, Manuel Casanova, nombrado sucesor de Iseo Noyola, propuso a la Universidad la idea de ascender las diez cumbres más altas de México, encender una antorcha en la cima y bajarla de la montaña para entregarla a una serie de corredores que la harían llegar a Ciudad Universitaria, donde se encendería en pebetero olímpico con el fuego venido de lo más alto de México para iniciar los Primeros Juegos Deportivos Estudiantiles. Como el evento fuera un éxito, la incorporación del montañismo al deporte estudiantil de la Universidad Nacional Autónoma de México finalmente se cristalizó ese mismo año.

Sin embargo, hubo una pequeña variación que el Club de Alpinismo no esperaba: el ingeniero Cadaval nombró como responsable de la Asociación de Alpinismo (nombre que se le dio al incorporarse como deporte estudiantil) al profesor Mariano Aguilera, hecho que llevó a un distanciamiento persistente entre el montañismo de la Universidad y los integrantes del Club de Alpinismo, quienes decidieron cambiarse el nombre a Grupo Expedicionario Universitario (GEU).

El nombre implicaba no sólo su descontento hacia el nombre oficial que se le había dado a un esfuerzo de mucho tiempo y que de pronto ya no les pertenecía, sino también la calidad de sus metas, pues para entonces planeaban ya realizar expediciones. Los dos años siguientes (1975-1976) son un tanto confusos en todos términos para las dos partes. Por un lado los miembros del GEU siguen realizando excursiones de alto nivel.

En 1975, Carlos Rangel Plasencia, fundador del nuevo GEU, realizó en el mes de noviembre una escalada en solitario a la pared Las Inescalables, por la ruta El Sol, en la parte norte de la Cabeza del Iztaccíhuatl. La escalada, planeada durante muchos meses, fue apoyada por Iseo Noyola desde el refugio del Teyotl, y Manuel Casanova y tres montañistas más quienes acamparon en la cumbre de la Cabeza. Por este ascenso, la Liga Excursionista del Seguro Social le entrega la medalla "Al Mérito Deportivo" de ese año en la ceremonia del aniversario de su Club.

Por su parte, la nueva Asociación de Alpinismo tuvo problemas de funcionamiento pues no tenía la energía ni la filosofía del GEU. Así, en septiembre de 1974, su evento principal, una exploración a la Barranca del Cobre y que duró tres días, estuvo a punto de suspenderse porque no había gente que asistiera. El evento se salvó gracias a que el GEU participó con su gente, invitados por Manuel Casanova.

Sin embargo, las tensiones entre un grupo y otro y el marcado desinterés que el profesor Aguilera manifestaba a las actividades del montañismo, hicieron que a fines de 1975 el propio ingeniero Cadaval decidiera eliminar al montañismo como deporte universitario.

## MITOS DESTRUIDOS

1979 es el año que marca la nueva época del montañismo universitario: es el tiempo de derribar mitos, algo que venía haciendo de tiempo atrás, pero esta vez en grandes dimensiones.

En el mes de mayo, Carlos Rangel dirige un grupo que asciende durante cuatro días por la cañada La Providencia, en la Sierra de San Pedro Mártir, y se coloca debajo de la gran pared de más de mil metros que habían visto en 1977 y que entonces les ocasionara grandes problemas técnicos durante el descenso. Entonces le llama *El Escudo*. Después de varios días de estudiarla, deciden realizar un ascenso por una vía natural, pero sólo llegan a 260 metros de altura porque la pared se torna muy difícil y escalarla les

llevaría varios días. El problema principal: el agua. Sin embargo, representa el primer intento de escalada seria a esa gran pared.

En junio se realiza una expedición al monte McKinley, el más alto de América del Norte. La expedición fue planeada durante meses y cuidada en todos sus detalles, pues de resultar un éxito, la siguiente expedición sería al Himalaya, la gran cordillera que representa el sueño de los montañistas mexicanos.

En septiembre, Eduardo Mosqueda, Carlos Rangel y Mauricio López escalan la ruta Salathé Wall, en El Capitán. La pared había sido escalada por la ruta Triple Directa en 1971 por tres escaladores del Club Exploraciones de México con la técnica que prevalecía entonces y que implicaba que si un paso no podía ser superado en escalada libre, se haría en artificial. La mentalidad "natural" de entonces hacía que la preparación de los escaladores fuese más ardua.

Durante ocho años, los mejores escaladores mexicanos llegaron a la pared e intentaron el ascenso de la Salathé, pero fracasaron hasta llegar a hacer circular el rumor de que esa pared "no era para mexicanos". Además, la Salathé era *la ruta*, pues se trata de la más clásica y, por lo tanto, la más ambicionada por los escaladores. El ascenso fue realizado con nueces, stoppers y clavos (para las secciones artificiales) en seis días.

Una semana después, Mosqueda y Rangel realizarían también el primer ascenso mexicano al Gran Trono Blanco, por la ruta Volkswagen, en Baja California.

Con estos eventos, los universitarios se dedicaron a romper tabúes y mitos que sólo limitan al hombre y no lo dejan alcanzar aquello que realmente puede tocar. Así, el Grupo de Espeleología deja de lado el puro descenso de cavernas famosas y se dedica a explorar en busca de otras nuevas para hacer realmente espeleología (esto es: el auténtico estudio de las cavernas), con levantamiento topográfico de cada caverna y algunos estudios más sobre ella.

Con estas expediciones, la Asociación de Montañismo de la UNAM estaba a la altura de las mejores organizaciones alpinas del mundo tanto en eventos como en mentalidad. Estaba entonces en condiciones de dar el paso más ambicioso de todos: la primera expedición mexicana al Himalaya.

Pero había un punto que no había quedado claro hasta el momento: ¿se trataba de alpinismo, de montañismo o de andinismo? Como consecuencia

de los continuos debates sobre este tema, el montañismo universitario pasa a denominarse Asociación de Montañismo y Exploración.

## LA GRAN CORDILLERA

Casi al mismo tiempo que surgiera el montañismo en México, la idea de ir a la cordillera más grande del planeta era una sueño para mucha gente. Incluso se llegó a hacer una sociedad Pro-Everest con el objeto de ascenderlo. Sin embargo, las ideas nunca fraguaron en algo concreto.

Después del ascenso del McKinley, la Asociación de Montañismo de la UNAM se dedicó a organizar en tiempo completo la expedición al Kangchengjunga Oeste, de 8,420 metros, pues había obtenido permiso de escalarla para la primavera de 1980. El esfuerzo era muy elevado y exigía a cada miembro de la expedición su tiempo completo. Como el trabajo de organización era excesivo, todos los miembros de la Asociación trabajaron con ellos hasta horas muy altas de la noche durante varias semanas aún a sabiendas de que ellos no irían. Veinticuatro personas fueron reconocidas como miembros activos de la expedición en la conferencia de prensa que se dio dos días antes de partir rumbo a Katmandú, el 3 de febrero de 1980.

Finalmente, la expedición sale rumbo a la cordillera. En el aeropuerto, mucha gente se reúne y comenta. Hugo Delgado, participante de la expedición, habría de recordar después:

*Recuerdo el comentario de un montañista que había sido muy renombrado en 1970-1975 hecho justo antes de que partiéramos al Kangchenjunga: "No la van a hacer porque el mexicano no puede llegar a los ocho mil metros sin desplomarse: estamos desnutridos. Si los norteamericanos o los europeos que están bien alimentados, más corpulentos y altos, desfallecen, ¿qué pueden esperar los "chaparros" mexicanos?" [...] Muchas personas habían asegurado que ni siquiera se llegaría al campamento base, otros que no se sobrepasarían los siete mil metros.*

El 4 de mayo de 1980, dos universitarios, Hugo Saldaña y Alfonso Medina, logran alcanzar la cumbre del Kangchenjunga Oeste superando con creces los pronósticos más optimistas pues Hugo asciende incluso sin oxígeno artificial. Sin embargo, no descienden de la montaña y el montañismo universitario se viste de luto por dos grandes compañeros que lograron un

objetivo que habían hecho suyo, aunque todos habían compartido un poco de tiempo para lograr ese ascenso.

En 1981 se forma oficialmente el Grupo de Exploración y a partir de entonces las actividades de la Asociación se multiplican en diferentes medios. Las primeras exploraciones son en la Sierra Tarahumara, Chihuahua, y la Sierra de San Pedro Mártir, Baja California. Es en este año que el montañismo universitario da un paso más: la creación de la revista *Montañismo y Exploración*, un intento serio de difusión del montañismo que terminaría en 1984 porque no se podía mantener una revista y una escuela de montaña al mismo tiempo por los mismos participantes.

En 1982 el montañismo universitario regresa al Himalaya con la *Expedición México-Polonia al K2* que intenta un primer ascenso por una ruta nueva. Sin embargo, sólo logran llegar a 8,200 metros, lo cual no es ningún fracaso tratándose de esa montaña.

Ese mismo año, Carlos Lazcano se convierte en el primer mexicano en descender a un sótano de más de mil metros de profundidad: la Sima Berger, en Francia. Para diciembre, Carlos Rangel realiza en solitario una exploración a la Sierra de San Pedro Mártir, por el Cañón La Providencia. "La montaña más difícil, por la ruta más difícil en el tiempo más difícil", fue el lema. El ascenso le toma siete días de escalada en roca granítica y, al final, en hielo y nieve.

## INVESTIGACIÓN Y DEPORTE

En marzo de 1986, un grupo de estudiantes universitarios recorre la zona de San Juan Raya, en el valle de Tehuacán-Cuicatlán, en el límite de Puebla y Oaxaca. Graban el tercer programa de televisión para *Aventura en México*, con el tema "Exploración". Después de recorrer la parte baja del desértico valle, ascienden un monte y en él descubren una caverna. Después de una exploración ligera, Carlos Rangel, quien ha descendido los ocho metros de un tiro vertical, encuentra varias piezas de madera. Es todo un descubrimiento: máscaras, vasijas, escudos y puntas de lanza de obsidiana.

El hecho es grabado en el momento mismo por cámaras de televisión y dos semanas después, los universitarios regresan al lugar junto con arqueólogos que realizan el rescate científico y cuyos resultados se verían plasmados después en un libro: *Las máscaras de la cueva de Santa Ana Teloxtoc*,

*Puebla*, editado por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

Los resultados son sorprendentes: las máscaras de madera tienen una antigüedad de aproximadamente mil años, lo que las hace, en palabras de los especialistas, "el descubrimiento arqueológico más antiguo del mundo en este tipo de material hasta el momento".

Además, es la primera ocasión en el mundo en que un descubrimiento se realiza con un camarógrafo profesional y que el montañismo universitario es reconocido mundialmente como una organización en la que se puede confiar por su seriedad en el trabajo de campo.

Sin embargo, no es la primera vez que los montañistas universitarios han incursionado en el terreno científico como un apoyo a la actividad científica. La prueba más palpable está en los trabajos de Carlos Lazcano, quien se dedicara a hacer un catastro de cavernas en toda la Sierra Gorda de Querétaro. Las aportaciones seguirán en lo futuro: descubrimientos arqueológicos en el estado de Durango (1987) e incluso una expedición de reconocimiento arqueológico (1989-1990), en que participa un arqueólogo del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

La Caminata por las Californias (1988-1989) es otro evento en el cual interactúan todo el tiempo los montañistas y los historiadores y uno de los múltiples resultados de esa expedición a pie por la península es la creación de un museo con el material obtenido en los seis meses que dura la caminata y que actualmente está en Ensenada.

Actualmente, los estudios de vulcanología y glaciología que se están realizando en el Popocatepetl, Iztaccíhuatl y Pico de Orizaba por parte del Instituto de Geofísica de la UNAM cuentan con miembros de la Asociación de Montañismo.

## LOS ORÍGENES

En el año de 1971, Carlos Rangel y Ricardo Monroy, estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria No. 1 "Gabino Barreda"; Juan Ocaranza y Felipe Muñoz, de la preparatoria 3, "Justo Sierra", y María Dolores y Rosa Noria Trejo, de las facultades de Psicología y Medicina, respectivamente, se reunieron en casa de uno de ellos para formar lo que entonces se denominó

*Club de Alpinismo de la UNAM.* Trataban de formar por primera vez un grupo reconocido por la propia Universidad que realizara excursiones de un deporte que siempre había sido considerado peligroso.

Para tal fin, el profesor Antonio Grimaldo, quien entonces coordinaba el Grupo de Excursionismo de la UNAM con salidas cada fin de semana, proporcionó su apoyo. Las excursiones fueron moderadas en un principio, pero siempre llegaban más allá de las perspectivas que entonces tenía el Grupo de Excursionismo, pues los que participaban lo trataban como un deporte y no como una actividad recreativa.

Meses después, Manuel Casanova, en un intento formidable de reunir a todos los grupos de alpinismo que ya estaban funcionando dentro de la Universidad pero en forma separada, realizó una reunión en el local del Club Orófilos de la Montaña, donde se platicó ampliamente de la posibilidad de formar un solo grupo. A esa reunión asistieron los que formaban parte del Club de Alpinismo de la UNAM, a la sazón sólo ocho miembros. Pese a la gran iniciativa, la reunión se disolvió sin que de los asistentes se volviera a saber nada, excepto en las excursiones donde se encontraban ocasionalmente.

En 1973, dos miembros del Club de Alpinismo de la UNAM, que había tenido actividades continuas, tomaron un curso básico en el INJUVE (Instituto Nacional para la Juventud), impartido por Manuel Casanova y otros instructores. Poco después, otros dos miembros del Club de Alpinismo tomarían ahí mismo y con el mismo cuerpo de entrenadores, un curso similar. A partir de ahí, Casanova se uniría al grupo que tenía ya dos años realizando salidas sin otro objetivo que disfrutar de la montaña deportivamente.

Para entonces, el pequeño grupo había tenido un crecimiento en un ámbito importante: se había creado una conciencia de lo que era ser alpinista y se discutía continuamente sobre la filosofía que se debía tener para serlo. Esta perspectiva diferente hizo que personas que pertenecían a otros grupos decidieran integrarse y realizar excursiones con el Club de Alpinismo de la UNAM.

## EL DEPORTE ORGANIZADO

Con esa decisión, la sobrevivencia del montañismo en la misma Universidad, que significaba varios años de esfuerzo de muchas personas, estaba a punto de perderse. Fue Manuel Casanova quien, a principios de 1976, pidiera al ingeniero Cadaval "una oportunidad" para organizar a un grupo de

estudiantes universitarios que en el lapso de un año hicieran una expedición al extranjero, con la única condición de que él fuera el responsable directo. Un año, sin embargo, era mucho tiempo, así que la propuesta se aceptó con la condición de que en seis meses existiera ya un grupo capaz física y técnicamente. La pregunta quedaba en el aire: si en el lapso de dos años no se había hecho nada, ¿podría hacerse en medio año?

La iniciativa de Casanova fue brillante: realizó propaganda para que los universitarios que así lo desearan pudieran tomar un curso de montañismo general, cuyo objetivo final sería realizar un recorrido por la Zona del Silencio, en el estado de Durango. Estaba tratando de hacer del montañismo un deporte en todo el amplio sentido de la palabra, organizado hasta en sus más mínimos detalles.

A tal curso se inscribieron 49 personas y aprobaron 44. Al finalizar el curso, gracias a un método de enseñanza escolarizada del montañismo, a un entrenamiento estable y continuo, a un objetivo común y a que la filosofía de los miembros del GEU había sido trasplantada a los nuevos montañistas, La Asociación de Alpinismo tenía gente: era una realidad que se hizo presente en la Zona del Silencio en agosto de 1976.

Los cursos se siguieron impartiendo en un método no ensayado hasta entonces: después del primer curso (que entonces se llamó media montaña, como en la antigua Escuela Nacional de Montaña, de donde Casanova había sido instructor), siguió uno de alta montaña.

Las antiguas discusiones del GEU sobre técnica y filosofía se encontraron nuevamente en la Escuela y hallaron un terreno fértil: los estudiantes. Así, surgieron polémicas en torno a si habría espeleología y al nombre real de la Asociación. ¿Era realmente posible ser una asociación de Alpinismo muy lejos de los Alpes?

Para solucionar el primer problema, Casanova invitó a Alejandrina Pérez Caesar para que impartiera el primer curso de espeleología en la UNAM. Entre sus alumnos estuvo Carlos Lazcano, quien después sería el principal promotor de esta disciplina deportiva en México.

## LA CONSOLIDACIÓN

Hacia 1983, la Asociación de Montañismo y Exploración de la Universidad es conocida en todo México como uno de los grupos más importantes de este

deporte. En espeleología, las exploraciones subterráneas que lleva a cabo Carlos Lazcano y Víctor Granados, entre otros, trascienden las fronteras y se plasman en artículos que son publicados en revistas especializadas. En poco tiempo el propio Lazcano es conocido en todo el mundo por su fructífera labor.

Ese mismo año, Carlos Rangel inicia el descenso de ríos en el Filobobos, estado de Veracruz; Tula, estado de Hidalgo; Cañón de las Garzas y Amacuzac, estados de Guerrero y Morelos. Inicia una nueva etapa de la exploración universitaria.

Es en este año que las cuatro especialidades del montañismo universitario (alta montaña, escalada en roca, espeleología y exploración) se consolidan de tal forma que la Asociación funciona como una entidad con cuatro deportes muy diferentes y especializados entre sí. Las expediciones se van haciendo poco a poco más numerosas y los objetivos cambian a una superación deportiva mayor.

A partir de entonces, los cuatro grupos del montañismo universitario, han desarrollado expediciones a distintos lugares, lo cual es propio del deporte.

En 1984, se abre otra perspectiva al montañismo: la televisión. Después de grabar un primer programa en el Popocatepetl que pasara en breve tiempo en un canal televisivo, se graba otro más en Corredor de Ayoloco, en el Iztaccíhuatl, directamente para ese canal.

Con estos dos programas, la Asociación presenta, a finales de 1995, un proyecto a TV-UNAM llamado *Aventura en México*, proyecto bastante ambicioso en el que se pretendía trasladar el montañismo a la pantalla. Pero sólo llegaron a transmitirse tres programas, el último de los cuales marcaría el inicio de otra etapa, pues se trata de un descubrimiento arqueológico de primera importancia.

El interés de transmitir las actividades por televisión hace que en 1996 dos camarógrafos del *Discovery Channel* permanezcan durante dos semanas en el borde y dentro del sótano del Barro para grabar la primera escalada a la pared sur del sótano en escalada libre. Los camarógrafos no tenían preparación técnica especializada y los montañistas universitarios tuvieron que capacitarlos en el lugar.

# Legado como explorador a través de sus crónicas

---

## Caminata de las Californias

Es aquí donde termina Baja California: Cabo San Lucas, considerado como su punto más austral. Es aquí donde comienza nuestra caminata. Son las siete de la mañana y estamos a un metro de donde rompen las olas. Primero de enero de 1989. Nos esperan muchos kilómetros por delante porque queremos consumir nuestro sueño de muchos años atrás: caminar a todo lo largo la península. "¿Toda? ¿Caminando? ¿Por qué?" Preguntas que menudean y no podemos acabar de explicar. ¿Aventura? Hay mucho de eso, pero nuestro objetivo no es puramente deportivo pues ya al querer recorrer toda la península a pie no pensamos hacerlo por la carretera o por un camino ya establecido. Será diferente porque tras mucho tiempo de investigación y preparación, decidimos seguir un camino nunca hollado en su totalidad: "las primeras entradas" que marcaron los exploradores jesuitas en las tres Californias" [Bitácora: enero 1, 1989]. La noche anterior, última del año, preguntamos si llovería. "Pues verá: puede llover mañana o dentro de un año; aquí tiene cinco años seguidos sin caer una gota de agua, así que usted dirá". Tras 32 kilómetros, arribamos a San José del Cabo. Era nuestra primera jornada y nos sentíamos molidos... en agua, porque cayeron sobre nosotros los cinco años de agua escatimada a la tierra: llovió durante 36 horas continuas. Durante la prolongada sequía, mucha gente había perdido sus rebaños de cabras, sus cosechas y hasta sus tierras porque terminaban a la venta. ¿Quién soporta el hambre por cinco años? "Será un buen año para Baja California Sur".

Fueron cinco meses de experiencias que jamás se repetirán. Aquí sólo mencionaré los aspectos que, por una u otra razón hicieron de la Caminata por las Californias, expedición de México Desconocido algo sumamente especial.

## LAS PRIMERAS ENTRADAS

Una vez descubierta la California en el siglo XVI, se pretendió, como es lógico, explorarla y colonizarla. Muchos intentos se hicieron pero todos terminaban en el fracaso. Los exploradores españoles tenían ante ellos un

territorio completamente desconocido, con sierras y desiertos que les dificultaban el paso, con indígenas de los que nada sabían, con una carencia de agua a la que no estaban acostumbrados. Los primeros resultados fructíferos fueron obtenidos por los jesuitas, quienes realizaban incursiones tierra adentro a partir de un punto fijo, levantaban mapas y sobre estos planos trazaban la ruta que habían seguido, a la cual le dieron la denominación de "primera entrada", nombre que les vino a la perfección porque con frecuencia estas rutas presentaban dificultades tan arduas que no podía pensarse en ellas como una ruta definitiva. Con expediciones posteriores a veces, incluso, en la misma exploración se hallaban mejores terrenos sobre los cuales podrían transitar las caravanas de exploradores, las recuas de mulas con alimentos, el ganado: eran los primeros caminos de las Californias, caminos que nos parecen verdaderas locuras porque ahora existe la carretera transpeninsular. Estas primeras exploraciones, las primeras que dejaron una huella tanto en la historia como en la geografía de la península más grande de nuestro país, tuvieron una secuencia en el tiempo, uno o más protagonistas, un sentido y un objetivo. Lo que ahora nos interesa es la secuencia tanto geográfica como temporal de estas primeras entradas. Las describiremos en orden temporal:

1683

El jesuita Eusebio Francisco Kino funda la primer misión de Baja California en la Bahía de San Bruno y que llevó el mismo nombre. Precursora de Loreto (Conchó), sólo funcionó durante unos meses y sus restos pueden verse a la orilla del mar tapadas de vegetación.

1684-1685

A partir de la misión de San Bruno, el padre Kino y el almirante Isidro de Atondo y Antillón realizan el primer cruce de la península desde Mar de Cortés entonces llamado Mar Bermejo hasta la Mar del Sur. Pasan por donde estarán fundadas las misiones de Comondú (el Viejo porque después fue trasladada a su actual sitio) y La Purísima y regresan a San Bruno.

1697-1717

Durante veinte años se explora sistemáticamente al poniente por la ruta que recorrieran Kino y Atondo y se fundan las misiones de Comondú, La Purísima y Mulegé.

1718

El P. José María Píccolo llega desde la misión de Mulegé hasta el lugar que detuvo durante muchos años los esfuerzos exploradores de los jesuitas: San Ignacio. Esta misión fue la última frontera durante muchos años.

1720

Clemente Guillén, jesuita mexicano, realiza el primer viaje por tierra desde la misión de Ligüi hasta la Bahía de la Paz, para lo que tiene que cruzar en dos ocasiones la Sierra de la Giganta y pasar por donde fue fundada la misión de Dolores (Apaté). El padre Nápoli llega al Cabo San Lucas (Yenecamú) desde la misión de La Paz (Airapí) pasando el actual San José del Cabo (Añuití). Fernando Consag, infatigable y destacado explorador jesuita, cruza el Desierto Central y llega al paralelo 30. El diario de esta exploración se ha perdido y sólo se sabe aproximadamente su itinerario por las notas de Wenceslao Link. Fue él quien comenzó a trasladar la última frontera cada vez más al norte.

1753

Consag llega a la bahía de San Luis Gonzaga en lo que fue su última exploración.

1766

El jesuita Wenceslao Link, en un intento por alcanzar la desembocadura del Río Colorado, llega a unos kilómetros al norte de la actual bahía de San Felipe, a unos 160 kilómetros al sur de Mexicali. Esta importante exploración decidió el curso de las siguientes pues se evitaría el tórrido Desierto de San Felipe y la abrupta sierra de San Pedro Mártir.

1769

El Comandante Fernando Rivera y Moncada y el franciscano Juan Crespí llegan a la bahía de San Diego en una expedición de gigantescas proporciones que precede un mes a Junípero Serra.

## EL CAMINO PERDIDO

Tres días caminando hacia el norte nos dejaron en Las Animas, a la mitad de la distancia de la enorme bahía de La Paz. Frente a nosotros se extendía una

muralla rocosa de proporciones gigantescas a través de la cual debíamos cruzar la Sierra de la Giganta porque así lo había hecho el padre Clemente Guillén en 1720. Pero... ¿cómo? Todo era vertical. Habíamos platicado con don Guillermo Almaraz, un anciano conocedor de toda la zona y nos explicaba que por donde queríamos pasar no existía vereda alguna. Sin embargo... el diario de Guillén que habíamos leído varias veces mencionaba el paso de mulas. Lo volvimos a leer. No había lugar a dudas: debía ser por ahí; esa pared había sido el itinerario de su primera entrada. El mismo don Guillermo nos mandó con Rafael Amador y éste nos mencionó que sí había un paso: el "Testerazo de las Animas", un camino para borrego cimarrón que se delineaba apenas por entre las rocas, pero solamente cuando se estaba junto a él.

Al otro día, subíamos por el arroyo hasta donde comienza la montaña. Rafael era nuestro guía y era difícil seguirle el paso tanto por lo empinado del terreno como por el peso de las mochilas. "Yo puedo subir corriendo, pero si los dejo solos, ¿qué hacen?". Apenas lo había dicho, se arrepintió de ello. Era una falta de modestia; lo sabía y se puso colorado era de tez blanca por su error. Pero era cierto. Cuando llegó el momento de dejarnos, lo vimos bajar con una velocidad impresionante, saltando de roca en roca y sin atender apenas la rapidez que daba a sus piernas, saltaba de roca en roca y sus huaraches se adherían al piso en la vertiginosa carrera por alcanzar el fondo. Entonces recordé un detalle de su plática: "Al borrego cimarrón lo alcanzo y lo derribo en plano. Pero si toma la pendiente, nadie lo alcanza. Ni el león."

## EL TESTERAZO DE LAS ANIMAS

Lo que teníamos por delante era un estrecho pasillo de apenas un metro de ancho. Ahí se le habían desbarrancado algunas mulas a Guillén y no supimos antes de ahora el porqué. Era la primera vez en la expedición que nos alejábamos de caminos transitados. Pero, ¿era éste el verdadero camino por donde había pasado el explorador jesuita? Muchos derrumbes han ocurrido en esas paredes desde entonces, uno de ellos tapó la Cuesta de Federico, un camino que el hombre hizo a fuerza de brazos para bajar el palo blanco con que curte las pieles. El camino exacto tal vez no, pero la ruta general sí que lo era: estaba ahí el manantial en el que habían bebido hacia la una de la tarde, después de haber bajado por la montaña. Desde entonces, el camino no volvió a ser recorrido. Era una vereda perdida... una primera entrada.

Ifonso Cardona, nuestro compañero de apoyo, nos acompañó un tramo bastante largo para realizar una grabación de nuestro ascenso. Desde arriba lo veíamos empequeñecer conforme subíamos y el terreno era cada vez más aéreo, más espectacular, más del noroeste de México: espacios abiertos hasta el infinito donde la mirada no tiene más barreras que su propio alcance. Ahí se comprende mejor que cada quien tiene un mundo no más grande que lo que alcanzan a recortar sus ojos.

En la parte superior de la sierra todo era diferente: si en el lado de la costa el terreno era árido, ahí era una coraza de espinas y ramas que dificultaban el avance. Caminamos hasta el atardecer, hasta que la luz nos lo permitió. En realidad no habíamos tenido un solo problema técnico desde nuestra salida de Cabo San Lucas y nos pudimos dar el lujo de ese derroche de energía. Al día siguiente lo resentimos: el sol, por primera ocasión durante el año y era ya 23 de enero, nos hizo callar mientras caminamos; el diálogo que habíamos sostenido desde el inicio se convirtió, por obra del calor y el esfuerzo, en plática interna con nuestro propio yo. Así tendríamos muchos días, muchas conversaciones que nos llevarían a... ¿dónde?

## MISION DE LOS DOLORES

Del lado occidental de la sierra, habíamos seguido el Camino Real hasta llegar a un caserío llamado Primera Agua. A partir de ahí, el camino era, nuevamente, difícil de encontrar porque ya no se usa mucho. Tardamos todo un día en cruzar una zona llena de cerros, cañadas y espinas para llegar a los Llanos de Kakiwí, donde los "llaneros", como se nombran a sí mismos un tanto en broma, nos recibieron con mucha cortesía. Nos esperaban y eso era una sorpresa para nosotros, pero ellos estaban informados de nuestro viaje. "Nos dijeron que iban a pasar y que no nos espantáramos ni pensáramos que venían en mala forma. Aquí nos tienen para cuando gusten. Esta es su casa y pueden regresar cuando quieran". "Nos regalaron con un desayuno exquisito: machaca de pescado y frijoles con sus respectivas tortillas de harina y el indispensable café. ¡Con qué pocas cosas puede el hombre ser feliz!" [Bitácora: enero 29 de 1989]. ¿Regresar? Pero... ¿quién se quería marchar?

Al otro día, don Porfirio Amador Higuera, uno de los llaneros, nos llevó hasta Los Burros, un caserío de pescadores en el que viven once familias. "Lo sabemos con exactitud porque cantamos once mañanitas el 10 de mayo pasado". Hasta la misión de Los Dolores muchas veces confundida en los mapas como Los Burros nos acompañó Lucio Romero. La añeja misión fue

abandonada y después rehabilitada como hacienda, por lo que pueden verse algunas construcciones y una gran bodega con una reja de acero que servía de cava, pues se producía mucha uva, y que ahora es utilizada para almacenar cebollas y otros productos que cosecha la gente. Estando en la misión, toda rodeada de riscos y peñas verticales y, sobre todo, conociendo ya la ruta que había seguido Guillén, se nos hizo del todo obvia: debía ser por ahí y por ninguna otra parte. Habíamos vuelto a recorrer un camino completamente olvidado. Lo que faltaba de camino hasta Loreto era prácticamente por la costa, impresionante por su magnitud, por su soledad, por sus pescadores. Loreto, el objetivo final de la segunda etapa de la caminata, lo alcanzamos el 5 de febrero.

## COMONDU VIEJO

El 20 de febrero habíamos regresado a La Purísima, luego de llegar caminando a la costa del Pacífico, a la desembocadura del único río, digno de tal nombre, en toda la península. Habíamos seguido el camino que Isidro Atondo y Antillón, junto con el conocido jesuita Eusebio Francisco Kino, realizaron en 1684-1685. Aunque, a decir verdad, no lo hicimos por completo porque faltaba por ubicar un punto extremadamente importante: la antigua misión de Comondú o Comondú Viejo, como se ha dado en llamarla para distinguirla de su sucesora. Seguimos el camino que había sido trazado por investigadores anteriores y sólo comprendimos el error al releer por enésima ocasión el diario de Atondo.

Comondú Viejo es un paraje donde sólo hay un rancho y los restos de la misión son utilizados actualmente como chiquero, un triste destino para tan gran esfuerzo del siglo XVIII. Pero nadie conocía la ubicación de este lugar y nos costó todo un día dar con él, pues le llaman ahora de otro modo. Ahí conocimos a don Leopoldo Perpuli, una persona mayor, pero de ninguna manera anciano porque todo él irradiaba juventud y fue la única persona que conocía bien la historia de Baja California. Lejos, en una casa donde no hay energía eléctrica y donde se tiene que trabajar de sol a sol, había aprendido la historia de su tierra, había adquirido poco a poco una pequeña biblioteca y era quien más comprendía lo que hacíamos. Con él nos transportamos al pasado cuando vimos una cuera y todas las "armas" (aperos) que usan los vaqueros de la Baja California Sur, instrumentos de utilización cotidiana que ya se creían parte de la historia irrecuperable.

## EL RÍO

El 16 llegamos a Cuba. "Sí: Cuba. Es un poblado pequeño de casas construidas con paredes de petates y techos de palma porque el lugar es sumamente árido. De esa aridez y calor se baja una pendiente suave y en cosa de 30 ó 40 metros nos vimos rodeados de palmeras, naranjos y todo tipo de árboles frutales. ¡Una verdadera maravilla! A un lado está el río, cada vez más ancho y profundo" y unos kilómetros después arribamos a La Purísima. Lo que primero buscamos fue, por supuesto, la misión, pero lo que de ella queda es sólo el recuerdo, pues en el lugar donde debía estar, hay ahora una refaccionaria automotriz. Nos mencionaron que los dueños del negocio hicieron pasar máquinas para destruir lo poco que quedaba de la misión y sólo se pueden ver un par de tumbas muy antiguas que parecen más un monumento a lo que fue el lugar. ¿Cuánto tiempo sobrevivirán? Una mujer salió a platicar con nosotros acerca de las tumbas y de la importancia que la misión tenía para el lugar, pero alguien dentro de su casa le gritaba para que se metiera y no siguiera dándonos informes.

Para no faltar a la costumbre de un explorador que recorre tierras que no les son propicias y sin un objetivo claro para las personas del lugar, nos confundían con "gringos", fayuqueros o buscadores de tesoros. En La Purísima, Carlos Lazcano se dio el placer de hacer creer a un señor que buscábamos tesoros. Por supuesto, se trataba de alguien que "conocía" muy bien los lugares donde estaban los entierros, que sabía de personas que se habían vuelto ricas por sacar "apenas un poco" y que sólo esperaba nuestra participación para llevarnos al lugar y compartir las fabulosas riquezas "como no se han visto antes en el mundo". La única condición era, por supuesto, tener una buena máquina para buscar los tesoros. En La Purísima hay una formación a la que denominan Los Siete Tesoros y se cuenta que en ellos hay o hubo riquezas inconmensurables.

Lo más imponente de este lugar es el río, que llega a tener más de cien metros de anchura en la Poza del Cantil, un verdadero paraíso en esta tierra de calor. "Como a las 11:00 fuimos a desayunar a la Poza, un lugar precioso al que se llega siguiendo una vereda; se trata de una gran roca que recibe los rayos del sol todo el día y que sirve de plataforma para echarse un buen clavado. Para desgracia de los muchachos, ellos no se metieron y sólo me vieron nadar a mis anchas y en traje de rana. El agua estaba fría pero el calor

lo ameritaba, así que nadé cosa de media hora, me bañé y luego salí a lavar trastes, mi participación en la comida."

A partir de La Purísima iniciamos, los tres, nuestro primer viaje juntos. Hasta el momento Alfonso había manejado nuestro vehículo la mayor parte del tiempo; cuando el terreno no significaba gran dificultad para el chofer, conducía yo. Era Carlos Lazcano quien habría de caminar toda la península y más allá aún: hasta la misión de San Diego de Alcalá. Así que era la primera ocasión que caminábamos los tres juntos. Nuestro objetivo era "la mar del sur", el Pacífico, el océano que alcanzaron Atondo y Kino en 1685 en el primer recorrido transversal de la península.

## LA BOCANA

Durante un par de días seguimos el curso del arroyo (le llaman así a cualquier curso de agua, lleve o no el vital líquido) y alcanzamos el rancho San Gregorio, último punto habitado antes del mar. Pero sólo tomamos agua e informes y seguimos hacia la costa. Bordeamos todo el estero y, al mediodía, tocamos las aguas del Pacífico. Ahí, entre agua salada y dulce, está la Bocana, un pueblo de pescadores digno de verse porque subsiste pese a no tener agua potable y si lo hace es porque "exporta" lo pescado a Ciudad Constitución. Pero la vida ahí no es fácil, uno puede percatarse de ello al estar ahí media hora tan sólo. Alfonso, amante de pescados y mariscos, consiguió un par de peces fritos que rompieron nuestra monótona dieta de comida deshidratada. Pero lo importante era que ya habíamos cruzado Baja California. Habíamos hecho una aportación importante al establecer la ruta original de Atondo y Kino sin los errores que los investigadores habían colocado en numerosos estudios.

## EL VOLCAN DE LAS VIRGENES

El 3 de marzo llegamos a San Ignacio, aquella misión que los mismos jesuitas consideraron "frontera" durante mucho tiempo porque al norte se extendía el árido Desierto Central, el lugar donde no hay agua y donde todo aquello que tiene líquido es exprimido hasta deshidratarse. Pero junto a San Ignacio está el volcán más alto de toda la península: Las Tres Vírgenes. A un ranchero le habíamos preguntado si había un camino para ascender. "Sí; yo subí una vez hasta arriba porque todas mis chivas se treparon al monte y a'i voy a

bajarlas". El dato quedó en mi mente hasta que decidí ascender el volcán durante uno de los días que tomamos de descanso en San Ignacio.

Cuando atravesé el larguísimo pie de monte del volcán quedé completamente espinado por la falta de vereda y la abundancia de defensas vegetales. Pero, finalmente, hallé una senda que me adelantó hasta un pequeño puerto. Ahí me desvié hacia el volcán, pues había ido ascendiendo entre el volcán El Azufre y el de Las Tres Vírgenes. Fui a dar a un extenso campo de lava en el cual se debe andar con mucho cuidado porque un tropezón ahí significa con toda seguridad una fractura. En la antecumbre, la vegetación se hizo más densa y me dificultaba el paso al grado de avanzar 10 metros por minuto. Ahí, mi pulso ascendió a 190 por minuto. Estaba cansado. [...] A las 15:00 horas llegué a la cima. Esperaba el cráter típico de un volcán pero me encontré con que lo que había sido un cráter se había destruido y sólo quedaban dos cumbres; en la principal había una cruz en la que se leía: "Volcán de las Tres Vírgenes. 1994 m. En memoria de los heroicos mineros de Santa Rosalía." Sólo me faltaba el regreso y por eso me desesperé no poder hallar el camino que había abierto de subida. Más abajo me di cuenta que la noche vendría antes de que llegara al vehículo. Podía vivaquear pero de cualquier forma trataría de llegar.

Con el atardecer vinieron las infinitas tonalidades del crepúsculo y en un descanso había guardado la cámara nos encontramos frente a frente un borrego cimarrón y yo, a menos de cinco metros. Ambos nos sorprendimos y él salió huyendo. Yo me quedé quieto y maravillado por mucho tiempo. Caminé mucho tiempo de noche y finalmente localicé el vehículo. Al hotel donde descansaban mis compañeros llegué a las 12:20 de la noche. Mi aspecto era desastroso porque estaba todo rayado y el rompevientos estaba totalmente desgarrado, pero en esos momentos era el hombre más rico del mundo: un borrego cimarrón que no había podido olfatearme porque el aire estaba a mi favor era algo que bien valía la pena todo el cansancio que llevaba. No se trataba de ascender sólo para buscar paisajes hermosos, sino de todo un reencuentro con la naturaleza. ¿Había valido la pena subir durante un día de descanso? ¡Por supuesto! ¿qué más podía pedir?" [Bitácora: marzo 6, 1989].

Estábamos contentos porque todo estaba saliendo bien. Nos quedaba todavía bastante tiempo por caminar, muchas experiencias que obtener (quizá la más difícil sería el Desierto Central), pero, estábamos seguros,

llegaríamos a nuestro objetivo si seguíamos trabajando como lo habíamos hecho hasta entonces: juntos.

## LA ÚLTIMA FRONTERA

Caminar y caminar. Parecía que bajo ese tórrido sol una pierna tuviera que pedir permiso a la otra para poder continuar la marcha. Estábamos penetrando en la zona más árida de Baja California: el Desierto Central. Aunque bastante retirado de lo que es el extremoso Desierto del Vizcaíno, aquel donde el sol produce millones de toneladas de sal en las salinas naturales de Guerrero Negro, el calor era muy elevado en esas "regiones alejadas de la mano de Dios". Treinta, cuarenta grados. No se trataba de una cifra más. Ese era calor, un calor verdadero con el que tendríamos que vivir todo el tiempo que nos llevará atravesar este desierto. Esto afrontaron los exploradores jesuitas del siglo XVIII al querer trasponer lo que ellos mismos denominaron "la última frontera": una tierra áspera, seca, con aullidos de silencio envolviendo cada centímetro de este páramo donde se puede escuchar caer el sol sobre las incontables rocas sobre las que andamos.

## EL CAMINO REAL

En San Ignacio comenzamos a andar por el increíble Camino Real: miles, cientos de millares de rocas calcinadas por el sol fueron movidas de su sitio original para dejar una vereda limpia por la que pudieran transitar los burros, bestias conducidas por el hombre a lugares donde jamás se habrían metido solas. Todo fue hecho a mano. Ya nadie lo transita porque existen brechas y carreteras de terracería en buenas, regulares o malas condiciones, ¡no importa! El camino por el que andábamos entonces tardó muchos años en construirse y rompió la "última frontera" de esos exploradores infatigables en su avance al norte de una península que desconocía el mundo europeo. Hoy está cubierto de matorrales, a veces borrado, pero siempre magnífico.

La primera impresión es de soledad. Nada hay en muchos kilómetros a la redonda. Nada, sólo viento, plantas espinosas erizadas al sol y auras que esperan de cada animal escondido en la sombra su próximo alimento. Y sin embargo, andábamos sobre una vereda construida por el hombre hace cientos de años. ¿Por qué?, ¿para qué?, ¿cómo? ¿Es que fue tan importante? Sí, lo fue.

Muchas jornadas después de haber comenzado a caminar por esa senda increíble, donde cada día me preguntaba el porqué de su existencia, acabé por abandonar el problema al viento. El calor se vino sobre nosotros. Nos levantábamos a las cuatro de la mañana para comenzar a caminar. Paso tras paso, veíamos palidecer las estrellas en el firmamento hasta que el sol saltaba por sobre el mar y las colinas para caernos encima y arrancarnos las largas sombras que poco a poco (demasiado aprisa para nuestro gusto) se empequeñecían para demostrar que en el desierto sólo el astro rey podía ser grande en un país de sombras cortas. Salto temible.

Entonces nos ocultábamos en la sombra más próxima y esperábamos que su poder disminuyera. Un par de veces fue desesperadamente ridícula: alrededor de una pitahaya, los tres nos alineamos y fuimos girando conforme el sol ganaba terreno. Era gracioso. Parecíamos manecillas de reloj: la hora, los minutos, los segundos... Una de esas madrugadas el viento era muy fuerte y no podíamos caminar bien. Durante un alto que obligatoriamente teníamos que hacer, fijé mi atención en unas hormigas que, como si el torbellino que a todos nos envolvía no les hiciera nada, andaban ya con su carga rumbo a un hormiguero desconocido. ("Si a nosotros nos derriba casi, ¿porqué a ellas no?").

Descubrí entonces algo que me dejó sorprendido: en el suelo de gruesa y compacta arena, habían construido una especie de canal de dos centímetros de profundidad por dos de ancho en el que podían moverse sin dificultad alguna. Su pequeño gran camino se extendía por cientos de metros, se ramificaba, se volvía a unir. Era una labor de titanes. Los misioneros e indígenas que construyeron el Camino Real que seguíamos eran igualmente grandiosos. Todo un monumento a la tenacidad del hombre.

Entonces entendí.

## EL LLANO DE SAN GREGORIO

Habíamos pasado ya casi tres meses en Baja California Sur y aunque sabíamos que teníamos en nuestro haber más de la mitad del recorrido ya la habíamos atravesado a lo ancho, sentíamos la necesidad psicológica de estar ya en la mitad norte de la península. En Santa Marta, al pie de la Sierra de San Francisco, que mantiene escondidas en sus barrancas innumerables pinturas rupestres, encontramos un problema serio: hacia el norte se extendía el Llano de San Gregorio y, muchos kilómetros después, se hallaba la misión

de Santa Gertrudis, apenas a ocho kilómetros del paralelo 28. Pero esa extensa zona no tenía un solo abrevadero; nadie vivía ahí. "No se metan ahí solos, lleven un guía", nos recomendaron los habitantes de Santa Marta. Pero nadie conocía bien esa zona, excepto don Bonifacio Arce.

Cuando éste se vio un poco más libre de sus compromisos, el amanecer de cuatro días después nos sorprendió caminando delante de dos burros y don Bonifacio montado en su mula. El llano es enorme. Nada hay ahí que denote vida, al menos no como estamos acostumbrados a notarla. Ahí el silencio era profundo. Ahí experimenté algo muy curioso: el zumbido que venía escuchando desde enero el que todos escuchamos cuando nos quedamos en un lugar solitario y sin ruido desapareció. Así nomás, de repente. Entonces comenzó el silencio a tener voz. Escuchaba aleteos, cantos de aves, carreras de liebres, cada pisada de las mulas, de nosotros mismos, el roce de la ropa. Sorprendido por la agudeza de mi oído, dudé. Mas todo era como lo percibían mis oídos y con el paso de los días acabé disfrutando cada descubrimiento auditivo.

Tras todo un día de camino, dormimos al pie de un cerro pedregoso, como todos los demás. Bonifacio nos contaba del pueblo, de su familia, de su vida mientras cenábamos alrededor de una fogata; vida de rancharo sudcaliforniano. ¡Qué poco se necesita para ser feliz!

Al otro día subimos por "El Culebreado", el mismo Camino Real que, precisamente en ese cerro bajo el cual habíamos acampado, tomaba una forma tan enredada que parecía laberinto. En lugares completamente expuestos, los constructores habían puesto auténticos muros para que el camino siempre fuera transitable. Todavía lo es.

Recordé a las hormigas.

Dos días después llegamos a la misión de Santa Gertrudis. Nos recibieron varios amigos que habían hecho el largo viaje desde Ensenada para visitarnos. ¡Amigos!... ¡Cuán lejos resultaba el hogar, la familia! Durante tres meses nos habíamos dedicado a vivir exclusivamente como aquellos exploradores del siglo XVIII. A nuestros amigos, una parte de nosotros mismos, platicamos del pequeño monumento que construimos en el sitio donde el paralelo 28 la división entre los dos estados bajacalifornianos cruzaba el Camino Real.

Así, Santa Gertrudis pasó a ser un punto especialmente importante para nosotros. El retorno emocional al desierto sería duro, pero había valido la pena.

## EL PARAISO

Al norte de Santa Gertrudis se extiende un espacio terriblemente vacío. Estábamos ya acostumbrados al encuentro casi cotidiano con los habitantes de la península y ahora nos sentíamos en medio de la nada. Teníamos tres días caminando al norte, siempre al norte, rumbo a la misión de San Borja, y no habíamos hallado una sola persona. Casas abandonadas, agua escasa, chacuacos, que emprendían el vuelo apenas nos acercábamos, y viento. Era una sensación de vacío esa de caminar sin gente, sin ruido casi, limitándonos en el agua a veces, siguiendo a las aves o escuchando su canto, podíamos encontrar el precioso líquido, protegiéndonos por las noches en fascinantes cuevas diminutas donde sólo cabíamos los dos Alfonso nos esperaba en San Borja o en los esqueletos de los "ranchos" usados una vez al año, cuando se reúnen a "vaquerear" 30 ó 40 rancheros. Entonces sería casi una ciudad, pero por el momento no comprendíamos cómo esos lugares podían albergar tantas personas. En cada sitio hallábamos el típico calentón y algún otro trasto; a veces, herraduras nuevas, signo de que regresarían este año.

De repente, la tierra se abrió ante nosotros de una manera abrupta: era el cañón El Paraíso, con acento en la a. Así le llaman los rancheros. Abajo ¿cuántos metros tendría de profundidad? se veía un hilo que dejaba sembrado el verdor junto a él. La sed nos atosigaba; por eso nos preocupaba descender. "No hay bajada de este lado", nos habían dicho, pero teníamos que encontrarla porque del otro lado se delineaba muy bien el camino real trazado hace cientos de años. Pero, primero, accionamos nuestras cámaras para tomar unas fotos.

Fue precisamente en una de las tomas que hallamos una vía a través del muro rocoso, una ruta que tardamos en recorrer un par de horas ¡y eran apenas 200 metros! pero que nos evitaba un rodeo de todo un día. Con las mochilas en la espalda, sin soltarnos de la roca, rompíamos ramas y arbustos secos que nos detenían. Cuando bajamos toda la pared, sólo nos faltó caminar y parecía que corriéramos un poco para llegar al fondo. El Paraíso es un edén hecho realidad gracias al agua que tiñe de verde los monótonos tonos de gris y café que habíamos atravesado los últimos días.

Los momentos en que habíamos salido de la rutina visual eran los crepúsculos: si había algunas nubes, el cielo se teñía de la sangre de las pitahayas; si estaba claro, el azul deslumbrante se tornaba lentamente más profundo, hasta que las estrellas salpicaban la noche. Era un verdadero descanso volver a reposar la mirada en el verde vivo y en el espejo del agua; pero lo mejor era beber sin restricciones.

Comimos en el rancho abandonado, donde había "de todo: manteca, cebolla, varios kilos de sal, cuchillos y sartenes". Mientras preparaba el desayuno, Carlos se esfumaba; ese había sido el trato para que ambos descansáramos de preparar la comida una vez al día. "Esto me sirvió para comprobar que las aves van a beber en la mañana y la tarde. Me sentía muy bien rodeado de pajarillos de todos colores que me miraban desde el mezquite casi preguntándose cómo soportaba el humo. Y como por acuerdo entre nosotros, nunca les tomé una fotografía". Era un paraíso que no debía ser perturbado.

## CALOR HUMANO

Bruma. Sólo bruma y nada más; después, el sol ribeteaba sus bordes para asombro nuestro. Fantasmal, recién parida por la tierra que pisábamos, aparecían labradas una roca tras otra. La cantera inverosímil que delineaba una estructura: rocas bien ordenadas hacían un verdadero monumento que surgía ante nuestros ojos: la misión de San Borja. Habíamos llegado por la noche, caminando bajo la luz de las estrellas, y no nos habíamos percatado de la grandiosidad de la misión. Hay quienes dicen que San Javier es la misión más hermosa de toda la península; para mí, San Borja no tiene igual.

Sus habitantes nos entregaron víveres y correspondencia que algunos amigos de Ensenada les habían dejado para nosotros desde hacía más de una semana. Todo para alimentar para el hambre física y moral. Antes de dormir, navegamos otros mares que no eran los nuestros con personas que no éramos nosotros y un poco al margen de nosotros mismos. Al amanecer recuperé mi capacidad de asombro: piedra sobre piedra en una sucesión interminable, los misioneros habían levantado una construcción impresionante en medio de una tierra tan pelada de gente que volvíamos a sentirnos empequeñecidos ante tan monumental obra. La pila de bautismo, la escalinata de caracol, el coro, el púlpito... todo era de roca, como el exterior de eso tan intangible...

"Era un muchacho de apenas nueve años y en un par de horas éramos grandes amigos. Nos bañamos en la poza de aguas tibias y sulfurosas, cortamos alfalfa para los becerros, corrimos, comimos ¡cómo se maravillaba de la sopa instantánea!, reímos..." En la lejana Sierra de San Francisco me sucedió algo similar. Estábamos visitando la importante zona de pinturas rupestres de la Sierra de San Francisco y teníamos un par de guías que conducían los burros mientras nosotros nos dedicábamos a tomar fotografías montados en nuestras respectivas mulas. Oscar Arce, el más joven (tenía 19 años), cantaba o platicábamos con él. Descubrimos que ambos cumplíamos años el mismo día. Tres jornadas después, al subir el empinado Cañón de Santa Teresa, me dijo con el tono más solemne que tenía: "¿Sabe 'migo? Cuando m'case y tenga m'primer hijo, le voy poner su nombre y usted vaser mi compadre porque l'voyscribir paque venga a conocer a su tocayo". Me quedé sin habla. El compadrazgo es una relación sagrada para ellos y ese pequeño monólogo sólo acerté a decir "Si, cuando se case." me honraba. Por supuesto, no dejamos de nombrarnos compadres en adelante.

Esa estrecha relación volvió a surgir en San Borja, un lugar donde apenas hay siete habitantes, dos de ellos de más de sesenta años, frente a la espléndida misión tallada en cantera (¡caramba, si parecía una sola roca!). Pero no era un sitio frío: había calor humano. Estábamos lejos de cualquier sitio pero ahí podíamos contar con verdaderos amigos.

## OTRO EDÉN

En tres meses y medio que llevábamos caminando desde Cabo San Lucas, nos vimos enfrentados a diversos problemas que teníamos que resolver de inmediato. Al salir de San Borja me encontré con uno que antes ni había pensado. Atravesábamos entonces el Cañón "El Principio" y para romper el silencio en el que caminábamos, dije en voz alta: "Todo lo que hemos pasado y apenas estamos en el principio". Carlos rió, pero yo me vi envuelto en un torbellino de lugares, rostros, comidas y hambres, sed y baños... Era una espiral absorbente que me regresaba a cada momento a Cabo San Lucas y me regresaba instantáneamente al sitio donde seguía caminando. Una y otra vez. Era la historia interminable, una pesadilla que terminó al caer el día.

Fue entonces que se nos vino encima el calor. En la anotación del 8 de abril, escribí en mi bitácora: "Por la mañana la temperatura el tal que uno bien puede andar desnudo sin sentir apenas frío (¿frío?, ¿acaso existe?) [...] En ocasiones el viento sopla y, si tiene uno suerte, el viento es refrescante, pero

con más frecuencia es tan caliente que parece una bofetada enorme y deshidratante. ¿Bañarse? ¡Cómo añoramos hacerlo! Pero está prohibido porque cualquier gota de agua es para beber.

Anoche, mientras cenábamos, se acercó un pequeño ratón canguro, un pequeño animal del desierto que nunca bebe agua. Primero se paseó alrededor, después hacía viajes al centro de nuestro «comedor» por entre nuestras piernas y terminó hurtando pedazos de tortilla. En un rato teníamos a varios de ellos haciendo de las suyas. El cielo nocturno también tiene lo suyo: la luna está en creciente y la hemos seguido con binoculares; al atardecer baja hacia el horizonte lentamente y se vuelve rojiza, como el sol. Y el silencio... es exquisito, grandioso. Hay un momento en el crepúsculo vespertino en que cualquier sonido se apaga. Incluso el viento. A la izquierda del centro de la nada no llega sonido alguno y hay una sensación de pesadez en los oídos que parece quitar el aliento.

Días después, entrábamos al Cañón de Santa María, en busca de la misión jesuítica más septentrional de la península y nos topamos con otro Edén: la arena que habíamos ido pisando se convirtió gradualmente en roca y sobre la roca corría el agua, pero no cenagosa, como la que ya habíamos tomado varias veces, sino cristalina; a poco, apareció una poza, luego otra y otra. Cada vez eran más grandes. "En esta sí nos bañamos" "No, mejor más arriba". Fuimos ganando altura hasta que el cañón se volvió vertical y no pudimos pasar. Pero no nos importó mucho ya después pensaríamos cómo subir por ahí porque junto teníamos una poza de cincuenta metros de largo. Nuestro descanso no fue ese día una siesta, sino un sublime chapuzón de casi una hora donde dejamos la mugre de diecisiete días. Un récord que nunca quisimos establecer.

De la misión sólo quedaban ruinas y junto a ellas desayunamos. La misión de Santa María fue muy importante en su tiempo y para nosotros representó un símbolo: en una tierra completamente estéril, difícil, los exploradores jesuitas habían roto el mito de "La Última Frontera" porque no se detenían ante nada. Después de todo, ¿qué eran unos años para ellos? Sólo se requería paciencia y mucho esmero. Estábamos cerca de Cataviñá y la onda cálida iba en descenso. Entonces pensamos en nuestra siguiente meta. Tendríamos vivencias diferentes entonces, pero lo más importante: irremediamente, nos acercábamos a la frontera y, por lo tanto, al fin. Por el momento, lo que teníamos en mente era la Sierra de San Pedro Mártir, adonde nos dirigíamos.

UNA NUEVA FRONTERA

Llegamos a vivir por etapas, disfrutando de cada momento porque, si hemos de decir la verdad, hubiéramos fracasado desde el inicio de haber pensado siempre en el objetivo final, increíblemente lejano. Al menos así parecía a veces. San Fernando Velicatá Rey de España, un nombre tan largo como la cantidad de polvo que se ha acumulado en el lugar durante tantos años, es la única misión franciscana en toda la península; no quedan de ella mas que unos cuantos muros de adobe que difícilmente podrían identificarse de no ser por el letrero que la señala como tal y porque algunas personas, muy pocas en realidad, conocen el lugar y su historia. Todo ello a unos cientos de metros de la carretera transpeninsular. San Fernando marcaba el inicio de una nueva etapa en la que nos adentraríamos por las "primeras entradas" que habían hecho Wenceslao Linck, Juan Crespí y Junípero Serra.

## RECOMPENSAS

Siempre hacia el norte, dejando deslizar los kilómetros bajo nuestros pies y el sol sobre nuestras cabezas, nos adentrábamos en la sierra de San Pedro Mártir. En un momento se nos antojó que estábamos al final de la expedición. ¿Al final? Debíamos estar soñando otra vez porque faltaba mucho todavía. La frontera con Estados Unidos era nuestra meta principal.

Por el momento, todavía estábamos en las cercanías de San Fernando. El Cartabón nos mostró una vez mas que Baja California tiene una historia escrita muy antigua. Los petroglifos aparecían sobre numerosas rocas, en numerosos diseños, con una antigüedad de cien siglos o cien años, ¿quién podría afirmarlo? Un poco más adelante, otro vestigio del pasado: una enorme hoja de pedernal tallado, del tamaño de la mano. A partir de ahí, todo era una incógnita porque, incluso, carecíamos de uno de los mapas de la zona.

Al paso de los días habíamos perdido la noción de los días; al cabo de varias semanas, caminar era algo tan automático como respirar igual que sucedía con muchas otras cosas; cuando los meses se acumularon también habíamos perdido la noción de las distancias. Nos habíamos escondido del eterno sol en el Llano de San Gregorio y en todas partes habíamos pasado sed. Incluso, ya que andamos en confesiones, experimentamos las fricciones internas que se dan en toda expedición, sobre todo en aquellas donde no se puede ver a otras personas que a los compañeros, ni se puede platicar con

nadie más y se tiene que vivir junto a ellos día y noche. Día tras día, sin tener otra cara que ver ni otra persona con quien platicar.

Pero las superamos y obtuvimos nuestras pequeñas grandes recompensas: el susurro del viento, la barrera inconmensurable del mar, la sangre de los crepúsculos sobre el cielo y nuestra cotidiana cobija de estrellas, indicando nuestra ruta a seguir. Nos sentíamos dispuestos a comernos el mundo a mordidas.

## CUATREROS Y VENADOS

Al entrar al Cañón del Arroyo Grande (que, por supuesto, sólo lleva el agua suficiente como para ser considerado como tal) encontrábamos ganado vacuno que se espantaba con nuestra presencia y esto mismo nos permitió una diversión que no esperábamos: pronto aprendimos que en su carrera escogían la vereda más corta y que resultaban excelentes guías, así que adquirimos la costumbre de gritarles una vez que las veíamos y solas corrían como escapando de un carnicero. De esta sencilla manera nos convertimos en un par de cuatreritos modernos, con mochilas a la espalda y como única arma una cámara fotográfica, azuzando a cualquier vaca para encontrar la vereda mejor. Alguna vez tuvimos más de cuarenta cabezas reunidas, pero a la siguiente vuelta del arroyo sólo había tres. Fácil llegan, fácil van.

Días después tuvimos una plática muy interesante con los rancheros que se habían establecido temporalmente en el paraje El Pozo: una vez al año, se reúnen a "vaquerear" los cientos de reses que hay en los alrededores y que son de diferentes propietarios. La plática giraba alrededor de la extinción de especies cinegéticas.

"Aquí viene mucha gente. Los que no vienen a la Baja 500 y dejan destrozos, vienen a cazar un venadito o un borrego. Si cazaran uno solo, no habría problema, pero vienen en sus carros y aviones [helicópteros], con sus rifles automáticos, los lamparean de noche y matan uno o doce o veinte o cien y mientras más, mejor. Si los fueran a comer, ni qué decir porque uno ya sabe lo que es andar con la tripa amarrada. Pero no: los dejan allí a que se pudran y engorden las auras y los gusanos. Les importa matar y sacarse fotos con los animalitos asesinados. No saben que el venado y el borrego se acaban y no respetan a las hembras ni a las crías. Por eso a ustedes les preguntamos que era lo que hacían (no vaigan a creer que somos gente

maleducada), porque cuando estamos por aquí procuramos que no se cometan injusticias con los animales".

En efecto: el encuentro había comenzado un poco violento cuando nos preguntaron con mala cara de dónde veníamos y cuántos éramos. Nos hicieron muchas preguntas antes de invitarnos a pasar (señal de que algo fuera de lo normal estaba pasando) o invitarnos agua o café. Incluso, llegamos a creer que se trataba de narcotraficantes. Pero con esa plática no nos quedó más que sentir una honda simpatía por los vaqueros que defendían tanto como podían los enormes territorios en los que vivían a pesar de estar tecnológicamente en desventaja.

## LA MISIÓN DE SAN PEDRO MARTIR

Tuvimos una primera impresión de la grandeza de San Pedro Mártir cuando divisamos la Sierra de San Miguel, que es la porción meridional de San Pedro Mártir. Sabíamos que detrás de esos primeros flancos rocosos se encontraba una región sumamente difícil. Nuestro camino era el seguido por Wenceslao Link y, muchos años después, por Juan Crespí, quien antecedió en un mes a Junípero Serra. Poco a poco nos fuimos quedando con el viento, lejos de las carreteras.

Decidimos visitar la misión de San Pedro Mártir y para ello tuvimos que subir un pedazo de sierra. Unos amigos uno siempre puede encontrar amigos en los rancheros de los lugares más recónditos nos hablaron de la vereda que conduce a lo alto, hacia la misión más alta de la península: una vereda como una cinta que se enredaba en los pedrones, se sostenía tras los arbustos y subía, subía... quizá la más solitaria también. Seguimos el arroyo pero perdimos la senda y tuvimos que seguir a fuerza de orientarnos con el mapa y hubiera sido todo perfecto de no ser por la densa vegetación de matorrales que nos atajaba el paso a cada momento.

Casi al atardecer, llegamos a la meseta superior donde alguna vez estuvo la misión. De ella no queda nada. Pudimos saber que estábamos en el sitio indicado por la lámina que una vez fue el letrero que colocó don Tomás Robertson junto a una gran zona donde se resaltaban diferentes prominencias que alguna vez fueron los cimientos de la misión. En el suelo había pedazos de porcelana fina, huella de los recipientes donde se tomaba el chocolate.

Ahí comencé a darme cuenta de lo débiles que estábamos. El esfuerzo había sido fuerte, pero no demasiado, y sin embargo estaba agotado y por la tarde tuve fiebre. El descenso no lo hicimos por el mismo lugar ya sabíamos lo que era atravesar muros de verde vegetal y no queríamos repetirlo, sino por el cauce vertical del río, entre cascadas de todas formas y que no habían de fallarnos con el suministro de agua ni con impresiones visuales tan hermosas como sólo pueden serlo las cascadas en un desierto.

## SALTO DE SAN ANTONIO

Fernando Jordán, en su libro *El Otro México: biografía de Baja California* había llamado nuestra atención al mencionar una cascada de 900 metros de altura en la Sierra de San Pedro Mártir. ¡Casi un kilómetro! Como quedaba cerca de nuestra ruta, decidimos investigar de cerca. A partir del rancho San Antonio caminamos hacia el este, siempre subiendo y brincando de roca en roca hasta que apareció frente a nosotros una muralla blanca por donde se dejaba escurrir un tremendo chorro de agua desde muchos metros arriba. El canal por donde se deslizaba seguía una espiral y no podíamos ver desde qué altura comenzaba el Salto de San Antonio. "El Chorro", le decían los rancheros. ¿El agua? Helada. Era una cascada muy alta, es cierto, pero no creíamos que tuviera 900 metros de altura; 300, 400, tal vez, pero no de un solo salto. Así que el problema quedaba sin solución inmediata. Faltaba una exploración más profunda de la zona.

Hicimos un hallazgo más en el lugar: Junípero Serra habla en su diario de una rosa silvestre de la siguiente manera: "Parece que se acabaron las espinas y las piedras de California, pues estos tan altos montes son cuasi pura tierra. Flores muchas y hermosas, como ya tengo antes anotado, y para que nada faltase en esta línea, hoy [2 de junio de 1769] al llegar al paraje hemos encontrado con la reina de ellas, que es la Rosa de Castilla. Cuando esto escribo tengo ante mí una vara de rosal con tres rosas abiertas, otras en capullo y más de seis deshojadas. Bendito sea el que las crió." Era el mismo lugar y aunque para nosotros era el primero de mayo de 230 años después, también teníamos ante nosotros varias rosas de Castilla en botón y en capullo. Fascinante.

## HAMBRE

Mientras los dos Carlos ascendíamos por la cascada, Alfonso y un muchacho del rancho, otro amigo, pescaron veinticinco truchas en tres horas. Nunca hasta entonces habíamos hecho un sincero homenaje a Mr. Hutt, un "sembrador de truchas" en los ríos de la sierra: asadas sobre las brasas, las truchas inundaron nuestra hambre. Las hubiéramos comido hasta crudas porque nuestros alimentos estaban escaseando desde hacía mucho y no habíamos comido lo suficiente.

Debo aclarar que no se trataba del hambre común y corriente que sentimos todos los días, cuando se nos antoja llenar el estómago de algo que se nos antojó. No señor. Se trataba de la verdadera hambre. Hambre, para ser más exactos. Crónica, como la noche de todos los días. Estar lejos de zonas habitadas implica muchas dificultades, pero quizá la más insidiosa era esa hambre que, pese a estar prevista desde el principio, nos rodeaba cotidianamente. Cada uno veíamos enflaquecer al compañero poco a poco e irremisiblemente. Antes de ascender a la misión de San Pedro, un nopal completo había desaparecido por las aberturas que teníamos por bocas y desde hacía tiempo que teníamos sueños gastronómicos donde aparecían platillos de todos tipos.

Una mañana me había despertado con mucha hambre y después de nuestra escueta ración algunas galletas y una ridículamente pequeña porción de comida deshidratada que ya nos tenía hartos, se me antojó un pan. "Llegando a Ensenada te invito a un lugar donde hacen unas donas riquísimas", dijo Carlos. Desde ese día, y faltaban muchos, despertaba sintiendo a Ensenada cada vez más lejos porque la dona que satisfaría mi hambre era cada vez más grande. Por supuesto, una dona no bastó. Fueron doce las engullidas sin descanso apenas.

## DE VUELTA A LA CIVILIZACIÓN

Estábamos a diez kilómetros de Ensenada (quisiera decir de las donas, pero no sería correcto) o, mejor dicho, a la entrada de ella. Nos recibieron familiares y amigos. Caminarían hasta el centro de la ciudad con nosotros. Hallamos otra sorpresa agradable: pocos metros después de este primer grupo, un señor nos alcanzó, nos hizo la plática de la caminata (¿cómo sabía de nosotros?) que habíamos hecho y después nos pidió de favor que saludáramos a un familiar que no podía andar y estaba en su automóvil. Esta persona había seguido todo el desarrollo de la expedición, desde la primera entrevista por radio, dos meses antes de haberla iniciado, y a través de los

pequeños informes que mandábamos al programa de radio del señor Luis Lamadrid. La noche anterior no había dormido porque sabía que pasaríamos por el lugar y quería recibirnos. ¡Y nosotros que llegamos a sentirnos un tanto solos, en un mundo totalmente aparte, sin presentir siquiera que lo que hacíamos era parte de la vida de otras personas!

Al caminar kilómetros y kilómetros llegarían a ser 2,346 casi nos habíamos olvidado del mundo. De alguna manera, nos habíamos envuelto en un manto de soledad porque sólo así tendríamos éxito. Pero Ensenada nos mostró que no había sido un evento meramente individual porque muchas personas acudieron a recibirnos sin habernos conocido antes. Todo el sentimiento de los bajacalifornianos se volcaba en muestras de adhesión: caminando a nuestro lado, saludándonos desde sus carros y recibiéndonos con una auténtica fiesta.

Yo no soy explorador por buscar el reconocimiento de la gente, sino porque, sencillamente, es mi forma de vivir. Es más: hubo un tiempo en que llegó a molestarme cualquier manifestación de este tipo. De alguna manera, soy introvertido. Lo mismo pasa con Carlos. Pero entonces nos sentíamos muy bien. Dos grupos musicales de gran categoría habían acudido a alegrar el ambiente sin cobrar un centavo. Horas y horas pasamos frente a la gente, contestando cientos de preguntas que jamás nos molestaron porque de una manera sencilla nos hicieron regresar del siglo XVIII al XX. Estuvimos, en cuestión de horas, en la civilización nuevamente.

## UNA NUEVA FRONTERA

Descansamos algunos días en Ensenada y después establecimos una verdadera carrera hacia Tijuana porque deseábamos terminar la expedición. En un día avanzamos cincuenta y siete kilómetros y un par de días después llegamos a la frontera. ¿Cuál frontera? Algunos kilómetros antes de Tijuana visitamos un monolito rocoso que es prácticamente desconocido: la mojonera de Palou. Ella marca el lugar donde estuvo la frontera original entre la Alta o Nueva y la Baja o Antigua Californias: una separación entre los dominios que pasaron a ser de franciscanos y dominicos, respectivamente, una vez que fueron extrañados de los territorios españoles los jesuitas. Entonces se podía hablar de "la península" y "el continente", como se hace todavía. La mojonera no es más que un promontorio rocoso y cuando Estados Unidos se anexó la

Nueva California, la frontera política se tuvo que mover para que la península no quedara aislada.

Un nuevo recibimiento nos hizo sentir orgullosos sí: más de ser mexicanos. Ahí, en Playas de Tijuana, terminaba el territorio nacional y la península de Baja California. Pero debíamos ir más allá porque seguíamos el diario de Juan Crespí. El fue quien realizó la primera entrada y Serra lo siguió un mes después, y su expedición concluía en la Bahía de San Diego.

La Sociedad de Historia de la Misión de San Diego de Alcalá, en la ciudad de San Diego, nos había invitado a terminar la expedición precisamente en la primera misión franciscana que fundara Junípero Serra. Allá llegaríamos un par de días después. También nos harían un recibimiento, pero en el fondo los tres sentíamos que no podía haber otro como el de Ensenada, con la espontaneidad de la gente. Nos abrazamos los tres y de esa callada manera sabíamos darnos las gracias por una experiencia como jamás se repetiría después. ¿Héroes? Nos dijeron que éramos tales, pero sólo hicimos cumplir un sueño común que tenía mucho tiempo añejándose.

Una hora antes de llegar a la "línea" internacional (¿porqué debían existir barreras entre los hombres?) veíamos desde una colina de Tijuana la Bahía de San Diego. Desde ahí volvimos la vista hacia atrás: toda esa distancia se había deslizado bajo nuestros pies en cinco meses, en cientos de litros de sudor, en una cantidad increíble de kilos perdidos. Pero toda esa extensión recorrida era nuestra. El sol... la tierra... el agua... la sed... el camino real... las primeras entradas... el mar... las misiones... la gente... Todo estaba ahí, dentro de nosotros.

---

## [Escalada en El Capitán](#)

En septiembre de 1979, Eduardo Mosqueda, Carlos Rangel y Mauricio López, realizaron el primer ascenso mexicano a la Salathé Wall, en el Capitán, en el Valle de Yosemite, California. Aunque el primer ascenso por mexicanos a esa pared data de 1971, El Capitán seguía siendo un mito: inalcanzable. Pero seguía siendo un reto a vencer. Después de este ascenso, la pared ha sido escalada por muchas cordadas mexicanas y cada vez se proponen rutas más difíciles. El relato del primer ascenso a la Salathé por mexicanos fue

publicado en 1989 y ahora, a casi veinte años de distancia, se presenta en este boletín. Habrá que recordar que es otra época.

Estoy parado sobre mis estribos a seiscientos metros de altura.

Mi mano busca el mejor lugar en la roca para el clavo y luego lo pongo.

Después le pego con el martillo; al principio es poco a poco, luego con fuerza. Treinta metros por debajo mío está Eduardo Mosqueda asegurándose con la cuerda. Una vez listo, coloco una anilla diminuta alrededor de este pedazo de metal y en ella un mosquetón y mi segundo par de estribos. Voy pasando poco a poco el peso de mi cuerpo (aproximadamente unos 80 kilos si contamos el material de escalada que cargo) de un pie al otro hasta que compruebo que el clavo no se saldrá. Entonces recupero los estribos en los que estuve parado antes y subo peldaño tras peldaño con suavidad hasta llegar al más alto. Ahí cruzo las piernas para tener un mayor equilibrio y repito el proceso.

Es interesante pensar que la explicación del proceso tarde más que su ejecución. Seiscientos metros... No. En realidad llevamos más de 800 porque la ruta que escalamos la Salathé da un giro bastante grande allá abajo y a pesar que la escalada es continua, no se adquiere mucha altura durante un buen rato.

Si tan sólo el calor no fuera tan fuerte... si la sed no fuera tan continua... si... ¡bah! ya debo estar regresando a lo mismo y sé que no debo hacerlo. Alcanzo una planta y trago sus hojas porque representan comida y agua, pero lo más importante es el agua.

Faltan más de 300 metros por subir y el día se está acabando. Allá abajo, los eternos turistas con sus telescopios y binoculares no dejan de acechar cada uno de los movimientos de los que estamos en la pared por sus diversas rutas. No deja de tener mucho de morboso.

El Capitán, ¿un mito?

Durante muchos años, el sueño de los escaladores mexicanos fue la pared de mil metros de desnivel que se yergue en el Valle de Yosemite, en California. En 1971, de entre todos, surgió una cordada de tres personas que viajaron hasta el valle y escalaron la pared. Entonces fue un acontecimiento importante, pues subir La Triple Directa representó un nuevo acontecimiento en la escalada nacional.

No obstante, los escaladores jamás regresaron al escenario del triunfo y, como ha sucedido tantas veces en la historia del montañismo, hubo otros muchos intentos de volver a subir. Tal vez demasiados porque sólo quedaban en eso: intentos. ¿Se había olvidado la ascensión de Nieto y sus compañeros? La pared fue tornándose mítica al grado de que un escalador no podía decir que iba al Capitán sin que se pronosticara —tarde o temprano— su fracaso.

En septiembre de 1979, cinco escaladores universitarios estábamos en el famoso y entonces mítico valle. Nuestro objetivo era la ruta Salathé Wall. En el Capitán, por supuesto. Habíamos atravesado uno de los túneles de acceso al valle y desembocamos en un mirador frente al cual estaba la pared.

Era de noche y las estrellas y el frío fueron un excelente fondo en el que dominaba la silueta del gigante. A la mitad se veía una luz: "¡Hay gente vivaqueando!" Todos sentimos ganas de estar ya ahí, pegados al granito.

Al otro día, bajo el monolito rocoso más grande del mundo, nos sentimos sumamente pequeños. Eduardo, quien ya había estado escalando en el valle en ocasiones anteriores, nos observaba sonriente: sabía lo que sentíamos pues él mismo había tenido ya su primer encuentro ante esa mole de granito blanco y pulido que tenía forma cóncava, con la parte baja de una pendiente moderada y la superior más allá de lo vertical.

Este era el reto. Como el viaje desde México en camioneta había sido pesado, decidimos descansar un par de días cascureando alrededor del campamento IV, el exclusivo de los escaladores.

Una pequeña pared de no más de seis metros nos detuvo. Su grado de dificultad era 5.9 . Nos alarmamos pues la ruta que debíamos seguir tenía un grado máximo de dificultad de 5.10c. ¿Qué pasaría allá arriba? ¿Nos detendría la pared por su dificultad? Si lo hacía, renunciaríamos a la pared o la seguiríamos escalando contra nuestro principio de escalarla lo más "limpio" posible?

Como la segunda opción nos era inaceptable, decidimos escalar al día siguiente hasta ese tramo de máxima dificultad, el quinto. Si no pasábamos, tendríamos que elegir otra ruta y desistir de la más clásica y hermosa de todas las que tiene el Capitán.

EL INICIO

A mí me tocó puntear el segundo tramo. El resto fue labor de Eduardo. A partir del tercero comenzó una nueva dimensión de la escalada para mí: la roca era lisa y los tenis debían adherirse —de alguna forma— en la pared; las manos se posaban sobre ondulaciones de la roca misma. Era el tipo de escalada que se conoce como "fricción": elegante en extremo, requiere de una precisión elevada en cada movimiento, además de un equilibrio excelente.

Colgado de dos clavos expansivos, veía a Eduardo avanzar por encima de mí como una mosca pegada a un vidrio. ¡Vaya, qué curioso! Jamás me había detenido a pensar con mucho detenimiento cómo es que las moscas pueden sostenerse en una superficie tan pulida. Y más que eso: avanzar. Mis ojos seguían cada movimiento de mi compañero.

Ambos teníamos sed. Habíamos subido cinco litros de agua para este primer intento y ya habíamos dado cuenta de la mayor parte de ellos. Pero ante todo se imponía el enigma de nuestro paso por el quinto tramo, el que decidiría todo, el tramo en el que estábamos entonces... pese al viento.

Porque el viento era fuerte.

Sentado sobre mi silla —un pedazo de tela de nylon— y con las rodillas puestas sobre la pared, me empujó de lado tantas veces que decidí quedarme como estaba. Ahí me maravillaba de lo que el hombre puede hacer. Eduardo se negaba a sí mismo el descanso de colgarse de uno de los bolts y se mantenía en su posición... aferrado a la pared. Después, tras mucho rato de no poder avanzar, cayó y quedó colgado. Lo intentó nuevamente pero las caídas se sucedieron una tras otra.

Por supuesto podía ascender como la cordada de franceses que ya nos habían rebasado: alcanzando el próximo bolt ayudándose de la cuerda. Pero no estábamos ahí para eso. Queríamos escalar en el mejor estilo, lo más natural que se pudiera. Y si no podíamos hacerlo lo único que significaba era que todavía no estábamos preparados para esa ruta. Entonces esperaríamos, ¿cuánto? Quizá un año... tal vez más.

Pero no fue necesario esperar tanto: Eduardo llegaba ya al extremo de la cuerda, al siguiente punto de reunión. Había pasado lo más difícil de la ruta en escalada libre. Estaba decidido: escalaríamos la Salathé.

Primeras dificultades: primer día

La escalada artificial que vengo haciendo ahora es bastante lenta.

El sol se ha ocultado... tengo rato de estar ascendiendo en la penumbra. Puedo escuchar las voces de mis compañeros allá abajo y cuando no puedo resistir la sensación de soledad, volteo y adivino sus siluetas. Eduardo sabe de mi avance por el movimiento de la cuerda, pero sólo eso porque estoy vestido de color oscuro y, como ellos para mí, soy indistinguible.

Escalando en estas alturas uno está solo ya a dos metros del compañero. Tal vez ésta sea la carga más difícil de todas... tal vez por esto han fracasado tantos aquí. Vuelvo a levantarme en mis estribos y subo hasta el escalón más alto, el que me permite avanzar más.

De repente, me veo volando... y quedo colgado a cientos de metros del suelo, un suelo que no puedo ver. Todo ha sucedido de una manera extraordinariamente rápida: el clavo sobre el cual estaba parado se salió de la pared y después otro y otro. Tres en sucesión. El cuarto detuvo mi caída en medio de un estrépito de metal chocando con el granito.

"¿Estás bien?" "¿Qué?" "¡Que si estás bien" "Ah, sí... Por cierto: ¡caigo!"

Los tres reímos.

Pese a todo, debo regresar a aquel punto y seguir más allá, hasta donde me lo permita la cuerda.

Cuarenta metros por encima de mis compañeros de cordada, fijo la cuerda a la pared y bajo hasta la confortable repisa donde me espera la cena (pasitas y leche) y mi bolsa de dormir ya preparada. Hemos concluido otro día de escalada y apenas estamos en El Capitan Spire.

Dos días después regresamos al quinto tramo. Desde muy temprano nos habíamos dedicado a ascender por las cuerdas fijas que entre los franceses y nosotros colocamos. Al mediodía nos encontrábamos al inicio del sexto largo de cuerda. La inclinación de la pared, tan favorable para la escalada, nos dificultaba recuperar el par de costales de gran pared en el que llevábamos la ropa de abrigo, bolsas de dormir, más equipo, que utilizaríamos en días posteriores, algunos kilos de comida y nuestro mayor tesoro: veintitrés litros de agua que consumiríamos en los cuatro días que, estimábamos, escalaríamos la Salathé.

También nos acompañaba otra persona: Mauricio López.

El plan para el primer día era escalar hasta las Repisas Mamuth, un lugar amplio donde podríamos descansar por la noche... a 400 metros de altura. Cuatrocientos metros por encima del suelo. Se dice fácil pero llegar ahí no lo

es tanto, sobre todo teniendo en cuenta que lo más alto que yo había escalado era un par de cientos de metros en México, sin contar con que tanto Eduardo como Mauricio habían escalado en 1978 la cara sur de la Columna de Washington: 500 metros en tres días y dos noches.

De hecho, era yo quien tenía menor experiencia en grandes paredes. Ese primer día nos enfrentamos a la realidad de El Capitán. Por un lado, su blancura nos trajo problemas: no podíamos ver bien y yo, que aseguraba continuamente al puntero (Eduardo) tenía que basarme en la tensión de la cuerda para saber qué necesitaba, sobre todo si estaba ya lejos. Otro problema era el calor y consumimos ocho de los veintitrés litros de agua que llevábamos.

Sin embargo, estos problemas eran, por el momento, secundarios pues ya desde el principio nos dimos cuenta que el principal era nuestra falta de experiencia en grandes paredes: pese a que conocíamos la técnica para ascender y la habíamos practicado varias veces, lo que sabíamos era nada: no pasaba de ser una mera preparación en paredes pequeñas. En el Capitán esa práctica es extensa y continua. En cuanto me reunía con Eduardo y recuperábamos los costales, había que seguir escalando.

No había tiempo de descanso... ni de errores.

No obstante, cometimos varias fallas: los costales nos restaban velocidad y representaban un desgaste continuo de fuerza. Es cierto que ese día llegamos a las Terrazas pero Eduardo tuvo que escalar un tramo y medio en la oscuridad. ¿Lámpara? La llevábamos pero es más molesta usarla que trepar casi a ciegas: crea fantasmas, apoyos que parecían más grandes de lo que eran: utopía.

Entre los dos hacíamos la tracción necesaria para que los costales llegaran a nosotros mientras Mauricio se encargaba de desatorarlos cuando quedaban atrapados en alguna parte de la roca. Cuando llegamos a las terrazas nos quedamos dormidos de cansancio antes que los costales llegaran a nosotros y sólo despertamos cuando Mauricio llegó a nosotros: había estado gritando por más de media hora que el costal estaba ya libre y lo podíamos recuperar.

Ese día fue uno de los tres más importantes en toda la escalada. Habíamos avanzado diez tramos de cuerda —algo más de 400 metros— y nos dimos cuenta de muchos detalles que corregimos. Comenzamos a racionar el agua, eliminamos uno de los costales y una gran parte de la comida porque toda era seca y resultaba imposible tragarla estando tan limitados de agua. En

adelante, cada día dejaríamos diversas cantidades para eliminar peso porque no la consumíamos. Así sólo significaba un estorbo.

## UN HILO DE NYLON

El segundo día descendimos a la gran repisa de El Corazón, donde encontramos un tesoro que nos apresuramos a repartir: un galón de agua. A partir de ahí, por la ruta Salathé se asciende muy poco pero se avanza mucho hacia la izquierda, hasta uno de los lugares claves: el gran péndulo de Hollow Flake, un sitio bastante delicado y a partir del cual el retorno no era imposible pero sí tan problemático que era mejor seguir subiendo.

Se trataba de dejar bajar colgado al que iba en punta unos veinte metros tal vez; colgado como estaba, debía correr por la pared de un lado al otro hasta alcanzar una grieta donde el escalador se tendría que meter y evitar su retroceso. En ese momento quien lo asegurara tendría que dejar correr un poco más de cuerda para ayudarle. Entonces comenzaba lo más difícil: subiría por espacio de treinta metros hasta llegar a una repisa... sin anclaje de ninguna especie en toda esa distancia.

Si llegara a desprenderse, caería treinta metros hasta quedar suspendido de la cuerda y quién sabe lo que le pasaría con semejante impacto. Toda Salathé, pero en especial ese péndulo, debía hacerse sin fallas de ningún tipo.

A menudo, cuando voy a comenzar a escalar, me sudan las manos; sólo cuando se trata de algo importante aparece una sensación de cosquilleo en las palmas de las manos. Pero esa fue la primera, y hasta ahora la única, ocasión en que el cosquilleo se produjo con una violencia tal que me rascaba las palmas sin ser yo quien escalaba.

En esta ocasión me tocaba estar al otro extremo de la cuerda. No podría ver nada del avance ni de los problemas que tuviera Eduardo. Ambos sabíamos que en ese lugar el papel más importante lo jugaba el segundo. Por eso, cuando tomó la cuerda y me la dio con un "asegúrame", sentí que me entregaba toda su seguridad, el éxito de la escalada, en una palabra: su vida.

No vería nada porque la roca lo impediría y tendría que hacer todas las maniobras al puro tacto. Sabría cuándo empezaría a correr por la pared, cuándo se sujetaría a esa incómoda grieta para ascender, cuándo llegaría...

Pero lo más importante, puesto que tampoco lo escucharía, era saber cuándo estaba en peligro de caer, para recuperar toda la cuerda posible.

La cuerda se pone tensa cuando Eduardo se cuelga de ella. "Bájame". Lo hago descender poco a poco, metro a metro hasta completar casi la mitad de la cuerda, algo así como veinte metros, tal vez más. "¡Ya!" Detengo todo y comienzo a sentir la cuerda tensa y en movimiento: Eduardo comienza a correr.

Volteo hacia abajo y veo a los turistas apiñados. ¡Buen espectáculo estarán presenciando ahora! Me imagino a mi compañero: corre a la izquierda, acercándose cada vez más a la grieta por donde ha de subir.

Nunca antes tuve una noción clara de cuán desarrollado puede estar el sentido del tacto. El hilo de nylon que tengo entre las manos une a una persona con otra, un sentimiento con otro, casi siempre idéntico. La cuerda se mueve, pero es difícil captar ese movimiento con la vista; sólo el tacto y la imaginación entran en juego.

Cuando yo pasé por ahí me di una idea de lo que significaba pasar primero y de lo excesivamente problemático que sería regresar por ahí. En el primer caso, no había punto de comparación porque yo llevaba una cuerda de la cual pendía todo el tiempo y jamás podría tener una caída. En cuanto al regreso, nos era del todo inaceptable, sobre todo desde ese punto.

Cuando llegué con él, me dio la mano y nos felicitamos. Ahora todo es hacia arriba. Este es el segundo día más importante de la escalada.

Nos sucedimos por tres largos de cuerda más, pero no habíamos avanzado lo suficiente, no lo que queríamos ni tampoco lo necesario. Entonces decidimos escalar de noche. Lo haría quien estuviera más descansado y de preferencia en tramos no muy difíciles o los que fuesen artificiales.

Ese día, el segundo, comprobamos lo que presentíamos desde el día anterior: Mauricio, quien hasta el momento no había escalado un solo metro, no daba indicios de querer hacerlo. Así, todas las noches escalé yo.

La noche no fue tan cómoda como la anterior porque no teníamos repisa donde acomodarnos. Eduardo bajó cien metros hasta un lugar plano mientras nosotros quedábamos en la pared inclinada. ¿Imposible dormir ahí? Asegurados como estábamos, nos sentamos en las sillas de nylon y coloqué unas anillas para que pudiéramos tener los pies estirados. En toda la noche

sólo me desperté una vez para escuchar a Mauricio maldiciendo todo: "¡No sé como puedes dormir!" Pero en lo que él velaba, pude dormir tranquilamente.

## CAPITAN SPIRE

El tercer día sólo avanzamos cuatro largos de cuerda por culpa mía. Desde que leí su descripción, una parte de la ruta me había llamado la atención: El Oído, un problema diferente a todo lo que había encontrado en otras paredes: se trataba de un techo muy raro porque estaba inclinado tanto que formaba una especie de cueva. Como no se podía atravesar, había que rodearlo haciendo oposición en las paredes mientras abajo aparecían, diminutos, los árboles de 50 metros de altura. Era un paseo vertiginoso que no pude hacer tras muchos intentos. Perdimos un par de horas en ese tramo.

Luego vinieron 40 metros que nos detuvieron todavía más tiempo. Debían subirse en escalada artificial y el avance fue lento, pesado. Nuestra recompensa fue dormir en la repisa amplia del Capitan Spire, una columna de treinta metros de alto que se separa ligeramente de la pared y que termina algo aplanada.

Ya no veíamos a los escaladores suizos que habían estado unos 200 metros por encima de nosotros durante todo el día. Por la mañana se había caído el puntero y el escándalo de la caída nos hizo pegarnos totalmente a la roca: dos segundos después, pasaban zumbando junto a nosotros algunos objetos que chocaron más abajo: por su sonido metálico supimos entonces que eran clavos. De alguna manera, la tapa de su cámara fotográfica llegó a nosotros sin destrozarse.

En otra dirección de la pared escuchábamos la música que la grabadora de unos escaladores neoyorquinos emitía en la ruta El Escudo. El hambre comenzó a atosigarnos con mayor fuerza que los días anteriores. Pero eso es nada comparado con la sed. Aún racionando el agua, cada día tomamos menos. El cálculo que habíamos hecho de escalar la ruta en cuatro días fue bastante optimista. También sufrí mi primer caída al escalar de noche. No me dio tiempo de saber lo que sucedía hasta que estuve colgado, con más de 600 metros de vacío bajo mis pies.

## ESCALADA ARTIFICIAL

Durante el cuarto día ya comenzaba a fastidiarme nuestro público. A los pies del Capitán hay un pequeño valle totalmente plano y sin más vegetación que pasto. Todos los días, desde muy temprano, desfilaban turistas de todas clases con binoculares, cámaras fotográficas y hasta con telescopios para observar el avance de los escaladores. De hecho, es una de las principales atracciones de Yosemite, aunque quienes vean no sepan absolutamente nada de escalada.

Pero los envidiábamos porque junto a ellos corría el río Merced. Zambullirse ahí y después comer era nuestro sueño cuando no escalábamos y recordábamos que teníamos sed y hambre.

Este es otro día, otro largo de cuerda, otra escalada artificial lenta.

A los veinte metros me doy cuenta que me hace falta un clavo más grande para poder seguir y como sólo traigo una nuez, la más pequeña, trato de usarla. Es muy chica, pero pedir equipo a mis compañeros es perder tiempo y ganar sed. Vuelvo a meterla en la grieta pero esta vez la giro hasta que sus dos orillas tocan los bordes de la roca y voy poniendo el peso de mi cuerpo poco a poco. La nuez baja a la misma velocidad con que la presiono pero llega a detenerse. No debo estacionarme mucho tiempo en ella porque si llega a girar un poco —y eso puede suceder en cualquier momento— volaré hacia abajo. El siguiente clavo lo pongo con rapidez y me levanto en él. La nuez, misteriosamente, sigue en la posición que la puse.

Sin embargo, no hay de qué asombrarse. Cuando decidimos escalar la Salathé estudiamos con mucha atención el mapa de la ruta. De hecho, puede decirse que ya habíamos escalado la ruta cientos de veces antes de tocar la roca. Desde entonces nos dividimos el trabajo: Eduardo, con mayor peso y más experiencia, se especializaría en escalada libre y yo, más ligero, me dedicaría a perfeccionar la escalada artificial.

Lo que acabo de hacer fue uno de tantos ejercicios que hice en México. A Eduardo no deja de impresionarle ese anclaje y me lo dice cuando llega conmigo: "¡Eres un suicida!". Era un A3 y ese es el grado máximo en artificial de esta ruta.

La cuarta noche la pasamos en la diminuta repisa *Sous le toit* donde cupimos los tres sentados junto al costal. Las caras de mis compañeros estaban delgadas, macilentas. La de Eduardo más. Seguramente yo lucía como ellos. Estábamos bajo la última parte de la pared a casi 800 metros de altura. Nos separaban siete largos de cuerda de la cumbre.

## LEJOS DE LA VERTICAL

Estoy sentado en mi silla, pendiendo de los bolts en el vacío. Un largo de cuerda abajo está Mauricio, uno arriba, Eduardo, quien se ha dedicado a ir en la punta todo el día. Es la primera vez que se hace esto de separarnos los tres pero ha sido preferible porque no hemos querido recargar los bolts con mucho peso.

El día ha sido infinito. Nos despertamos temprano con el despertador automático: el estómago. Eduardo comenzó a escalar mientras yo acomodaba las bolsas de dormir en el costal. No queríamos perder tiempo porque entrábamos a la parte de la ruta que era más dilatada: 120 metros de escalada artificial en desplome.

No debíamos detenernos ahí. Si nos sorprendía la noche en medio de esa gigantesca placa de granito, tendríamos que seguir escalando.

La pared es de esas que se escalan hasta que se acaban. No puede haber intermedios. ¿Cuántas horas? Las que fueran.

Y ahora estamos aquí. El plan había sido que Eduardo subiera solamente el primer tramo y los demás me correspondían. Pero la reunión no dejaba lugar a dudas. Bajo el techo de cinco metros, no pude rebasar a mi compañero y tuvo que continuar colocando clavo tras clavo y, yo tras él, quitándolos.

Me había dicho que no dejara un solo clavo en la pared porque arriba los podíamos necesitar, así que los quité todos. Ahora que le toca subir a Mauricio, pienso que no debí haber quitado los del techo porque el péndulo que hará será aterrador. Lo veo salir con velocidad hacia el vacío. Como una araña, regresa una y otra vez hasta quedar estable en la vertical.

Solamente a tres metros de mí puede tocar nuevamente la pared. Está pálido y me maldice. Pero la risa no me deja. Allá arriba, Eduardo también ríe.

Llegamos a una repisa un tanto ancha y bastante larga: Long Ledge. Era el crepúsculo.

Al otro día saldríamos de la pared. Nos quedaban tres largos de cuerda por escalar y esa sería, con toda seguridad, la última noche en el Capitán.

No dejaba de parecerme increíble que bajo nosotros quedara todo aquello por lo que habíamos pasado: un esfuerzo sin precedentes para los tres.

Habíamos pasado hambre, sed y fatigas y sólo entonces empezábamos a sentirnos —también— cansados psicológicamente. Era cansado pensar en lo

que faltaba, fallaban ya nuestros movimientos más finos y sabíamos que podíamos cometer un error en cualquier momento. Por eso estábamos alerta.

Y eso nos cansaba más todavía. Es de noche, nos cobijan las estrellas y no tengo hambre. Durante el día hemos tomado un litro y medio de agua entre los tres y guardamos medio litro para el día siguiente. Estoy cansado, pero no puedo dormir. Siento todos los poros de la percepción abiertos. Casi puedo decir que veo todos los detalles de la roca, de las caras de mis compañeros...

Estamos al límite de nuestras fuerzas y debemos esforzarnos todavía más. Eduardo y Mauricio duermen en la repisa. El primero está sumamente cansado; el segundo, aterrado pese —o tal vez por eso— a no haber escalado un solo metro. Treinta y tres largos de cuerda los ha subido con ascensores mecánicos... Todavía le faltan tres.

¿El final?

—¡No subas por ahí; se ve más fácil por este lado!

—Dime: ¿quién está escalando? ¡Quítate de mi cuerda!

Estamos a 50 metros de la cumbre y puede parecer increíble que esté ocurriendo, pero sí: se están peleando.

Aunque no he participado en la disputa, todos estamos extremadamente susceptibles. Cinco días de escalar, de pasar hambre y de controlar a fuerza de voluntad la sed, han hecho mella en nosotros.

Por fin, Eduardo sube, se detiene cuatro metros antes de que la pared termine y me deja pasar adelante. Subo y llego a una parte plana y bastante extensa. Con todo el equipo que cargo, doy tres pasos hacia un buen árbol pero al instante me mareo. Estoy demasiado débil para caminar, así que llego arrastrándome al arbolito.

¡La cumbre! ¿Qué significa la cumbre? ¿El final de los suplicios? ¿El buen término de una ascensión? No lo sé. En realidad me da tristeza haber llegado primero porque quien merecía haberlo hecho es Eduardo. Nadie más que él.

En este momento se agolpan todas las emociones vividas en estos seis días y vislumbro a Eduardo como la persona que hizo posible esta ascensión. Nos animó a seguir cuando sospechaba que pensábamos en bajar, corregía fallas, hacía bromas, nos hacía sentir a la pared como parte nuestra. Llegué a estar tan a gusto que ahora me siento extraño en este terreno en que solamente se camina.

Una vez juntos los tres, nos sentamos a ver el valle. Aquí arriba estamos solos. Es un mundo sin aplausos, sin público, sin felicitaciones de nadie que no haya pasado lo mismo que nosotros. Estamos tan cansados que ni siquiera entre nosotros hay saludos o exclamaciones. Pero los tres, cada uno a su manera, estamos orgullosos de nosotros mismos, como individuos, como cordada.

¡Hemos escalado el monolito más grande del mundo por la ruta más hermosa: la Salathé!

Mientras miramos el valle alcanzo a comprender lo que significa una cumbre: el compromiso para seguir hacia otra.

¿Adónde será la próxima?

---

## [Escalando en el Popocatepetl y la Iztaccihuatl](#)

### **Escalada a las Inescalables**

El actual grupo de montañismo de la UNAM comenzó con seis miembros fundadores. Era 1971. El único objetivo definido era salir de excursión de una manera organizada. Durante mucho tiempo se careció de planes futuros y por eso, su evolución recayó muchas veces en el desarrollo de personas aisladas. El ascenso a las Inescalables en solitario por Carlos Rangel marcó el inicio de la primera etapa técnica del grupo.

La mañana es bastante soleada cuando Iseo Noyola y yo subimos por la rampa de nieve hacia la base de la pared de las Inescalables, en la Cabeza del Iztaccíhuatl. Es noviembre de 1975. Hace cuatro años que conocí desde lejos la pared y quedé atado a ella. Ahora subo poco a poco con la intención de escalarla. Las Inescalables... un nombre muy sugestivo, pero falso porque muchos han pasado por ella.

### **EL PRIMER INTENTO**

Hace un año hicimos nuestro primer intento. Nos habíamos preparado durante seis meses y subimos casi hasta la base para dormir en una preciosa

cueva de hielo que ya no existe. Al día siguiente, amaneció nublado y al poco rato comenzó a nevar. Iseo, quien nunca ha querido esperar en un mismo sitio, decidió que bajáramos. Su lema de siempre: "la montaña no se irá".

Entonces contábamos con un grupo de apoyo de doce personas que nos ayudarían en cualquier situación comprometida. Ahora nadie nos acompaña. Manuel Casanova y dos compañeros más estarán haciendo en estos momentos el recorrido del volcán desde los Pies y esperan acampar esta noche allá arriba para esperarnos. Sólo tenemos que ser hábiles y superar los noventa metros de roca todo lo aprisa que podamos para dormir con ellos o, si es necesario, dormir en la pared y llegar temprano a la cima. Nuestro equipo de apoyo...

¿ESCALADA SOLITARIA?

—No subo.

Me quedo helado. Debe ser una broma. Iseo lleva puestos los únicos crampones que traemos y aún así avanza despacio. Pero habla en serio.

"No subo", repite y la idea no cabe en mi mente. "¿Porqué?" Pero conozco la respuesta: no desea hacerlo. No es incapaz y preparación no le falta, pero en este momento —él vive por momentos— no tiene antojo, llamémosle así, de escalar la pared. Así es él. Mi vista se clava en la roca. El día es precioso y no sabemos cuándo tendremos otra oportunidad como ésta. Mi compañero, que me conoce bien, me sugiere:

—"Sin embargo... una solitaria..."

Sabe bien que ya he escalado solo en roca y en hielo, que incluso he abierto rutas de escalada en solitario allá en la Coconetla... sabe, en fin, que quiero escalar esta pared, que si me lo propongo, puedo hacerlo sin su compañía. Sin embargo, juntos hemos aprendido algo muy importante: si vamos dos, tenemos que regresar dos. Hemos aprendido a decir "no" a la montaña, a ser compañeros y no solamente escaladores, algo tal vez más difícil que el mismo conquistar cumbres.

Y los dos bajamos.

Cuando salimos de la zona nevada, a unos cuantos minutos del refugio del Teyotl, no puedo contener el comentario:

—Este maldito gusano!

Iseo voltea, observa el cielo, la pared y luego el brillo de mis ojos...

—¿Siempre sí?

—Los crampones están a la medida de tus botas y a mí no me quedan.

Hombre práctico, los arregla con un abrelatas mientras yo selecciono el equipo que voy a usar y, una hora después, estoy nuevamente en la pendiente nevada.

## EL INICIO

Todo ha cambiado. Por supuesto, tengo tiempo de arrepentirme y regresar al refugio, pero esa idea no cruza por mi mente. Sólo pienso en las soluciones a los problemas técnicos, en lo que voy a hacer en la pared yo solo. Regresar es algo que no viene a mí.

A las dos de la tarde, tras haber escalado una pequeña pared de hielo, llego a la base de la pared. Me refugio en la pequeña cueva para comer y beber agua. Con mi pequeña estufa de alcohol derribo más nieve para llenar la cantimplora, pues en la vertical no habrá manera de conseguirla y es seguro que tendré sed, la sed típica de alta montaña. Media hora después comienzo a escalar. Subo el primer tramo sin la mochila. Ya la recuperaré desde arriba.

El año pasado, después que ambos bajamos al refugio en medio de la nevada, el tiempo mejoró y otra cordada subió en nuestro lugar. Sin preparación, sin equipo de apoyo. Mientras los demás regresaban a México, yo los esperaba en el refugio. Pero como no podía estarme quieto, ascendí nuevamente hacia la pared, para saber qué estaban haciendo. Hacia las tres, las nubes anunciaban una tormenta poco común y subí este mismo primer tramo sin cuerda para ayudarles a bajar todas las cosas que llevaban.

Así que ahora me es fácil trepar por la pared. Recupero la mochila a fuerza de brazos y cuando la tengo conmigo la dejo en un clavo. Una vez superado el tramo que ya conozco, mi siguiente problema a resolver es mi autoseguro. ¿De qué manera puedo avanzar rápidamente y con seguridad? En la cuerda hago los suficientes nudos hasta que llego a tener tres seguros al mismo tiempo, mas uno extra que se ha de estar moviendo continuamente; en total cuatro. Hay otro punto importante a mencionar: a partir de aquí, la escalada es artificial, con un desplome que se extiende por seis metros y luego... luego no sé, porque no alcanzo a distinguir. Además, la manera de autoasegurarme

me deja totalmente libre y todo lo he de hacer a fuerza de equilibrio, sin tensión en la cuerda. Será pesado.

## PROBLEMAS

Por otro lado, es tarde y necesito llegar a un lugar donde pueda dormir. La ruta misma me facilita todo pues los clavos están ya colocados y no tengo necesidad de colocar ninguno. Un par de veces golpeo a los que no considero seguros. Después del desplome sigue un tramo que asciendo en libre para llegar a otro artificial. El mecanismo ha sido sencillo y todo se ha reducido a una mera acción mecánica de cambiar mis seguros de posición. Pero mi mente no está quieta. Al principio cantaba mentalmente, luego comencé a recodar una caricatura, ahora estoy tratando de resolver problemas matemáticos...

Pronto se termina la escalada artificial y debo seguir libre. Pero a los pocos metros algo me atora. La mochila. En la euforia de la rapidez, se me olvidó la reducida longitud de la cuerda con la que he de recuperarla. Subo un metro más hasta una clavija y me aseguro para subirla. Estoy en una diminuta repisa de 20 centímetros donde sólo caben los pies.

Desde ahí, sin la valiosa ayuda del seguro mecánico con el que podría descansar los brazos, elevo la mochila. Una, dos, tres, cuatro brazadas y tengo que descansar.

*Caramba, nunca pensé en el peso. Es algo que debo tener muy en cuenta en el futuro.*

Repito el proceso una y otra vez hasta que llega conmigo. Entonces la pongo al clavo y relajo los brazos y las manos.

Estoy cansado. He superado el nivel donde creí encontrar una repisa para dormir y no la he hallado. Descanso. Acomodo mi equipo para que no me vuelva a dar un calambre como el de hace rato, cuando subía a viva fuerza la mochila. Descanso. Pero el descanso del solitario puede ser una trampa. Hace horas que todo está nublado y a veces escucho voces.

*¿O las imagino?*

## EN BUSCA DE UN VIVAC

*Tiempo...*

Tiempo es algo de lo que no dispongo.

Continúo escalando artificial. Esta vez se trata de otro desplome y, curiosamente, los clavos están más separados, así que mi método de ascenso se complica porque con un brazo hago la tensión necesaria en la cuerda mientras subo al último escalón de mis estribos para alcanzar el siguiente anclaje. Es difícil avanzar así.

A la salida del desplome, coloco dos anclajes que me permiten recuperar la mochila. Me la pongo a la espalda y subo a una repisa que no es lo suficientemente grande. Arriba hay otra mayor. En ella cabrían seis personas cómodamente instaladas, pero tiene un grave inconveniente: una estalactita de hielo de proporciones gigantescas (serán unos diez metros) me ha inquietado desde el inicio de la escalada. Parece que toda la ruta se hubiera trazado con el objetivo de alcanzarla. Y justo la repisa en la que estoy es la que está directamente bajo ella. La presencia de gran cantidad de rocas pequeñas y medianas es evidencia más que suficiente para estar en este lugar sólo el tiempo estrictamente necesario.

Son las seis de la tarde y debo seguir escalando. Dejo nuevamente la mochila y avanzo hacia la derecha. Ahí, un poco arriba hay una pequeña repisa de 60 centímetros de ancho por tres de largo. Para llegar a ella es necesario pasar un desplome... libre. No lo dudo. El lugar es perfecto porque el mismo desplome que hace problemática la llegada la protege totalmente de cualquier caída de rocas. No tengo que perder un minuto.

Oscurece. Fijo la cuerda y regreso por la mochila. Las maniobras de regreso a la repisa son más difíciles porque es necesario un buen equilibrio para no caer por el peso de la mochila. Además, estoy cansado. Son las siete y cuarenta y llego en medio de la noche a la repisa. Debo apresurarme porque Iseo espera señales mías desde las siete. El primer paso es repartir el equipo en el pequeño espacio de que dispongo. La mochila, arriba... equipo y comida en el pequeño nicho entre las rocas.

Sale a relucir la ropa extra y mi bolsa de dormir. Pero lo más importante por el momento son las señales. Son las ocho y media. Enciendo una vela que está forrada de papel; la combinación produce mucha luz, pero se consume con mayor rapidez. Si Iseo está viendo hacia acá ¿y sé que lo está haciendo? verá la luz agrandada en la pared.

Mientras ceno admiro el paisaje. He estado solo en el Abanico, allá en el Popocatepetl, y aunque la pared es más grande, más impresionante, el

espectáculo escénico es mucho mejor en las Inescalables. Todavía se me hace difícil creerlo: hace cuatro años vi esta pared y en mi inquieta imaginación me vi a mí mismo subiendo solo por aquí. Pues bien, ahora lo estoy haciendo.

—*¿Quiere decir esto que me puedo fijar una meta más alta aún? Seguro, pero, ¿cuál? ¿El Abanico? ¿El Capitán?, ¿El Everest?*

## INSOMNIO

Por la noche despierto. No sé qué hora es. La luna ha salido y tiene algo de maravilloso ahora. Ilumina con su luz mortecina la pendiente nevada y los corredores que, en combinación con la pared, la altura a que estoy y la ciudad iluminada, hacen un espectáculo formidable. No puedo dormir. Aunque el arnés me molesta, no debo quitármelo.

Me muevo hacia un lado y hacia el otro, pero no puedo dormir.

*¡Vaya! ¿Porqué no? ¿Acaso no estás cansado?*

Dormito a ratos y el tiempo pasa. A lo lejos veo una mancha que no atino a saber qué es. Pienso en muchas cosas. Iseo debe tener mucha sed porque no tiene cantimplora.

*Caramba con el muchacho. La que estaríamos gozando ahora ¿Habrán llegado Manuel y los demás a la Cabeza? Tenían más ganas de acampar en el Pecho. Sí, pero me gustaría que estuviesen aquí arriba.*

Pienso en todo, menos en el tiempo. Me gustaría escribir todo lo que pienso, pero no me muevo.

## AMANECE.

Pero no pienso moverme hasta que el sol llegue a mí. Descubro con sorpresa que la mancha que veía anoche es, ni más ni menos, que el Pico de Orizaba. ¡Cuánta claridad en el cielo!, ¡ cuánto brillo el de la luna! De repente mi mente queda en blanco y trato de adivinar por donde saldrá el sol.

*Un poco a la derecha.*

Pero fallo.

*¡El sol!*

Comienza a calentarme y salgo de mi bolsa de dormir. No tengo espacio, tiempo ni energía para acomodar con precisión el equipo en la mochila y termino por meterlo en desorden. Ya después lo arreglaré.

Tomo cinco tragos de té. Los últimos. Después observo el final: una grieta que parece estar en desplome y será con toda seguridad, lo más difícil de la ruta. Inexplicablemente, al volver a observar con detalle la roca y los problemas que presenta, el cansancio se ha desvanecido o, mejor dicho, no lo recuerdo.

## EL ÚLTIMO PROBLEMA

Veo hacia abajo. Me parece curioso no tener miedo. Todo me parece hermoso y sencillo. Pero sé que debo tener cuidado pues no tener miedo es más peligroso que llevarlo consigo.

Me pongo la mochila y subo hacia la grieta, al último problema que presenta la pared. Al acercarme veo algo que me alegra: lo que prometía ser un difícil encuentro entre montaña y hombre, será sólo un saludo: la grieta es tan amplia en su parte baja que puedo pasar por en medio de ella. Me acomodo dentro y dejo la mochila para escalar la chimenea que está recubierta de hielo cristalino que me hace resbalar varias veces. Al final de ella veo la pendiente de nieve que lleva a la cumbre.

Recupero la mochila, me calzo los crampones y guardo el resto del equipo. No más roca. Ahora se trata de caminar sobre la nieve hasta la cima. Estoy cansado por la noche en vela, por la escalada misma.

*¿Qué estará haciendo Iseo?*

La subida es pesada. Si Manuel, Cristóbal y Juan acamparon anoche en la Cabeza, me bastaría un grito para que me ayudaran, se acabarían las dificultades.

*¿Desistir en lo más fácil? No. Debo llegar solo.*

Cada diez pasos me detengo a descansar. En dos ocasiones hago alto para acomodarme los crampones.

*UNA ARISTA.*

La adivino, la pienso primero por la luz que se difunde en su orilla: un magnífico contraluz. Después, la sigo. Me pongo los gogles y encuentro huellas en esta pendiente pronunciada.

*¿Huellas? ¿Escaladores? Imposible, no vi a nadie en la pared. ¿Efecto del viento? Tal vez.*

Lo único que me importa es que, pisándolas, me hundo menos, me canso menos.

## LA CUMBRE

Finalmente llego a la cumbre. Se presenta así, de repente. Es el espectáculo más grandioso que haya podido imaginar. Todas mis escaladas en solitario se unen a esta porque me han sido de gran utilidad. El Pecho luce brillante, tan brillante que parece difícil creer que exista la noche.

*La Arista de la Luz me indicará el camino de bajada hacia el Cuello... La bajada. ¿Y si no han llegado los muchachos?*

Camino por la planicie hacia el Cuello y al dar vuelta a una roca distingo algo. Instintivamente rechazo la visión. ¡Cuántas veces he imaginado lugares y personas estando solo! Pero está ahí. Una tienda de campaña. Aparecen dos personas y les silbo.

*Son ellos...*

Se acercan a mí, que ya me he dejado caer en la nieve. Estoy agotado, más psicológica que físicamente. Manuel, sorprendido por mi presencia solitaria y temiendo lo peor, me pregunta:

—¿Dónde está Iseo?

—Se quedó en el Teyotl.

Tiene que repetirme la pregunta y yo la respuesta para que me mire incrédulo y pregunta:

—¿Te la echaste solo?

—Sí... ¿No tienen agua? Tengo mucha sed.

Me felicitan, me quitan el equipo, la mochila, el arnés. Manuel me toma fotos desde todos los ángulos. Siento algo que no puedo describir: alegría, victoria y felicidad mezcladas con derrota, tristeza y una sensación de vacío muy

grande. Todas juntas y de golpe. Me hubiera gustado compartir esto con Iseo. Es agradable sentirse rodeado de amigos.

En el refugio de Glaciares Orientales encontramos a Iseo, mi gran compañero de cordada. No sabe qué hacer. Por otro lado, entre nosotros existe tanta comunicación no verbal que no hace falta saber lo que quiere decir. Finalmente me da su mano y dice con mucha emoción:

—¡Mucho!

## **Escalada de El Abanico**

Es una parte del Popocatepetl, de hecho, es una parte de un volcán antiguo que existió en el mismo sitio que ocupa el Popo, pero fue destruido hace cientos de miles de años. La erosión de los glaciares provocó que desapareciera la mayor parte de la montaña, dejando expuesta una pila de rocas volcánicas que fueron emitidas por ese volcán ancestral. Todo mundo la reconocía de lejos. Pero la mayoría le temía a sus paredes frágiles y a su silencio. Estamos en 1980.

Comencé a escalar en hielo. Por todo el corredor había una capa de hielo blanco y duro, salvo en unos cuatro metros donde la escalada se hacía sobre roca. Cuando llegué ahí me dije que si pasaba no había regreso. No tenía cuerda y tendría que seguir por todo el corredor hasta salir del otro lado. Otra travesía. ¿Por qué no?

Tenía todo el día por delante y podía demorarme en intentar por diferentes sitios el ascenso. Subí por dos vías, una de ellas con clavos colocados pero en muy mal estado. Sin embargo, eran la señal de que alguien había pasado por ahí. Y si alguien había pasado, también podría hacerlo yo. Pero en ambas el último tramo era roca muy podrida, floja. La tocaba y se soltaban pedazos. Claro: alguien más había pasado pero si tuvo la mala suerte de que se desprendiera, su compañero lo detuvo. Yo estaba solo y sin cuerda.

Así que ese peregrinar por la pared fue más bien pérdida de tiempo. No me atreví a seguir. En tres ocasiones los crampones se zafaron y estuvieron a punto de hacerme caer. En cada una de ellas, no me detenía en ese lugar y seguía tallando escalones sobre el hielo hasta un lugar rocoso y seguro.

Pero la última, la cuarta, fue especial.

Me hallaba a diez metros de la salida. Ahí, superando ese paso, se acababa el hielo y la roca y sólo tendría que caminar. Diez metros y cinco minutos después podría llegar al Teopixcalco y de ahí bajar al otro refugio donde estaba mi mochila. Me aseguré bien los crampones y los revisé tres veces. Delante tenía una superficie blanca y muy resistente durante siete metros. El resto sería una pequeña pared de 70 grados de inclinación y tres de alto.

Caminé. ¿Cuántos pasos podía dar en diez metros? ¿Veinte? ¿Cuarenta tal vez? Caminé sobre el hielo y las puntas apenas arañaban la superficie.

Veamos: de a 25 centímetros por paso podía dar cuarenta, tal vez cincuenta como máximo. No más.

Y de repente, un resbalón y la caída. Me deslizaba hacia el borde de la pared. Y luego, un tirón. Mi piolet se había clavado firme y asombrosamente clavado en esa dura superficie. La cinta tubular que lo unía a mi cintura me detuvo. Altura, hielo, el crampón izquierdo colgando todavía de mi bota pero sin caerse y yo, solo. Hice equilibrio con el pie, sujeté el crampón a mi cintura con un mosquetón y pensé en subir.

El piolet se me había soltado de la mano y colgaba yo por debajo de él pero no. El piolet lo tenía firmemente sujeto y estaba en el aire. ¿Qué me había detenido? Miré hacia arriba. El martillo piolet estaba sujeto a un reborde de roca por apenas unos milímetros. Yo colgaba de su cinta, de apenas tres milímetros de diámetro. Me quedé quieto y comencé a subir con lentitud hasta llegar a la roca más próxima.

Corredores inferiores del Abanico. Foto: Carlos Rangel. Había quedado colgado de un martillo piolet que se había salido de mi arnés durante la caída y prefería no pensar en eso. Me calcé el crampón y por enésima vez revisé las cintas. El próximo paso era el más difícil y si había error, cualquiera que fuese, no podría contarle. Era una pared de hielo muy inclinada.

Vi el sol casi en el horizonte y luego la pared blanca, casi roja ya. Tomé el piolet y el martillo y comencé a usar las puntas frontales en el hielo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco pasos y pude agarrar el borde rocoso. Salí.

Ahí, de pie en el borde de esa pequeña pared de hielo, miré de nuevo al sol con lágrimas en los ojos. De tantas escaladas en solitario, ésta era la que me había dado una excelente lección práctica de la importancia de un compañero, de la necesidad de la cuerda. No eran puntos filosóficos ni éticos. Era algo tangible, real, impresionantemente duro de aceptar: la muerte.

Con los crampones aún puestos, caminé hasta el refugio, con lágrimas en los ojos y el crepúsculo a mi espalda.

Te vas un poco a la derecha, por esa placa de roca, y llegas a una pequeña chimenea que te conduce hasta el fin de la primera pared; atraviesas luego el corredor de nieve o hielo, quién sabe cómo esté y puedes llegar al comienzo de la segunda pared. Ahí hay donde poner el seguro para que yo suba.

Eduardo Mosqueda es mi compañero ahora, uno de los mejores escaladores de México. Con él escalé hace pocos meses (en septiembre del año pasado) la Salathé, en el Capitán y una semana después hicimos el primer ascenso mexicano al Gran Trono Blanco en la Sierra Juárez, en Baja California.

Ahora, tras muchos años de asediarlo (empecé en 1974 y ya es 1980), de conocerlo por todas sus caras e incluso de haber hecho intentos de escalada con diferentes personas y en solitario, ahora es cuando tengo la seguridad de escalar la pared norte de El Abanico.

Pero este no es un ascenso más. Este es diferente. Por un lado, estamos escalando por una nueva ruta. Pero también estamos haciéndolo de una forma nueva: no usamos clavijas sino nueces y stoppers, ese equipo que ha revolucionado la escalada en poco tiempo. Es febrero y hace unos días cayó una capa de medio metro de nieve que se extiende hasta el refugio de Tlamacas.

Las instrucciones que le di a Eduardo están basadas en la experiencia previa. El año pasado, hace menos de dos meses, llegué aquí con Hugo Delgado y Lucio Cárdenas, quienes participaron en la expedición al Kangchenjunga. En ese entonces subí hasta el corredor de nieve y alcancé la base de la segunda pared tallando escalones en las partes de hielo con mi martillo. Pero regresamos. Habíamos entrado muy tarde a la pared y éramos tres, en lugar de dos, que serían más rápidos. Esos habían sido los errores.

Pero hace una hora que nos colocamos de nuevo en el comienzo de la ruta y volví a meter las manos en esa grieta helada para subir en diagonal hacia la izquierda. Me desenvolví con rapidez colocando nueces como protecciones hasta una pequeña repisa, que era donde se terminaba la cuerda.

Eduardo subió con lentitud pero con una gran elegancia y luego pasó por delante. La caída de trozos de hielo me indican que ya llegó al corredor. Seguramente yo hice lo mismo la vez pasada.

Miro hacia abajo mientras cuido que la cuerda se deslice por mis manos a la velocidad que necesita mi compañero. El paisaje es amplio y uno se siente

volando porque lo único terrenal a que estamos sujetos es esta pared, tan alejada de todo. Y ahora, al fin, la estamos subiendo. Allá arriba nos espera el cielo desnudo de nubes, el sol. ¿Acaso por esto escalamos? ¿Por sentirnos una especie de aves, buscando la libertad? Quién sabe. El tema lo han discutido tantas personas y nadie ha llegado a nada concreto. Es obvio que nunca lo harán: cada quien lo hace por un motivo diferente y muy personal.

El siguiente tramo lo puntea nuevamente Eduardo. Se desliza hacia la izquierda de la pared por el corredor y comienza a escalar por una amplia chimenea. Lo veo avanzar despacio. Me pide cuerda. Se la doy. Una pared lejana, sin nadie más que nosotros dos, con todo el mundo por debajo.

Sin embargo, las Inescalables son más impresionantes, más solitarias, comenzando por la ausencia de ruidos humanos. Y a pesar de que El Abanico, como pared, es un problema mayor, el encanto de la Cabellera de la Mujer Dormida es único. Eso falta aquí.

Eduardo se ha tardado bastante en esa chimenea. Me fijo en su avance y veo que no ha puesto ningún anclaje. De repente, como movido en cámara lenta, veo que gira abrazado a una enorme roca de más de un metro de diámetro. Sin saber cómo, recupera su equilibrio y se detiene de la recién formada repisa en lo que cae la roca rebotando hacia la cañada de Nexpayantla, cientos de metros más abajo.

Nos reunimos y veo a Eduardo pálido. Maldice a la roca y quiere terminar cuanto antes de la pared, pero no se decide a seguir y me deja la punta. No es un tramo largo pero sí el más difícil de toda la pared. La roca, descompuesta, está desplomada y debo pasar con la mochila a la espalda. Esta frágil roca volcánica que no admite anclajes porque de todos modos no aguantarían. Eso es algo que he aprendido de Eduardo.

¿Para qué pones anclajes morales? lo único que haces es perder tiempo y fuerza. Sabes que si te caes no te detendrán. Eso es una tontería. Mejor pasar rápido.

Habíamos platicado mucho al respecto pues yo defendía la posición contraria pero cuando comenzamos a escalar niveles de dificultad elevados, me di cuenta que tenía razón: debía economizar tiempo y energía si quería pasar.

De esa manera pasé. Estudié cinco o diez minutos lo que debía sostenerme, estuve colgado a apoyos pequeños y frágiles unos cinco minutos más, un par de agarres se cayeron al solo tocarlos y luego llegué al último corredor. No había más roca. Estaba en la ventana que hacen la Cortada y El Cajón y sólo

quedaban un par de horas, cuando más, para llegar a la cruz que había en la Flecha del Aire, altura máxima del Abanico.

Pero nos retiramos. Eduardo no quería subir. Para él la escalada, el montañismo todo, siempre había sido el vencimiento de la dificultad. Pero al peligro no había manera de vencerlo cuando era evidente y era otra tontería tratar de hacerlo.

Hay paredes más bonitas y más difíciles que ésta. No voy a cometer la tontería de matarme por imprudencia.

Tontería era su palabra favorita. Pero, una vez más, tiene razón. Conozco casi la totalidad de la última pared y sé que los últimos tres metros también es muy peligrosa. Es un mero requisito ir a la cumbre. Pero no estamos para requisitos. Ahí, en esa ventana de roca y hielo donde comencé la travesía en solitario, nos dimos el abrazo y regresamos al refugio.

La pared fue durante mucho tiempo un mito porque ahí sólo suben los mejores, pero ya en 1973 Iseo Loyola y yo estábamos escalando en diferentes paredes con el propósito de subir esa montaña que no era montaña. Una parte de un volcán, decían algunos. Otros preferían no decir nada. De todos modos la pared estaba ahí. A partir de entonces hubo muchos intentos, casi veinte, de los cuales doce los hice completamente solo. Esto lo escribo en 1982, cuando esa montaña ha dejado de ser obsesión.

## UNO

En agosto de 1974 el mal tiempo me sorprendió en el refugio El Queretano y decidí hacer un reconocimiento por los corredores de hielo de la pared. Diez horas después llegaba al refugio Teopixcalco, tras haber atravesado todo el abanico por su parte inferior y luego haber batallado por el canalón que sube hasta la base de El Cajón, el último tercio de la pared. La distancia no era grande hasta allá pero lo que me había detenido era la gran cantidad de nieve que a veces me hacía hundirme hasta el pecho. Lo más rápido que podía avanzar eran unos cuantos metros y luego descansaba, con la respiración agitada y un poco más mojado que antes. Ahí aprendí a gatear para no hundirme.

A veces sólo me llegaba a media pierna y entonces me olvidaba de los descansos. ¿Olvidado? ¿Por quién? Estaba en El Abanico, un lugar del Popocatepetl que es visitado con muy poca frecuencia. Todavía más: la ruta

era transitada por muy pocos una o dos veces al año y seguro que con ese tiempo, nadie más seguiría la larga zanja que había abierto con mi cuerpo.

Estaba solo.

La soledad nunca me dio problemas porque la niebla que me rodeaba era de aquella que me deja ver más allá de diez metros o, cuando se abre un poco, alcanzaba a ver más detalles y me ubicaba en qué parte de la pared estaba. Conocía El Abanico de memoria de tantas fotografías que había visto y memorizado y con sólo eso podía orientarme.

Así realicé un recorrido en solitario que no tenía planeado hacer. No había escalado la pared pero a cambio conocí una parte del Abanico que era sorprendente. Y me conocí mejor a mí mismo.

## DOS

Carlos Rangel escalando. Foto: Iseo Noyola. En diciembre del mismo año volví a subir al refugio. Salí antes del amanecer, cuando el viento sopla con frío, con todo lo necesario para escalar la pared, pero los crampones no eran de mi medida y continuamente se zafaban. A las cuatro y media, se soltó uno mientras estaba en una placa de hielo y tardé casi dos horas en encontrarlo. Amanecía. Regresé al refugio y un par de horas después salía al Teopixcalco. Esas ganas de estar pegado a esa roca negra me atraía y cuando di la vuelta a la cañada, subí por la cara sur de la montaña hasta estar en La Cortada.

Debajo de mí estaban dos tercios de la pared, poco más de cien metros, y una panorámica que me permitía ver hasta la Ciudad de México. Estaba en la pared, no al inicio ni al final, como ya antes había estado. Era un poco como hacer trampa. Abajo veía el largo camino que había recorrido en agosto. Hacia arriba, el Cajón. Subirlo era haber recorrido toda la pared. Era claro que no subiría toda la pared pero claro que podía hacer un reconocimiento para cuando subiera desde abajo y no perder tiempo en encontrar la ruta.

## [El Gran Trono Blanco](#)

Después del primer ascenso mexicano al capitán por la ruta Salathé, Eduardo Mosqueda y Carlos Rangel se dirigen al Trono Blanco, en la Sierra Juárez, Baja California, para hacer también el primer ascenso mexicano a la pared oriental. Octubre 9 y 10 de 1979.

Sol, sol, sol.

¿Cuántas maneras hay de ver el sol? Seguramente muchas: un atardecer, un amanecer, en un invierno, desde el Polo Norte, sobre una montaña...

Pero el sol no es ahora un ente imaginario que esperamos —deseamos— ver para que nos proporcione calor. A esta hora de este día de este mes del año y en este lugar, el sol parece un enemigo: cae implacablemente sobre todo. Es real. Es mediodía. Además, la gran reflexión que produce la roca parece aumentarlo. Es el albedo.

—¡Suelta el costal!

Lo hago.

Había estado antes en un desierto y había sentido la intensidad del sol cayendo sobre los hombros y todo el cuerpo y la necesidad de esconderse en cualquier sombra, no importaba lo ridícula que pareciera. Había estado en el —Pecho— de la Iztaccíhuatl con sólo una playera ligera y un pantalón corto porque el calor de la alta montaña era intenso, quemante. También había atravesado una selva y apreciado su intenso calor húmedo.

Pero jamás había estado escalando una pared de 550 metros de altura... con un desierto abajo. Estaba la pared noreste de la Encantada, claro, pero ahí era diferente. Era apenas hace unos meses. Hoy es octubre. El común denominador aquí es el sol.

Y sol es igual a calor

Y calor a sed.

En el costal de gran pared traemos trece litros de agua. La tuvimos que filtrar y aún así tuvimos que adquirir bastante valor antes de decidirnos a tomarla, pues es todo un cultivo en miniatura: protozoarios enormes que podemos ver a simple vista, algas que le dan un ligero color parduzco y hasta ácaros que no pudimos eliminar durante la filtración y que esperamos que no sean parásitos. La cañada, seca, no ofrecía más. La tomábamos o la dejábamos. Pero el valor, el miedo o cualquier otro sentimiento, quedan relegados a un segundo plano cuando se tiene sed en el desierto.

Y la tomamos.

¿Qué hacemos aquí? —Realizar la primera ascensión de mexicanos al Gran Trono Blanco—, habíamos decidido después de haber sido los primeros mexicanos que escalaban la ruta Salathé Wall, en el Capitán, dentro del Valle

de Yosemite: —la ruta más bonita del mundo, en el monolito más grande del mundo—, al parecer de los mejores escaladores actuales.

Pero no es eso únicamente lo que nos mueve a ascender metros y metros por la vertical y blanca pared de granito. Tenemos, además, que —sacarnos la espina—. Un año y medio ha pasado desde que nosotros, el Grupo de Montañismo y Exploración de la Universidad Nacional Autónoma de México, fracasamos en esta pared debido al mal tiempo: treinta horas de lluvia continua que se había desatado después de un hermoso día: un cambio sorprendente. Por algo los escaladores estadounidenses llaman a esta zona de Baja California la —Patagonia de los Pobres—.

## LA PARED

Después que Eduardo Mosqueda ha concluido de subir el tramo, recupera el costal mientras yo coloco mis jumares en el cable ya fijo y asciendo para quitar todos los anclajes que ha puesto. Es técnica de Gran Pared.

Estamos sobre el séptimo largo de cuerda y lo único que tenemos en mente son dos cosas: subir es la primera; que el sol se oculte es la segunda. Uno ve esto de manera tan diferente desde allá abajo que no es posible equiparar los planes con la realidad.

Nosotros desconocíamos esa realidad.

No esperábamos que la cañada estuviera tan seca, pero de todos modos llevaba un poco de agua. Tampoco pensamos en la travesía en ese terreno lleno de piedras sueltas y cactáceas con las que nos espinamos varias veces. Terreno difícil pero diferente al que habíamos recorrido la vez anterior.

Sobre lo que teníamos una certeza completa era acerca de la sed que íbamos a pasar. Ya la habíamos experimentado en el Capitán, pero eso no nos pasaría ahora. Definitivamente.

Así, cargamos además de los trece litros de agua, que eran nuestro mayor tesoro, comida ligera que no fuera excesivamente seca. La experiencia del Capitán nos enseñó que es prácticamente imposible tragar —que no comer— una dieta basada en cacahuates y nueces con una cantidad ilimitada de agua.

¿La ruta? Escogimos la que intentamos la vez anterior. —Volkswagen—, tiene por nombre, no sabemos porqué. Los escaladores ponemos nombres tan raros a las rutas que abrimos que preguntarse el porqué de este nombre

es inútil. Quizá el vehículo en que viajaron quienes la escalaron por primera vez.

Después de haber fijado dos cuerdas el día anterior, dormimos en la base de la pared. Eduardo había subido, solo, al atardecer, mientras yo acondicionaba un lugar para dormir en medio de tantas piedras.

## PRIMER DÍA

El amanecer fue hermoso. La pared tiene una orientación Este y nos despertaron las primeras luces del alba rojiza. Un sol que salía de más allá del Mar de Cortés. Subimos Eduardo primero y yo, con el costal en la espalda, después. El principio es tan especial que se hubiese atorado con facilidad si lo hubiésemos recuperado jalándolo desde arriba.

Luego de una travesía, y con Eduardo por delante, llegamos al punto desde donde Mauricio López y él habían retrocedido. —Nadie ha pasado desde aquella vez—, aseguró mi compañero al corroborar que los clavos y anillas que había dejado para descender estaban en la misma posición. —Somos los primeros, al menos en más de un año, en pasar por aquí—. De ahí en adelante, ningún mexicano había pasado.

Y me tocó el turno de guiar.

Era un largo de cuerda completo —45 metros— con sólo tres protecciones, una de las cuales se salió apenas me había separado de ella tres metros. El punto de reunión era un bloque donde coloqué tres clavos porque no había cabida para otro tipo de protección. Tres clavos en un bloque algo flojo porque no había otra alternativa. Y nos tenían que aguantar.

A Eduardo, al costal y a mí.

Siguió punteando Eduardo por el tramo más delicado de toda la ruta: roca descompuesta, bloques flojos. Al final, me esperó bajo un pequeño techo sentado en una —silla—. —Si mal no recuerdo —dijo cuando estuvimos cerca— el siguiente punto de reunión es aéreo—. Reímos. El siguiente punto de reunión no podía ser más aéreo que ése. No teníamos los pies apoyados en lugar alguno. El apoyo era el vacío. Es uno de esos lugares en los que uno se siente maravillado de lo que el hombre puede hacer: colgados de dos nueces, esas piezas de metal que —no pueden cambiar la escalada—, según la creencia de muchos escaladores.

Pero la habían cambiado.

También es uno de esos lugares en los que uno no puede rebasar al compañero, por lo que no pudimos alternar como lo habíamos planeado. Después del techo, la ruta continuaba por un diedro inclinado muy bonito. El siguiente punto de reunión tampoco permitió que yo pasara adelante. Nuevamente, el lugar fue aéreo y tuve que asegurar sentado en la silla. El lugar era bonito. Todo lo era. La Laguna Salada, allá abajo y muy lejos, nos recordaba sin mucho esfuerzo que estábamos en un desierto. Había cambiado de tonalidad con la luz del día. Poco después del amanecer parecía un enorme lago que reflejara la luz del sol. Después se fue tornando grisásea y, finalmente, blanca.

¿Cómo podía fijarme en tantas cosas? Baja California me cautivó desde que la conocía hace varios años. Nunca había tenido especial predilección hacia lugar alguno de la república hasta que conocí Baja.

En ese momento pasó.

Una piedra grande que había dejado caer accidentalmente Eduardo, empujó a otra más pequeña. Después del grito de advertencia, esperé a verla para esquivarla. El punto de reunión, sin embargo, no tenía lugares protegidos y estaba, en cambio, muy expuesto. Cuando la piedra apareció de entre los arbustos que estaban encima de mí, no pude evitar el impacto. Sólo sentí un golpe sordo y un intenso zumbido en los oídos.

Supe que Eduardo me llamaba, pero también tenía consciencia de no haberlo escuchado. Traté de gritar que estaba bien (aunque no lo sabía realmente) pero el zumbido no me dejaba coordinar ideas ni palabras. No sé cuánto tiempo pasó. Seguramente unos segundos, aunque me parecía demasiado tiempo. Después empecé a escuchar a mi compañero, al tiempo de ir disminuyendo el zumbido.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Cuánto te falta para llegar?

—Poco.

—Bien; apúrate y baja.

Mientras llegaba conmigo me di cuenta de otra cosa. La roca sobre la cual había apoyado la cabeza y mis pantalones se estaban tiñendo de rojo. Rápidamente.

Coloqué la cinta para el cabello un poco más arriba de tal manera que impidiera que la sangre cayera en los ojos: tenía una bonita rajada de dos

centímetros y medio en la parte superior izquierda de la frente. Cuando tuve las manos libres —ya no estaba asegurando a Eduardo—, abrí el costal y empecé a comer frutas secas. También bebí agua.

Eduardo llegó conmigo y después de instalarse, me atendió. Detuvo de alguna manera la hemorragia y me limpió la cara. La cinta había ayudado bastante a la coagulación.

Después volvió a subir.

Y ahora estoy subiendo lentamente ese tramo bajo el cual fui herido. Lentamente.

No deseo puntear el siguiente largo de cuerda debido a la pérdida de sangre (y al zumbido que persiste, pero bajo), pero mi compañero me convence —y yo también— que no presenta gran dificultad. Así que paso adelante. El siguiente tramo es más difícil y lo puntea Eduardo. Tarda. Es un diedro que se podría subir fácilmente en artificial, pero hemos venido a escalar en el mejor estilo: lo más natural que se pueda. Y esto implica no utilizar puntos de artificial ni para descansar.

Mi compañero utiliza únicamente un anclaje para mantenerse en equilibrio. El paso debe estar difícil, pues nunca hace tal maniobra, a menos que su situación sea muy comprometida. Pasa. Pero tal vez lo mejor de todo sea que desde hace un par de horas no nos da el sol. Ahora vemos crecer la sombra del Trono conforme el astro rey sigue avanzando.

Realizamos las mismas maniobras: él recupera el costal y yo subo con jumars. Hemos llegado a una repisa amplia, pero —todavía hay tiempo— y subimos otro largo de cuerda. La repisa siguiente es menos amplia y más incómoda, pero preferimos mal dormir que dejar tramos para mañana.

Nos detenemos. En el campamento base dejamos olvidada la lámpara y casi es de noche. Un poco más tarde no nos podremos mover. En la penumbra organizamos el vivac y después comemos: mermelada, miel, pasitas, ciruelas pasas y dulces además, claro, de nuestra ración de agua.

Saco la cámara, le coloco el flash y disparo. La repentina luz brillante nos deja deslumbrados. Durante cinco minutos seguimos viendo, en plena oscuridad, un punto color violeta.

Y después, a descansar. Mañana nos esperan más de cien metros de escalada y el descenso al campamento base. Estamos contentos, pues hemos avanzado diez tramos (alrededor de 450 metros de escalada) en un

día. Estamos seguros de que mañana llegaremos a la cumbre. Más tarde o más temprano, pero llegaremos.

Como de costumbre, apenas cierro los ojos, me duermo. Es mi ventaja en los vivacs. Hasta ahora me ha sido ventajoso pues he podido dormir y descansar donde otros apenas han podido cerrar los ojos. Muchos se sorprenden al verme dormir completamente colgado de mi swami, sentado en una placa rocosa de 45 grados de inclinación y con los pies suspendidos en cintas, como hicimos en el Capitán hace una semana. Por supuesto, al principio también me sorprendió pero con el tiempo he aprendido a apreciar mi sueño profundo y a tener precauciones.

Durante la noche, no sé a qué hora, me despierta la voz de mi compañero:

—¡Apaga esa luz!

Debe ser muy tarde (¿o muy temprano del otro día?) porque la luz a que se refiere es la luna, que hace que el desierto se vea de manera diferente. Definitivamente es el desierto el lugar que más me gusta. Tiene unos cambios de tonalidad maravillosos, un paisaje siempre diáfano y enorme que se palpa con la vista en el infinito y, sobre todo, se necesitan saber muchas cosas antes de aventurarse en él. Conocer. Todo en conjunto es, tal vez, lo que muchos nombran como el llamado del desierto. Luego de escuchar ese comentario, cierro los ojos y me duermo nuevamente.

## SEGUNDO DÍA

El amanecer vuelve a ser espléndido. Ahora estamos a mayor altura que ayer y podemos ver claramente el Mar de Cortés. Disponemos de todo el material y Eduardo vuelve a puntear. Es un tramo sencillo: pared inclinada, grietas y apoyos donde quiera. El único problema es la recuperación del costal. En las grietas hay muchos arbustos y éstos lo atorán continuamente. Además, está la ruta en diagonal. Cuando llego al punto de reunión, quiero pasar al frente pero Eduardo me dice:

—Mejor resérvate para allá arriba. Mira.

Sobre nosotros, la pared se vuelve desplomada y parece —la perspectiva se pierde un poco mirando hacia arriba— que algunos techos tapan el paso. ¿Por dónde?, es la pregunta que nos hacemos. Hasta ahora no habíamos tenido problemas de este tipo porque la ruta misma se iba delineando sola. Pero aquí hay que elegir y no sabemos cuál será la buena. Podemos seguir

una de dos rutas, pero sólo una es la buena. No sabemos cual. Tenemos un 50% de probabilidad de que nuestra decisión sea acertada. Y 50% de que no lo sea. Estos números, sobre el desierto y poca agua, tienen mucho peso en la decisión y en el futuro inmediato.

Elegimos una que parece ofrecer el mejor paso. Si nos equivocamos, tendremos que regresar. Eduardo sigue punteando hasta terminar algunos metros por debajo de un techo de cinco o seis metros de largo que habrá que pasar, indudablemente, en escalada artificial por una de dos angostas grietas. Un problema que parece insoluble pero que en teoría no lo es. Ni en la práctica. Lo único que nos detendría sería que saliendo del techo hubiera algo que no pudiéramos resolver, no esta escalada A3 que tenemos encima.

—Es mi turno—, me digo.

Desde el principio habíamos acordado que si había escalada artificial difícil yo pasaría al frente porque soy más ligero y mi entrenamiento se dirigió a practicar más este tipo de escalada. Preparamos el material para equipar y pasar el techo: clavos, nueces, stoppers, estribos, anillas, martillo y, antes de partir, unos tragos de agua, algunas frutas secas y dulces. No sé cuánto tiempo voy a estar colgado sobre el vacío. Podía ser una hora... o seis y, en el peor de los casos, de todos modos tener que regresar por donde veníamos hasta hallar la ruta correcta.

Desde donde estábamos detenidos no se observaban bien las grietas y decido explorar cada una de las grietas para comprobar su accesibilidad. Subo dos metros hasta ver más de cerca la grieta de la izquierda y regreso. Tenía que observar de cerca el ancho preciso de la grieta, la consistencia de la roca, los detalles finos que sólo estando en la pared hacen decir: —es una buena ruta—.

Luego voy a la derecha. Pese a ser más largo el tramo por este lado, si ofrece mayores posibilidades de avance, subiré por ella. Como la otra, a primera vista parece que repelerá cualquier intento de escalada y como es más larga, estoy a punto de elegir la primera cuando Eduardo me dice:

—Ve bien, parece que es mejor ésa.

Aunque sé que no era cierto, me recorro un poco más a la derecha para ver mejor y al voltear hacia el techo... Es sólo una visión fugaz y me resisto a creerlo. Muchas veces la imaginación nos juega bromas pesadas y hay que ser muy cautos. Pedí más cuerda. Sí, ahí estaba! Era un boquete en el techo y tal vez cupiera una persona en él. Un boquete. Un agujero natural que

atravesaba de lado a lado ese techo de granito de cuatro metros de espesor como una chimenea el techo de una casa. Formada quién sabe cómo, esa chimenea nos ahorró horas de trabajo. Tal vez hasta el retroceso a otra alternativa.

Sólo falta un largo de cuerda. Eduardo vuelve a ser el primero de la cuerda. Momentos después, a las 14:00 horas, me uno a él en la cumbre. La cumbre de una pared rocosa mexicana que pertenecía hasta ahora a los norteamericanos y a los sueños de los mexicanos. Somos la primera cordada de mexicanos que ha escalado la cara este del Gran Trono Blanco.

---

## Explorando los desiertos mexicanos

Ahí donde el estado de Sonora se adelgaza y se dirige hacia la península de Baja California, está la Reserva de la Biósfera El Pinacate y Gran Desierto de Altar, una zona muy amplia de volcanes y desierto. El cruce de la reserva a pie cruzando el escudo volcánico y la parte más angosta de dunas es el tema de este artículo.

### DUNAS

Caminar es suave en las dunas. Poco a poco se sube en verdaderas montañas de arena hasta alcanzar la parte más alta para descubrir que más allá hay otra cordillera de arena. Subir y bajar, casi siempre en aristas finas, percederas. Es un andar suave y silencioso. Sobre todo silencioso, de ese silencio que taladra los oídos. Sólo el crujir de la arena cuando la pisamos.

En la cima de la primera cordillera de dunas descubrimos que para llegar a la otra deberemos cruzar por una especie de oasis: una mancha vegetal entre ambas, muy curiosa. No es como si fuera un valle entre montañas, sino como otro cráter entre dunas. Un agujero verde donde abundan huellas de animales que no vemos por el mucho ruido que hacemos o porque su vida es nocturna. Huellas de caninos pequeños, liebres, muchísimos insectos sobre todo el pinacate, ese pequeño insecto negro que le da nombre a la Reserva y también huellas que las plantas han producido al moverse por el viento.

Este es un mundo aparte. No imagino cómo será atravesar esto en mayo, que es cuando el grupo de Altamira cruzó el desierto más al poniente. Por supuesto, es mucho más duro por el calor, por la arena más seca donde se hundían los pies y por la enorme reverberación del sol en esta superficie tan clara.

Pero si hay quienes han atravesado en la primavera tardía, también hay quienes han cruzado a mitad del verano, en la parte más ancha del desierto arenoso. Su forma de avance es similar a subir una montaña muy alta: hacen varias entradas para dejar el agua que usarán cuando crucen en definitiva. Fernando Ordaz, uno de los encargados de la Reserva, nos platicaba de un grupo de estadounidenses que lo hacen cada año desde hace muchos.

Nosotros apenas estamos probando lo que es este desierto silencioso, el que produce, como el mar, un miedo profundo. Alfredo escribiría después: El primer día estuve a punto de desfallecer en la montaña. En el segundo, la experiencia de entrar a las dunas me llenó de miedo. pero estando dentro me sentí más relajado. Estaba ahí y no importaba más.

Estábamos en el Gran Desierto de Altar.

## ROMPER PARADIGMAS

Durante el día, había tenido la idea de caminar de noche. Pero el atardecer me mostró otra realidad. Las pequeñas ondulaciones que tiene cada duna hacían danzar mi vista y me mareaba. Encender la linterna no entraba precisamente en mis planes, así que buscamos un lugar para dormir. Fue una depresión entre las dunas más altas de esa segunda cadena.

En el fondo, sólo podíamos ver arena y estrellas. Casiopea, la Polar, el Dragón, Orión... un manto increíblemente bello que se iba convirtiendo en increíblemente frío. Y ahí, por segunda ocasión, Jorge se enfrentaba con el rompimiento de unas costumbres implantadas desde siempre:

Pude romper con muchos paradigmas y eso me alegra mucho. Paradigmas como el no salir a la montaña sin tienda de campaña o el llevar siempre una buena cantidad de comida. En fin: fueron cosas que al alejarse de ellas sentí que no son tan imprescindibles como yo creía.

Cierto. Sin tienda de dormir y prácticamente sin comida. Desde el principio habíamos establecido que lo más importante era el agua y la ligereza de la

mochila. Nuestro peso era la ropa de dormir, como 250 gramos de comida por persona y agua.

Pero mientras tanto, estábamos bajo las estrellas, rodeados de arena. Marco, que leía por las tardes algunas poesías de Sábines, dijo que no era precisamente esa poesía la que necesitaba leer ahí. Entonces caímos en cuenta que detrás de ese silencio hacía falta la risa de un principito. No estábamos arreglando una avería de nuestro avión, como Saint Exupery, pero de todos modos sentíamos esa presencia.

## DISTANCIAS

El amanecer fue fresco. Yo subí a lo alto de la duna mayor y tomaba fotografías de ahí mientras esperaba a los demás. Luces y sombras en un mundo de arena. A lo lejos, el mar, nuestra meta. No íbamos en dirección sur, directo al mar, sino tomábamos una diagonal con rumbo a Puerto Peñasco y así cruzábamos más distancia en dunas.

Puerto Peñasco. Ya teníamos poco agua y debíamos salir de ahí ese mismo día. Estábamos aún lejos aunque El volcán Santa Clara estaba mucho más lejos aún y nos servía como punto para medir distancias.

A veces, para disfrutar de ese silencio a solas, nos separábamos pero siempre estábamos a la vista. En una ocasión, vimos a Alfredo en lo alto de una duna, muy atrás y comentamos que por qué se quedaría tan atrás. De repente llegó su voz, sin necesidad de gritar: Los estoy escuchando. Miradas de sorpresa. En el desierto, ese mundo de silencio, un ruido mínimo viaja considerablemente nítido a grandes distancias.

En algún momento, comenzamos a pisar una costra en la arena, casi como si fuera un pavimento del desierto, pero no lo era. Más bien era como si se hubiera solidificado una parte de la arena con la ceniza volcánica negruzca y cuando la pisábamos crujía y terminaba rompiéndose. No era agradable pensar que lo que había costado cientos de años en formarse se rompía en un momento. Tampoco era agradable sentir cómo me hundía repetidas veces en las madrigueras de los conejos. Una y otra vez.

## FINAL

Pero eso fue nada en comparación con el pastizal al que llegamos y que tuvimos que cruzar durante horas. La prolongada temporada de lluvias había

hecho que los pastos tuvieran semillas en esta época, pero las semillas estaban llenas de espinas y se pegaban a nuestra ropa. La primera vez, nos detuvimos a limpiarnos a fondo. Pero tres veces después, yo ya no hacía nada más que quitar las que realmente molestaban y dejaba mis piernas erizadas de espinas.

Jorge fue quien más sufría de ellas. Comenzó por fastidiarse y su exasperación fue creciendo hasta que las maldijo en colombiano y, finalmente, en mexicano. Nos reímos a carcajadas.

Al atardecer llegamos a una brecha para autos. Unos metros más allá, la vía del ferrocarril y luego, nuevamente una carretera. Pero decidimos parar en una casa, a pocos metros de la playa. Ahí terminaba el desierto y, poco más allá, comenzaba el otro mar, el de agua, con una playa larga, donde las mareas bajas podían dejar la línea del agua cientos de metros más lejos que las mareas altas.

Y era un mundo de conchas de mar. Ya antes las habíamos encontrado por centenares entre las espinas, en grandes manchas blancuzcas. Quizá los restos de concheros. Pero aquí eran parte del escenario. Nivel del mar. Sólo nos faltaba caminar a Puerto Peñasco. Sólo nos hacía falta una cosa importante: hacer una llamada telefónica a la Reserva para decir que ya habíamos salido del desierto.

## HACIA EL MAR

Bajamos por el lado sur del volcán hacia esa intensa llama de luz que ha estado destellando durante todo el día pero que vimos a la perfección desde la cima. Pero la bajada no fue fácil. No es sólo bajada, sino una intensa búsqueda en los caminos de lava para encontrar el camino menos complicado y también donde nuestras huellas produzcan el menor impacto en la vegetación, que tardaría muchos años en recuperarse de estropearla nosotros.

Al atardecer buscamos un sitio para dormir, pero no es fácil encontrarlo entre tanta roca afilada y, cuando lo hallamos, no es precisamente el sitio que nos gustaría si queremos observar el atardecer. Esa hora del día es uno de los espectáculos más impresionantes que se puedan dar en el noroeste de México. Por eso éramos tan quisquillosos con el sitio para dormir. Al final, elegimos un sitio apenas suficiente, pero que nos dejaba ver el juego de luces.

Al otro día estábamos ya caminando hacia el mar, pero antes debíamos cruzar otro muy distinto, más pequeño pero igualmente inmenso: el desierto de dunas, ahí donde sólo hay arena. Conforme nos acercábamos, esa tenue línea de color café muy claro que veíamos desde la cima del Santa Clara se iba agrandando y se notaba una playa muy marcada: ahí donde la vegetación termina. El verde da paso al color arena. ¿Cuánto tardaríamos en ellas?

## SORPRESAS

Era algo que no podíamos creer del todo, pese a estarlo viendo, palpando. Estábamos a quince metros del inicio de las dunas y justo antes, como si fuera un estero de vida, había una gran zanja donde había árboles. Los baobaabs de El Principito me vinieron a la mente: pequeños y robustos, fuertes como ningún ser vivo para resistir la sequía del verano, algunos con raíces de hasta 70 metros de profundidad.

Nos detuvimos y comentamos ese verdor mientras veíamos la arena hacia la que nos dirigíamos. Como el mar, las dunas imponen cierto respeto y así nos quedamos, sentados en ese verdor como no queriendo nadar en arena todavía. Hasta que nos levantamos y pusimos un pie en ella, una arena dura donde los pies no se hundían pero donde quedaban perfectamente marcadas nuestras huellas.

A partir de entonces, hicimos una sola línea de pisadas, salvo algunas ocasiones en que tomábamos fotografías o las veces en que Roberto se echaba a correr de pura alegría, subiendo y bajando por las dunas, como un niño en parque de diversiones. Sinceramente, esperábamos un terreno más movible pero nuevamente las lluvias lograron esta arena compacta. Si uno pisa con fuerza, a veces aparece arena más oscura, húmeda.

Pero en otras ocasiones, la arena es efectivamente más oscura. Ceniza volcánica pintada a franjas en la arena. Eso me planteó preguntas que durarían toda la caminata.

## EL HOMBRE Y EL DESIERTO

El Volcán Santa Clara es la montaña más alta del escudo volcánico de la Reserva de la Biósfera El Pinacate y tiene tres cumbres. La más alta, El Pinacate, no se ve desde la carretera ni desde la entrada a la Reserva. En algunas rocas del cráter hay oquedades suficientemente grandes para servir

de cueva. Un valle así bien pudo servir de sitio de reunión de los antiguos pobladores.

¿Antiguos pobladores en El Pinacate? Se cree que los primeros hombres en la zona habitaron hace alrededor de 40 mil años y en la zona se han encontrado metates y vasijas de varias culturas. Los pápagos siguen teniendo mucho que ver con la tierra porque tienen senderos sagrados que aún utilizan. Es difícil creerlo vista la amplitud de la tierra y prácticamente sin agua, salvo el único río que lleva agua todo el año y en el cual existen peces: el Sonoyta.

## PARA ENTRAR AL DESIERTO

La Reserva El Pinacate y Gran Desierto de Altar fue creada por decreto el jueves 10 de junio de 1993 y pese a ser desierto, tiene una gran afluencia de visitantes. Si se va a la zona volcánica, uno debe pasar por la entrada oficial y registrarse. En el registro se le pide al visitante el lugar al cual va y la duración de su estadía. Si no salen a tiempo, la gente de la Reserva se pone en contacto con ellos.

En el caso del desierto es más difícil controlar la entrada, pero en la Reserva se sugiere ampliamente que se haga presencia física en las oficinas para registrarse, presentar un itinerario detallado de la ruta que se seguirá y, sobre todo, no cambiar esa ruta. Para mayor información se puede escribir por correo electrónico a [pinacate\[at\]conanp.gob.mx](mailto:pinacate@conanp.gob.mx) donde se contestarán todas las preguntas que se formulen.

Para un contacto más directo, se puede llamar al teléfono de la Reserva (01-638-38-49-007) en el horario de 8:00 a 17:00 horas. Nosotros llamamos desde el desierto por un celular sin problemas.

La visita a la Reserva es altamente recomendable porque es la introducción al desierto, desde lo que es, su historia y algunos conceptos generales hasta sus normas de conservación. A la entrada de la reserva se le entrega al visitante una copia del reglamento.

Los pies andan sobre roca volcánica negra, esa roca cortante que lacera la piel al tocarla y que desgasta cualquier calzado con mucha rapidez. Alrededor, el verde de las choyas, de los sahuaros, de la multitud de plantas que están increíblemente verdes en invierno: consecuencia de una larga

temporada de lluvias. Negro y verde. Es increíble lo verde que está el desierto para ser invierno. Esta vida sembrada por la lluvia durará.

Continuamente vemos hacia abajo, a esa enorme extensión que no tiene más obstáculos que el alcance de la vista: llanos inmensos donde apenas se dibuja la extensísima línea recta de la carretera, que ya no vemos desde aquí. Y en esa extensión, cráteres enormes, como si fueran muy antiguos. Demasiado quizá. Algunas veces sólo se ve el cráter, como si fuera agujero horadado en esta enorme superficie plana. Así es El Elegante, un cráter de más de 1,600 metros de diámetro, circular y simétrico.

Estamos subiendo al volcán Santa Clara, el más alto del escudo volcánico de la Reserva El Pinacate.

## LA CIMA DE OTRO MUNDO

Poco a poco, el mundo va quedando a los pies, hasta que uno ya no encuentra un solo paso más que dar hacia arriba. Es la cima de El Pinacate, una de las tres cumbres del Santa Clara. Más allá, los otros dos picos que formaron el cráter del volcán, cuyo fondo pasamos hace una hora allá abajo. No es el punto más alto del planeta, pero en este momento estamos en lo más alto de la Reserva, a 1206 metros de altitud.

Muy lejos, hacia el suroeste, se yergue una majestuosa mole rocosa: la Sierra de San Pedro Mártir. Hay quien dice que el padre Eusebio Francisco Kino descubrió que Baja California era una península justo al llegar a la cima de El Pinacate, aunque sigo sin entender por qué se le da el crédito a Kino por ese hallazgo cuando en 1540 los barcos que iban a la par de la expedición de Francisco Vázquez Coronado a las Ciudades de Cíbola y Quivira ya habían llegado al final del Mar de Cortés y remontado un poco el Río Colorado. Errores que se perpetúan en la historia. Como sea, la costa de Baja California se dibuja claramente, como vista desde un barco.

A los lados, arena, sobre todo al occidente, donde se pierde de vista. Con la luz de invierno se pueden ver las sombras de las dunas. Enormes, considerando la altura a que estamos. Pero no vamos hacia allá. Nuestro viaje es en otra dirección: deberemos cruzar todo el escudo volcánico y finalmente entrar a las dunas para llegar a Puerto Peñasco.

En la libreta de cumbre, junto al Punto Geodésico instalado en plena cumbre, alguien apuntó: Somos seis mexicanos y un colombiano... Y tres anotaciones más tarde, Jorge Pachón, nuestro amigo colombiano, escribe: Yo soy el

colombiano del que hablan arriba... En realidad somos siete seres humanos extasiados por la inmensidad. Karel escribiría días después:

Sólo el desierto y la cima del Iztaccíhuatl han podido despertar en mí esa sensación de majestuosidad. Es una consecuencia de su tamaño, obviamente. En el Iztaccíhuatl se mide por las múltiples cumbres que aparecen una tras otra; aquí se mide porque no hay nada.

---

## [23 años de exploraciones en La Encantada, San Pedro Martir](#)

La Encantada es la cumbre de toda la península de Baja California. La cara norte de la montaña es una pared de más de mil metros de desnivel y pese a que está muy cercano a Estados Unidos, ningún escalador —hasta donde tenemos noticia— había abierto una sola vía de escalada en esa vertiente. El presente es el relato de la primera ascensión por esa cara.

MAYO 20 DE 1976.

Tras dos días de caminar y sortear todos los obstáculos que presenta la cañada, Manuel Casanova y yo estamos muy por encima del río, en el espolón de un cerro de pura roca granítica por el que las miradas se deslizan libremente en busca de una ruta. Hemos ascendido lo más posible y desde la terraza rocosa en que estamos podemos ver por primera vez, hacia el sur, la montaña a la que nos dirigíamos: El Picacho del Diablo.

Pero estamos lejos, demasiado lejos de la cima y todo se ha debido a un error: el mapa marca con el nombre “La Providencia” al cañón en el que estamos y a otro que está más al norte: el cañón del Diablo, que era al que debíamos habernos dirigido desde el principio. Los muchachos que nos trajeron en su camioneta estaban en lo cierto: nos dejaron en “La Providencia” sin lugar a dudas. Nosotros preferimos creer en quienes hicieron los mapas y no a la gente que conoce bien el desierto.

Así que la cima se nota lejana. Una cumbre que es el remate de una enorme pared vertical. Al menos así es como se aprecia desde aquí y desde el desierto. ¿Cuántos metros tendrá? No tenemos idea. En nuestras primeras

exploraciones somos tan ingenuos que todo lo medimos con la experiencia de los volcanes nevados y de la escalada en roca.

Aquí las dimensiones cambian todo y algo es cierto: la pared es enorme y nosotros tenemos que regresar al fondo del cañón, donde nos esperan nuestros compañeros para regresar a nuestro campamento. Porque con este ascenso nos hemos dado cuenta que no llegaríamos a la cima con el poco tiempo que tenemos. Así que levantamos un montículo de rocas, nos tomamos un par de fotografías y bajamos desescalando las partes más verticales. Sólo una ocasión usamos la cuerda para un rapel. La pared: ¿cuánto medirá?

MAYO 21 DE 1977.

La pared es enorme, descomunal. Se levanta metros y metros hasta perderse en el cielo azul, este cielo tan reseco que ha sorbido los pozos de agua. Esta vez subimos por el Cañón del Diablo, pero nos equivocamos al elegir la ruta de ascenso y llegamos a un callejón sin salida. Pudimos haber regresado al desierto y olvidarnos de la cima nuevamente, pero Manuel quiso dar un nuevo giro a la exploración: bajaríamos por el cañón en el que habíamos estado hace un año. Conocíamos parte de él y aunque desde arriba se notaban claramente dificultades técnicas, no esperábamos tantos problemas. Tenemos dos días bajando y apenas estamos en la base de esta gigantesca pared. Dos días de descenso muy técnico. Faltarán dos días más para llegar al desierto.

MAYO 24 DE 1979

El calor es intenso. Es sol de mayo en pleno desierto. Las manos se queman en esta roca blanca, pero es preciso no soltarse. Estoy a 250 metros por encima del suelo. Aunque están conmigo, mis compañeros han decidido no escalar un solo metro. Así, ha pasado un largo tras otro. Las protecciones son escasas y débiles. Sé que no debo caerme porque incluso los arbustos que sirven de anclajes de reunión son precarios. Así han transcurrido 250 metros y ahora me elevo diez metros más y después de dar la vuelta a una esquina rocosa, me doy cuenta que he llegado a un callejón sin salida: lo que sigue son casi cien metros de escalada de fricción y sin protecciones.

Podríamos barrenar... si tuviéramos el equipo para ello, pero desde el principio hemos decidido escalar de manera limpia la pared. Si no

conseguimos pasar es porque no estamos preparados para ello. Así que de repente me enfrento a ese enorme espejo blanco en el que no hay manera de asegurar al compañero. ¿Subiría de todos modos por ahí de no tener compañeros? No lo sé. Los tengo y sé que debo regresar. Entonces me doy cuenta del enorme cansancio psicológico que me abrumba.

Tengo medio día escalando en la punta y dos largos completos han sido sin un solo anclaje. En el último me espiné los dedos de la mano izquierda al meterlos a una grieta ocupada por un cactus. También entonces soporté. Ahora, no hay adónde seguir. No de esta manera. Tendremos que descender y regresar en otra ocasión, quizá en noviembre.

DICIEMBRE 25 DE 1982.

La montaña está increíblemente nevada. Desde el desierto, se notaba blanca y mi amigo Roberto Quiroz se preocupó todavía más cuando le dije que iba a entrar solo por La Providencia. No trató de convencerme y me llevó a la base de la sierra. Ahora tengo ocho días de soledad. Cuatro los pasé en el acercamiento a la base. La nieve fundida ha hecho crecer el río y los problemas de transcurrir por el Cañón aumentaron. Cuatro largos días. Pero cuando llegué me encontré con otro problema: había nevado tanto que cualquier agujero entre las rocas estaba oculto. La parte norte a la que nunca le da el sol estaba llena de hielo.

Así que pasé tres días y sus noches en esa pequeña hondonada en busca de una ruta que me permitiera ascender a la cumbre de la manera más recta y peleando con los demonios personales que se habían desatado en mi interior y que me hacían dudar entre seguir hacia arriba o regresar y confesar que había fracasado. El peso de la soledad. Tras muchos intentos, decidí regresar y cuando me había puesto la mochila para dar marcha atrás, me volví a la pared y me pregunté hasta cuándo podría ser escalada. Entonces la vi: una línea imaginaria por donde podría pasar hacia arriba, a lo largo de una arista hasta la cumbre falsa que está al norte. Desde ahí me sería más sencillo llegar a la cima.

Pero ha pasado todo el día y no he podido avanzar gran cosa a causa de la mucha vegetación. He perdido uno de mis guantes en algún momento y cuando tuve que escalar en hielo, lo hice con la mano desnuda. Fueron 60 metros sobre una placa rocosa de 60° de inclinación cubierta por una capa de hielo transparente de una o dos pulgadas. Debía golpear lo suficientemente

fuerte con el piolet y los crampones para que se hincaran y se sostuvieran, pero no tanto como para partir la costra de hielo y caerme hasta... ¿hasta dónde?

Ahora hace un fuerte viento que no me dejó armar mi tienda individual y que congeló el agua en mi bidón en menos de 15 minutos a pesar de que estaba muy caliente. Pero desde este balcón, veo la pared como desde ningún otro lugar privilegiado: descubro sus repisas, sus fisuras, sus desniveles. Fotografío todo porque puede ser la clave para ascenderla. Mañana llegaré a la cima y bajaré por el Cañón del Diablo lo más rápido posible. Uno se agota demasiado pronto en esta montaña, sobre todo si está solo, como lo estoy yo.

## **La expedición de 1999**

### EL LABERINTO

Es un caos increíble de rocas de todos tamaños: desde un grano de arena hasta bloques gigantes de más de 30 metros de diámetro que cayeron de las laderas de los cerros. Rocas que se suceden una tras la otra sin interrupción, sin dar oportunidad de mirar otra cosa que no sea el lugar donde se va a poner el pie y, cuando tenemos que escalar, las manos. Un mundo de roca erizado de todo tipo de espinas. Aquí es importante esquivar las espinas, pero sobre todo la “uña de gato”.

Uno puede quedar atrapado en esa enredadera y no salir hasta tener la paciencia de quitarse una a una cada espina o ser ayudado por los compañeros. De otra forma, la ropa queda hecha jirones... o la piel.

El primer día pasamos el primer obstáculo fuerte: una tras otra, las cascadas se suceden una tras la otra en un angosto callejón. Hay que escalar a un lado del chorro de agua o meterse un poco a ella aunque duelan los pies y luego tengamos que correr hacia donde hay sol para quitarse ese tono azulado que da el frío. Ayer estuvimos en el laberinto rocoso. Las cañadas se reúnen en una especie de valle (si vale el término en una cañada amplia) y son tan iguales que es difícil saber cuál es la correcta. Todas parecen dirigirse al punto más alto, pero es una ilusión: el punto más alto no se ve sino hasta haber dejado atrás ese complejo mar de confusiones: un laberinto que me confunde cada vez que he estado en él.

Hoy estamos por encima de todo eso, de pie sobre una gran roca desde la que contemplamos la montaña y su pared. Nadie ha subido por ella y eso es lo que nos ha traído hasta acá tantas veces. Pero ahora venimos preparados para subir y con una sola idea: “sólo habrá una oportunidad”. Suceda lo que suceda, es importante hacerlo todo con rapidez porque tenemos comida calculada sólo hasta la cumbre. El descenso lo haremos con hambre total, si es que vamos a estar cuatro días en la pared, como tenemos calculado.

## PRIMER DÍA

Me despierto temprano. Fuera de la bolsa de dormir hace mucho frío.

Hoy tendremos que revisar la base de la pared y hallar la ruta por la que subiremos. La exploración que hice en solitario en 1982 nos proporcionó el material fotográfico a partir del cual trazamos tres rutas viables. En el mirador descubrí otra más, pero sin entrar a la pared: en caso de no poder escalarla, ascenderíamos por ahí hasta la cima y bajaríamos por el cañón del Diablo, pues ninguno de nosotros queremos regresar por el mismo camino, sobre todo no por esa ladera de roca descompuesta.

Pese al frío, salgo de mi bolsa: es preciso llegar a las tinajas de agua que ayer encontramos Oliver y yo en una breve exploración. Tomo mi mochila y sigo el cañón hacia la pared. Una hora de camino hasta el agua helada. Y a partir de ahí, habrá que recorrer la pared en busca de la entrada a la ruta.

Dejo mi mochila en un lugar muy visible y comienzo a trepar por la roca, en busca de los pasos clave que nos ayuden a avanzar más rápido cuando estemos juntos. Pero no voy muy lejos porque comienza a aparecer hielo por todas partes y no traigo piolet. Me detengo: las aves llegan poco a poco cuando dejo de hacer ruido. Hay un pajarillo color rojo que se sostiene de la roca pero siempre en los lugares desplomados. Otro pájaro más grande se detiene sobre un arbusto y comienza a cantar: rompe el silencio y descubro entonces el peso de la soledad. Estamos muy lejos de todo y si algo nos pasa nadie podrá ayudarnos. Esta montaña no admite errores.

Hacemos una exploración y a las cuatro de la tarde estamos de regreso en el campamento de las pozas. César ha encontrado un cuerno de borrego cimarrón de gran tamaño y yo encuentro una cabeza completa y varios huesos esparcidos en una cueva pequeña. El día se ha ido con mucha rapidez: la noche se declara a las cinco y apenas tenemos tiempo de prepararnos para dormir. Toda la tarde y gran parte de la noche me quedo

mirando a la pared, memorizando los pormenores, haciendo un dibujo mental de cada roca, de cada árbol y de las formas. Mañana será el día. O quizá no: las nubes que comienzan a formarse pueden traer una tormenta. Ya ha habido nevadas de dos y hasta tres metros.

## SEGUNDO DÍA

Asciendo por una fisura para dedos y continuamente caliento mis manos con mi aliento: la roca está helada. Samuel me asegura desde la repisa de abajo y sigue mis pasos con mucho detenimiento. Cuando llego al final, fijo la cuerda para que Oliver suba mientras yo exploro la parte superior: el canalón persiste y el hielo abunda. Al menos agua sí tendremos. Pero, ¿por dónde seguir?

Por la mañana habíamos subido por una repisa larga y amplia. Escalada tras escalada, llegamos al final de ella. Dejé a mis compañeros mientras buscaba la ruta. Ascendí solo y entré al canalón que desemboca en la cascada de casi 400 metros de altura y que da origen a la cañada. Tras dos horas de reconocimiento, había encontrado la vía más propicia y la parte más complicada era esa fisura para dedos aunque después, ¿qué habría?

Usaba todo el tiempo el mapa dibujado en mi mente. Haber hecho un dibujo en mi bitácora mientras estábamos allá abajo me llevó algo así como una hora, pero ahora nos va a ahorrar mucho más tiempo. Encima de la pared en la que estoy debe estar el otro pasillo. Hasta ahí había trazado la ruta mentalmente. Ahí decidiríamos. Pero el día se ha terminado nuevamente. Es invierno y las noches son muy largas y frías. En 1982 registré una temperatura de menos 25 grados centígrados. Estaba solo y casi no pude dormir.

A las cinco estamos todos juntos en una repisa amplia. Estamos ahora por encima de una pared recubierta con hielo. Mañana tendremos que encontrar una manera de salir de aquí y ascender lo más posible. Las nubes cubren el cielo y el aire está un poco cálido, pero húmedo. Si baja la temperatura, tendremos una nevada aquí, en mitad de la pared. César y Pavel se pasan varias horas derritiendo el hielo que Samuel y Oliver suben.

Hacia arriba y hacia abajo, todo es pared y lo que me sorprende es que hasta acá haya huellas de borrego cimarrón, muchas veces recientes. Nos escuchan, nos huelen y se alejan y se quedan quietos. Un animal verdaderamente prodigioso. Me siento a descansar un rato y me quedo dormido con todo y equipo puesto. Estoy muy cansado. Oliver me pone su

bolsa de dormir y me despierta cuando está la cena. El cielo se ha puesto más nublado y a lo lejos se ve una gran mancha de luz: Mexicali.

Es curioso, pero nunca antes había visto luz de ciudad desde esta montaña. Ahora, desde el punto más aislado de esta aislada montaña, vemos una ciudad.

## LA GRAN TRAVESÍA

Estoy metido en un agujero en el que apenas cabe una persona. Espero a que mis compañeros hagan el primer rapel mientras me cubro del frío. Estoy 20 metros por debajo de la cima y para llegar a ella hay que trepar por un diedro muy sencillo. Es increíble que después de tantos años de soñar con la pared, ésta se haya resuelto de manera tan fácil y en tan poco tiempo.

Por supuesto, evitamos todas las escaladas en hielo muy técnicas y secciones de la pared muy verticales donde los escaladores pueden abrir vías muy impresionantes. Pero me urgía estar en la vertiente del cañón del Diablo por su comenzaba a nevar. Cuando alcanzamos la arista que separa al Cañón La Providencia del cañón Toledo comenzó a llover.

Pasamos horas buscando esa salida y la alcanzamos con un respiro de alivio, aunque no duró mucho porque tuvimos que cruzar la cara sur de la montaña y no fue nada fácil: una larga travesía donde hay que convertirse en borrego cimarrón para avanzar. Durante horas y horas, trepamos y escalamos. Rocas sueltas, arbustos innumerables. Un vistazo a la cumbre: no está lejos, pero tenemos que hacer primero el recorrido de la cara sur. A las dos de la tarde llegamos al collado con el cañón del Diablo y comenzamos a subir a la cumbre. Debíamos darnos prisa o nos sorprendería la noche.

## EN LA CIMA DE LA PENÍNSULA

Así, escalamos a toda prisa las fricciones superiores y luego hice la última escalada hasta llegar adonde estoy, bajo la cumbre. Pavel llegó primero, luego Oliver y César. Al final, Samuel y yo. Los veo bebiendo el paisaje, viendo que todo lo que hay alrededor está bajo los pies. El cañón por el que hemos subido, La Providencia, es ahora una línea después de la cual se ve el desierto y, más allá, el Mar de Cortés y la costa de Sonora.

Al otro lado, el observatorio astronómico de San Pedro Mártir y, mucho más lejos, el Pacífico, que comienza a brillar en rojo. Al norte y sur, Baja California se extiende enorme. "Montaña, desierto y mar", dice Pavel. Así es como se

describe a la península. Y nosotros estábamos en la cumbre más alta de ella. Hoy, 29 de diciembre de 1999.

César menciona lleno de emoción: “Hermano, te aseguro cuando seamos viejitos y por fin llegue nuestro momento de partir, este va a ser una de esas imágenes que verás como si fuera la película de tu propia vida.”

“Como únicos testigos de la gran aventura que hemos vivido”, escribe Oliver en su bitácora, “se yerguen silenciosamente el infinito ámbar del desierto contrastando con el infinito turquesa del cielo. En esta cima y en este momento, el Universo se compone exclusivamente de nosotros y la montaña; nada más existe: las ciudades o la gente, las fronteras o los misterios, no existen la mentira o la sospecha. Para nosotros sólo Ella existe. Y a su existencia subyugamos la nuestra misma, pues aunque conquistada, somos esclavos de su belleza... Es curioso pero ni el cansancio ni las lesiones se sienten después de que has llegado a la cima, apenas unas cuantas horas antes, sentíamos que no lo íbamos a lograr, esa maldita travesía al salir de la pared nos hizo cachitos, pero quién se acuerda de eso ahora.”

## EL DESCENSO

De repente, la pared que toco se vuelve roja, como si estuviera teñida. El sol está ahora por debajo del manto de nubes y colorea a esta roca rosada. Rojo. Está oscureciendo. Son las cinco de la tarde y yo apenas estoy desescalando. Tengo la ventaja de no tener el peso de la mochila ahora, pero debo ser rápido. Tenemos sed y hambre. Por la escasez de agua, no hemos comido y bebido muy poco. Mientras escalaba, encontré un agujero lleno con casi un vaso de agua. Bebí sorbo y dejé el resto a mis compañeros. Pero la sed continúa. Sabemos que dentro de poco descansaremos pero precisamente ahora no debemos descuidarnos. El éxito de una expedición está en regresar con bien a aquellos lugares de donde se salió. Esa es la verdadera victoria.

Tenemos que buscar un lugar para dormir y, si es posible, agua o hielo, aunque dudo mucho que en esta parte de la montaña haya. Mañana bajaremos hasta Campo Noche y después recorreremos el Cañón del Diablo hasta salir al desierto. Los demás se están acercando a las mochilas mientras Samuel me espera. De repente me acuerdo que no nos dimos un abrazo en la cumbre. Era tan fuerte la emoción de haber subido por la pared que no nos acordamos de hacerlo. Por eso le doy el abrazo a Sam. Es un buen

muchacho, igual que todos mis otros compañeros. El sol se ha puesto ya. Enredamos las cuerdas y bajamos en medio de la oscuridad.

Exploraciones en el Picacho del Diablo

## CRONOLOGÍA RESUMIDA

Mayo de 1976

Primera exploración a San Pedro Mártir. Cañón la Providencia. Seis integrantes.

Mayo de 1977

Ascenso por el Cañón del Diablo hasta la cima secundaria norte y descenso por el Cañón La Providencia. 27 participantes.

Mayo de 1979

Primera exploración de reconocimiento a la pared. Cuatro escaladores. Tres de ellos escalan hasta los 260 metros y descienden a causa de las dificultades y del calor. Se pone por nombre a la pared norte El Escudo. Carlos Rangel realiza el primer ascenso al Cerro La Providencia en solitario.

Mayo de 1981

Primera exploración por el Cañón Toledo (El Cajón). Ascenso a la cumbre secundaria sur y reconocimiento de las dos vertientes de que se forma el cañón. Hallazgo de petroglifos. Seis participantes.

Diciembre de 1981

Primer ascenso a la cumbre sur por el Cañón Toledo (El Cajón). Cuatro participantes. Se recorre también el Pinnacle Ridge hasta la base del Cerro La Paloma.

Octubre de 1982

Primer ascenso a la cumbre norte, por el Cañón del Diablo. 22 participantes.

Diciembre de 1982

Exploración en solitario a la pared El Escudo. Ascenso a la cumbre secundaria norte y descenso por el Cañón del Diablo.

Mayo de 1989

Exploración del Río San Antonio, durante la Caminata de las Californias, donde se encuentra la base de la cascada que viene de lo alto de la sierra. Dos participantes.

Julio de 1994

Curso de Supervivencia en la sierra. Se exploran los cañones del Diablo y La Providencia en busca de mejores caminos para el ataque a la pared. Ocho participantes.

Diciembre 1999 y enero de 2000

Primer ascenso mundial al Escudo, cara norte del Picacho del Diablo. Cinco participantes: Juan Samuel Leal García, Oliver López Corona, Pavel López Corona, Julio César León Morales y Carlos Rangel Plasencia.

## **Mares de México, un legado inconcluso**

En 1994, el capitán Carlos Aragón y yo, atravesábamos la boca del Mar de Cortés en una embarcación que algunos amigos calificaron como “corcholata”. Medía 17 pies y estaba construida con el tronco de un huanacastle ahuecado. Quizá la forma más antigua de hacer embarcaciones. Nuestra travesía duró once días en alta mar desde Cabo San Lucas hasta la Bahía Careyes. Libros

Para mí había sido la primera experiencia en alta mar, en donde no se ve tierra durante mucho tiempo. Y también fue el inicio de esa inquietud por regresar al mar. La ocasión se presentó en el 2000, cuando Alejandro Niz se acercó para ofrecer su participación en el descenso de ríos. En la plática y con el tiempo, el viejo programa que el capitán Aragón había desarrollado se desempolvó y quisimos echarlo a andar, pero esta vez en kayaks, una embarcación completamente desconocida para mí, pero Alex la dominaba a la perfección.

El paso a dar era muy grande, pues mientras trabajaba la idea primaria de dar la vuelta a la península de Yucatán, me surgió la idea de convertir ese proyecto en uno más grande y ambicioso. Lo llamé “Mares de México”.

## Expedición con Carlos Aragón

Carlos duerme mientras yo sostengo con las dos manos el remo que nos sirve de timón. La noche se expande sobre nuestras cabezas, sobre nuestro velero (*Golondrina*), que se desplaza con la vela hinchada por el viento. Estamos a muchos kilómetros de la costa más cercana y navegamos en una pequeña canoa de cinco metros de largo rumbo a Puerto Vallarta. Y aquí vamos, en estos cinco metros de velero, rumbo al este, siguiendo estrellas, amaneceres y sirenas invisibles. ¿Sirenas?

—De alguna manera, el mar sabe, tocayo— me había dicho Carlos cuando me entregó el timón—. Y además sabe escuchar, si le hablas de la manera apropiada.

Al principio creí que era superstición de hombre de mar, pero cada vez que yo timoneo y Carlos duerme, escucho las famosas voces. Sirenas... Nada del otro mundo. Más bien algo muy característico del mar, como escuchar las voces del río: milenarias y siempre nuevas.

### LOS VAGABUNDOS DEL MAR

Hasta hace un par de décadas, el mar de Cortés era el sustento de varias familias que se transportaban de un lugar a otro en pequeñas canoas hechas en un solo tronco de madera de huanacastle. Eran básicamente pescadores que se dedicaban a vender o intercambiar su pesca de tiburón por los objetos que más necesitaban. La canoa era su vivienda y su *modus vivendi*. Las canoas eran hechas en algún lugar de la costa de Jalisco llamado Cruz de Huanacastle y se llevaban a La Paz para venderlas. Esos "vagabundos del mar" ya no existen ahora y de ellos quedan sólo unas cuantas canoas dispersas y generalmente abandonadas a las que nadie presta atención. Los modernos veleros de fibra de vidrio las han desplazado. Así fue como desapareció la más auténtica tradición marinera de México.

### UNA NOCHE MÁS LARGA

A las seis de la tarde salimos de Cabo San Lucas. Carlos timoneaba y me mandó a dormir para que estuviera fresco a la hora del relevo. Se dice sencillo, pero tratar de dormir en una canoa que fue usada por los "vagabundos del mar" desde hacía más de 50 años de edad y que apenas

sobresalía del agua por unos cuantos centímetros es una realidad muy diferente de lo que conocemos por dormir. El movimiento en el mar siempre es continuo y conforme nos alejábamos, las olas iban adquiriendo proporciones mayores, así que el cuerpo tenía que hacer los movimientos necesarios para contrarrestar el oleaje y mantenerse aproximadamente en el mismo sitio.

A veces, el filo de alguna ola entraba por la borda y el timonel, imposibilitado para achicar el agua porque debía tener las dos manos en el timón y toda su atención en la dirección de viaje, dejaba el trabajo de achique a quien estuviera "descansando", o sea: yo. Me incorporaba somnoliento, tomaba el achicador y vaciaba hasta la última gota. Después procuraba dormir.

De repente, una ola enorme llegó y nos inundó. Yo me hiqué y de manera automática tomé el achicador mientras veía que el agua alcanzaba los bordes. Completamente inundados, de nada me servía un recipiente tan pequeño y busqué la cubeta. Carlos decía mientras hacía lo posible por mantener el velero en posición: "Con cuidado, tocayo, que esto es serio". Y lo era. Una segunda ola reventó sobre nosotros y, carentes de estabilidad por el exceso de peso, en cosa de segundos nos vimos lanzados por la borda al mar. Eran las dos de la mañana.

Apenas nos recuperamos del chapuzón, los esfuerzos de ambos se centraron en un solo objetivo: enderezar el velero. Uno tras otro, los intentos por lograrlo se sucedieron. Metidos hasta el cuello —y a veces más arriba aún— en el agua, vimos salir la luna y desaparecer la noche y para cuando salió el sol ya estábamos agotados por el esfuerzo y el agua helada. El cuarto intento fue el definitivo: el ancla de mar (1) y la corrección de los errores cometidos nos hicieron volver a cubierta seis horas después de volcarnos. Las olas, que habían llegado hasta los cinco o seis metros, eran de apenas tres a esa hora, un oleaje casi agradable después de las embestidas que tuvimos por la noche.

El velero, a fuerza de girar sobre sí mismo y resistir toneladas enteras de agua de un solo golpe, se había estropeado mucho. Habíamos perdido una gran cantidad de equipo y aunque estábamos a sesenta o setenta millas de Cabo San Lucas, no podíamos regresar porque teníamos la corriente y los vientos en contra. Lo último que habíamos visto de la costa fue el resplandor de las luces de la ciudad. Al amanecer, ni siquiera eso. Sólo una aleta de tiburón y, a lo lejos, el chorro de una ballena que sale a respirar.

## LOS DÍAS EN EL MAR

—Con calma compañero. Es grande, pero ten calma.

Una ola de cuatro metros se acercaba por la popa y yo estaba al timón. Se escuchaba su fuerte bramar acercarse y no había tiempo para cambiar de puesto. Entonces me acordé. Carlos me lo había dicho como un comentario, pero ahora tendría que funcionar. Volteé hacia atrás para verla y comencé a dar pequeños y rápidos movimientos al timón. La ola se acercó lo más que pudo y en el último momento se volvió una pequeña colina de agua por la que subimos y bajamos sin ninguna dificultad. ¡Funcionaba! Tal como había dicho Carlos, el mar podía escuchar.

Es un mundo donde la vista resbala por sobre las olas hasta el infinito y se tiene la certeza de que las fronteras no existen. Cada ola es una voz que se interioriza, que enseña. Mundo fantásticamente colorido de azules, verdes y grises. Hacia la boca del Mar de Cortés el agua era verde pero en mar abierto el azul se hace profundo. Uno asoma la cabeza y ve hundirse la propia sombra en un abismo azul que parece no tener fondo.

Desde tierra, uno siente respeto y la mayor parte de las personas ocultan con esta palabra el miedo que les provoca. Miedo ancestral. Una vez caminé hasta la Playa del Amor y vi estrellarse las olas con la arena blanca de la playa. Unos cientos de metros mar adentro, una lancha de ocho metros de largo, o sea, más grande que nuestro velero, parecía una cáscara de nuez. Comprendí. Tuve miedo. Mas pude establecer la diferencia entre éste y el respeto. Mundos contiguos.

El cuarto día reiniciamos la navegación. No sabíamos con certeza la distancia que habíamos derivado pero eso no importaba mucho. Nuestra navegación era por estima siempre porque no llevábamos ningún instrumento de orientación. Era lo que nos había valido la fama de locos en Cabo y en La Paz. Nuestras guías eran sólo las estrellas, el sol, las corrientes marinas. Es lo que se conoce ahora por "navegación estilo polinesio", pues en ellos todavía se mantiene este antiquísimo estilo de navegar. Quizá estuviéramos a unas cien millas al sur de Cabo. De cualquier manera, seguíamos en la ancha boca del Mar de Cortés y nuestra ruta sería exactamente al oriente, hacia tierra firme. Deberíamos hacerlo en cinco días porque no teníamos mucha agua.

## AGUA

—Mucha suerte, mi hermano. Que les vaya muy bien y que no les falte agua. Sobre todo eso: que no les falte agua.

Y la provisión de agua que tenemos está a punto de agotarse. Ayer nos acercamos a un gigantesco carguero japonés para pedirle agua. Nos oyeron y nos contestaron, pero no se detuvieron. Lo vimos desaparecer entre las olas y entonces Carlos dijo: "Un vasito de agua a nadie se le niega, hijos de..." No pude contener la carcajada.

El caso es que ante la escasez nos decidimos a utilizar el desalinizador manual, la pieza de equipo más importante en el velero. Nos habíamos aprendido las instrucciones de memoria, pero volví a leerlas. Comencé a bombear mientras Carlos timoneaba. Subir, bajar, subir... Ejercicio bajo los rayos del sol del mediodía, completamente desnudo mientras mi ropa recién lavada se secaba. Bajar, subir, bajar... A los quince minutos el chorrito que salía de la manguera era agua completamente dulce. Vida. No nos iba a faltar el agua.

El tiempo no nos alcanzaba para todo lo que teníamos que hacer. Comer, lavar los trastos, limpiar la cubierta, achicar el agua, ponerse y quitarse la ropa para lavarla, mover la vela, todo nos llevaba una gran cantidad de tiempo. El tiempo pronto se convirtió en algo sin sentido. Carlos miraba a veces el reloj para determinar cuánto habíamos dormido o trabajado pero por mera curiosidad. No podíamos basarnos en horas, minutos cuando lo que más podíamos medir era la cantidad de olas, los soles que pasaban sobre nosotros, los amaneceres bellísimos.

Cada ola nos hacía descubrir características nuevas en la *Golondrina*. Pronto aprendimos que podíamos "surfear" porque la forma de la canoa se prestaba totalmente a ello. Entonces alcanzábamos velocidades de siete y hasta ocho nudos. Velocidad fantástica para embarcación tan pequeña.

## TIERRA

Las aves son cada vez más frecuentes. Desde sus alturas nos divisan a la distancia y se dejan venir en cosa de segundos porque saben que una embarcación a cientos de kilómetros de la costa significa para ellas descanso y probablemente también comida. Mas con nosotros se llevan una decepción, pues en toda la longitud del velero no pueden hallar un espacio seguro, es decir: lejos de uno de nosotros. Hace un par de días vino un pájaro bobo y se

paró en la botavara a descansar, a un metro de donde estaba Carlos timoneando, pero se alejó antes de que pudiera tomarle una foto.

Sin embargo, la cantidad y variedad de las aves nos indican que estamos cada vez más cerca de tierra. Tierra... ¿Hace cuánto que no la vemos? Días, noches. La última vez era una mancha difusa de luz en medio de la noche hacia el norte. Cabo San Lucas había quedado reducido sólo a eso después de unas horas de navegar. Ahora han pasado varios soles sobre nuestra piel y varias millas bajo el velero.

Por la noche, Carlos me entregó el timón y se acostó a dormir. Algún rato después, la vi pero, aleccionado por los espejismos del desierto, dudé. ¿Un barco? Durante noches nos habíamos cuidado de ellos para que no nos atropellaran. Pero esta luz era más fuerte. Carlos se despertó y me preguntó cómo estaba.

—Bien. Oye tocayo, dime qué ves hacia las 1230.

—¡Un faro! ¿Desde cuándo lo estás viendo?

—Hace un par de horas que me dirijo a él, pero no estaba seguro. Son las dos de la mañana. Duérmete y yo sigo timoneando porque llegando a tierra te dejo el velero.

Al amanecer, el faro de Cabo Corrientes estaba a tres millas y quisimos navegar hacia el norte para entrar a Bahía de Banderas, pero no lo logramos: nos hacía falta la vela mayor que habíamos tirado a mitad del mar porque entonces nos estorbaba y sabíamos que sólo la usaríamos en la costa. Y he aquí que a siete millas de Vallarta, no podíamos llegar a puerto. A media mañana, después de muchos intentos de navegar contra la corriente y el viento, Carlos decidió dirigirse al sur, a la primera bahía o ensenada que encontráramos para desembarcar, pero si no la hallábamos nuestro destino final sería Manzanillo ya que no podíamos desembarcar en cualquier parte. Las olas estaban lo suficientemente violentas como para alejarnos de la playa.

El *Rascal*, velero de 42 pies, nos interceptó a las nueve de la mañana del día siguiente y nos remolcó hasta Bahía de Careyes. Volvimos a tener la sensación de tener piernas pues todo lo habíamos hecho sentados, acostados o de rodillas. Estar parado después de diez días de inactividad era una novedad sorprendente. Mientras me daban un plato con sopa caliente, veía a la *Golondrina* remontar las olas como una tabla para surfear.

Recordé la noche anterior. Había vuelto a timonear. Me había alejado de la costa para evitar la ruta comercial. Me sentía seguro en la *Golondrina* después de los días que la habíamos tripulado. Iba a extrañarla después de diez días a bordo. En menos de cinco metros cuadrados, Carlos Aragón y yo nos habíamos navegado 450 millas en una situación crítica capaz de convertir a los hombres en enemigos mortales o en hermanos. Y nosotros éramos ya hermanos.

Vi las estrellas por las cuales nos habíamos guiado durante todo ese tiempo y me sentí al borde del precipicio. ¿Para qué regresar a la civilización si todo se resumía a mantenerse con vida a bordo de una canoa de cinco metros? ¿Para qué, si el mar era mucho más impresionante que la vida que pudiéramos llevar en tierra? La respuesta era sencilla: necesitábamos llegar a puerto para volver a zarpar. La próxima vez sería algo más grande. Habíamos practicado la navegación estilo polinesio y había resultado un éxito.

## Notas

1. El ancla de mar es un pequeño paracaídas que sirve para aminorar la velocidad de deriva, además de colocar la proa del velero en dirección de las olas.
  2. Las distancias las expresaremos en millas náuticas, que equivalen a 1,853 metros, debido a que en el mar se miden siempre de esta manera. La razón es muy sencilla: 60 millas náuticas equivalen exactamente a un grado de arco en latitud, así que si uno se ha movido 60 millas en dirección sur, su latitud habrá cambiado en un grado.
  3. Nudo.- Medida de velocidad que corresponde a una milla náutica por hora
- 

## El Atlántico Completado

Los miembros de la expedición *Mares de México* arribamos al Puerto de Veracruz el día sábado 15 de junio a las 17:28 horas con viento en contra y sol de frente. Nos bajamos de nuestros respectivos kayaks, nos acercamos uno al otro y nos dimos un fuerte abrazo: habíamos olvidado los dolores que habían hecho casi insoportable remar los últimos diez kilómetros.

Dejábamos atrás mil cuatrocientos kilómetros de navegación en el Caribe y el Golfo de México y concluíamos así las etapas 3 y 4 del Proyecto Mares de México, que quiere recorrer todos los mares de nuestro país a bordo de kayaks.

Mil cuatrocientos kilómetros es mucha distancia, más que la longitud de la península de Baja California, pero era más importante conocer ahí donde casi nadie va o donde los extranjeros han navegado en pequeños veleros, catamaranes o incluso kayaks hacia el sur, hasta el Amazonas y —quizá— más lejos.

En los kayaks, embarcaciones muy bajas, nos perdíamos de vista con facilidad y daba la sensación de estar perdidos o solos, pero familiares y amigos nos siguieron paso a paso a través de Internet y vía telefónica. No estuvimos solos, aunque lo pareciera.

En lo personal, quiero agradecer a Alex Niz, mi compañero de viaje, todas las experiencias compartidas, desde los hermosos atardeceres o los descubrimientos de vida dentro de los manglares hasta los ataques de chaquistes que nos tuvieron debilitados por un tiempo o la paciencia enorme de aguantar una convivencia tan prolongada con sólo un compañero. Espero seguir contando con él.

La Universidad Nacional Autónoma de México y nuestros patrocinadores, *El Séptimo Grado*, Interplanet y *Petrel*, hicieron posible esta expedición en lo material, pero también en la confianza que nos tuvieron desde el principio. Ambos queremos agradecer esa confianza.

Estamos a la espera de embarcarnos de nuevo porque la ventana de buen tiempo (entre huracanes y nortes) ha terminado por la aparición de *El Niño*. El mar, ese inmenso desconocido, sigue ahí y faltan muchos miles de kilómetros por navegar.

---

Este compendio termina súbitamente como lo hizo su vida por lo que parece haber sido un problema de iatrogenesis en un procedimiento de rutina.

***Carlos Rangel murió el 29 de Mayo del 2014, su legado es inmenso con 40 años de exploraciones en el México más profundo, el México desconocido. Uno de los más grandes exploradores Mexicanos. Filósofo profundo y de acción.***

***Será recordado por sus muchas aventuras y escritos. Yo lo recordaré por haber sido mi amigo y mentor.***